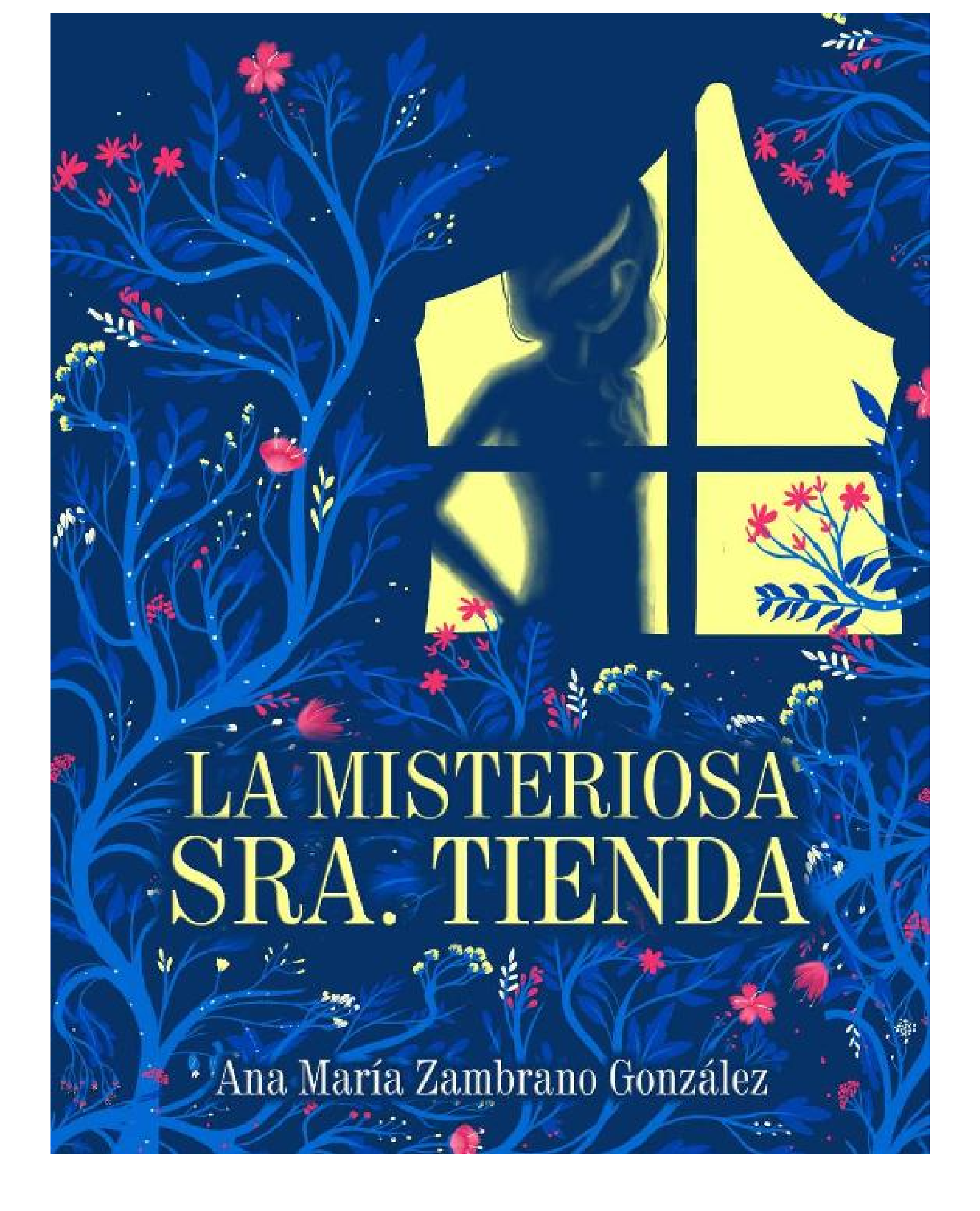
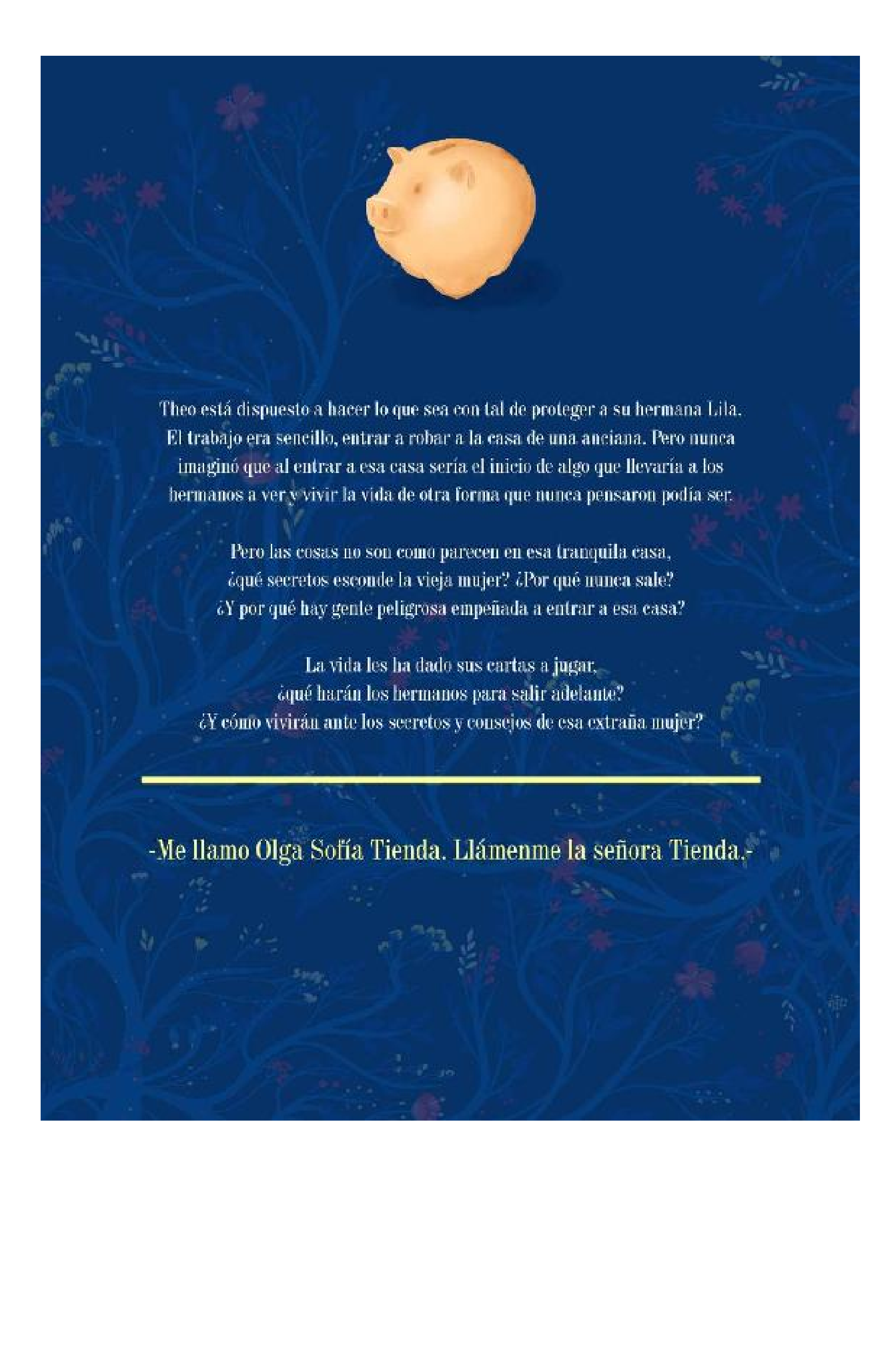

LA MISTERIOSA
SRA. TIENDA
Ana María Zambrano González


LA MISTERIOSA
SRA. TIENDA
Ana María Zambrano González



Theo está dispuesto a hacer lo que sea con tal de proteger a su hermana Lila. El trabajo era sencillo, entrar a robar a la casa de una anciana. Pero nunca imaginó que al entrar a esa casa sería el inicio de algo que llevaría a los hermanos a ver y vivir la vida de otra forma que nunca pensaron podía ser.

Pero las cosas no son como parecen en esa tranquila casa,
¿qué secretos esconde la vieja mujer? ¿Por qué nunca sale?
¿Y por qué hay gente peligrosa empeñada a entrar a esa casa?

La vida les ha dado sus cartas a jugar,
¿qué harán los hermanos para salir adelante?
¿Y cómo vivirán ante los secretos y consejos de esa extraña mujer?

-Me llamo Olga Sofía Tienda. Llámenme la señora Tienda.-

1

Nunca había robado en su vida, ni quiera un simple caramelo por temor ante las intimidantes figuras de sus padres. Pero esa noche iba a por todas e iba a robar la casa de una anciana.

Su vida nunca había sido del todo fácil, ni siquiera cuando sus padres vivían y tenía que llenar las altas expectativas que ellos querían que cumpliera desde temprana edad. Como aprender a leer antes que todos, ser el mejor en la escuela, inscribirse a cursos de materias avanzadas, y cualquier otra cosa que lo alejara de todo lo que lo distraían de un futuro brillante y de éxito como el deporte o hasta algún juego de computador era descartado de su vida ante la severa reprimenda de sus progenitores. Fue una infancia demasiado deprimente desde su punto de vista ante el régimen de puño de hierro de sus padres, y cuando murieron, quizás fuera cruel, pero se sintió liberado de unas pesadas cadenas que le impedían respirar. Creyó que podría expandir sus alas y volar al fin alto hasta donde quisiera, ser libre de vivir al fin la vida que un joven de dieciocho años debía experimentar; pero sus alas fueron cortadas de tajo sin siquiera tener oportunidad de abrirlas y no pudo escapar del pozo oscuro al que cayó.

Sus tíos, el hermano de su padre y su horrenda, y demasiado operada, esposa, llegaron y lo sacaron a él y a su hermana menor de su casa, alegando tantas cosas incomprensibles sobre la propiedad y deudas de sus padres que no les había dado tiempo de reaccionar a tiempo a semejante atropello. Apenas y les lanzaron a la calle unas cuantas prendas de ropa, pero no las suficientes para cubrirse de ese duro invierno en la ciudad que recién arribó de forma inesperada. Theo intentó denunciarlos a la policía, pero no tenía los papeles de la propiedad ni el testamento que lo hacía el legal propietario, por lo que las manos de la justica estaban atadas, incapaces de ayudar a los hermanos.

Su pequeña hermana de quince años, Lila, ni siquiera pudo tomar unas

medias para el frio y le dolía verla temblar como una hoja en el viento con lo poco que tenía encima. Jamás había sentido frío, hambre, y tanto odio contra las personas que pasaban caminando a su lado y los veían como mendigos, o que ni siquiera los miraban por estar con los ojos pegados en la pantalla de su celular, eran completamente invisibles para ellos, y tenía deseos de hacerles ver que él no era invisible, que él era alguien con una mente envidiable.

Y se dijo que la vida en la calle era una mierda.

Su hermana enfermó de gripe y empeoró a mitad del invierno. En los refugios para gente de la calle le dieron unas pastillas sin suscripción para tratarla, mejoró, pero no se curó. Les dieron abrigos viejos pero mejores que sus nada abrigadoras ropas, su abrigo olía a orina pero no se quejó, mucho menos cuando vio a más de uno que parecía más que interesado en tenerla. Pronto los hermanos se dieron cuenta que tenían que cuidarse el uno al otro para que nadie les quitara lo poco que iban consiguiendo. No podían quitarse los abrigos porque alguien más estaba listo para tomarlos, tampoco podían dejar sus catres o alguien más los tomarías, y Theo temía por su hermana que era víctima de miradas lascivas de viejos libidinosos que no dejaban de hostigarla. Por eso mismo los expulsaron del último refugio, cuando un imbécil se atrevió a echarle mano y Theo se le fue encima como un animal rabioso.

Se instalaron en la zona más pobre de la ciudad, en un viejo edificio sin ventanas ni puertas, lleno de grafiti que ahora era nido de ratas o de cualquier mal viviente que pasara por la zona. Allí conocieron a Ramón. Le había contado su vida y él la suya, relatando como su padrastro le golpeaba mientras su madre se ahogaba en alcohol provocado su escape de casa para buscar refugio en las calles. Aunque había algo en la historia de Ramón que nunca terminaba por convencerlo de su veracidad, quizás algo en su voz, su expresión, o porque cada tanto cambiaba algo de la historia cuando se la contaba a otros nuevos como ellos. Pero Ramón había podido sobrevivir en las calles a su manera, pero era obvio que no haciendo algo legal. Theo se negó cuando Ramón le quiso hablar de ser camello, prometía mucho dinero pero tenía que velar por su hermana y no era tan tonto como

para saber que la policía podría echarle mano o peor, notó que algunos que aceptaron la propuesta de Ramón desaparecieron. Ramón se acercó a él tantas veces para convencerlo que perdió la cuenta y después de mucho este lo dejó en paz. Tenía la confianza de que podría obtener al menos un trabajo gracias a los grandes conocimientos que tenía en matemáticas, sin embargo, nadie quería contratar a un sin techo, y para los únicos trabajos que le dieron oportunidad fue para vender periódicos o dulces en la calle que no le sacaba más que unas cuantas monedas para comprar madalenas y refrescos. Sintió que estaba en un pozo imposible de salir, y su cuerpo se sumía en el aletargamiento de la inconsciencia humana que lo tragaba poco a poco.

El invierno parecía no acabar, así como la enfermedad de Lila que de nuevo empeoraba por culpa de la poca protección que tenían en aquel sitio. Era angustiante verla respirar por la boca mientras dormía, con el rostro y enrojecido y la tos constante. Por eso cuando se encontró a Ramón, diferente a otras veces, le pidió realizar cualquier trabajo que tuviese a la mano, y este le confió un trabajo que podría sacarle un buen dinero si lo hacía bien: Robar la casa de una anciana del otro lado de la ciudad.

Aceptó sin pensarlo dos veces.

El vecindario donde estaba la casa que tenía que robar parecía haberse congelado años atrás en el tiempo o ser transportado a alguno de esos pueblecitos mágicos para los turistas. Sus calles empedradas lo guiaron hacia las pequeñas casas de estilo colonial que desfilaban una junto a la otra como casitas artesanales de colores con variados jardines al frente. Era un vecindario demasiado tranquilo y no había nadie a esas horas, eso le facilitó saltar el muro de piedra de la parte de atrás que apenas estaba cubierto por una planta enredadera y caer de pie dentro de la propiedad. El jardín trasero era enorme, podía distinguir algunos arbustos y rosales descuidados en los alrededores, y un enorme árbol en el centro mecía sus ramas sin hojas por el viento silbante, dándole un aspecto demasiado tétrico y recordándole a las portadas de esos libros de misterio gótico que leía en la biblioteca

lejos de la mirada de sus padres. Caminó sigiloso alrededor de la casa, sin molestarse en comprobar si la puerta trasera estaba abierta, esta tenía una ventana dividida en cuatro a la altura de su rostro para ver el interior de la casa, pero estaba sucia, y no tardó mucho en encontrar su entrada en la única ventana abierta. Se sorprendió mucho de haber entrado tan fácil, imaginando que tendría que forzar la puerta o alguna ventana, pero no, había cabido con facilidad por ese reducido espacio y supo que había perdido un par tallas ese invierno. Evitó resoplar al percibir algo extraño en el aire, la atmosfera se sentía pesada, y el aire se sentía estancado por días aun con la ventana abierta. Se movió con cuidado por el lugar, encendiendo demasiado tarde la linterna que Ramón le dio cuando su pie golpeó un pesado piano de madera que estaba junto a la ventana, cubriendo su boca para no gritar de dolor. Esperó paciente escuchando por cualquier ruido, sin atreverse a tragar o a respirar… nada, o así fue hasta que algo blanco se movió a su derecha y casi saltó del susto de no ser porque comprobó que era la cortina de la ventana por la que había entrado que se movía con el viento.

«Pero que valiente eres. Tienes miedo en la casa de una viejecita que ha de estar dormida como una piedra en su cama.»

Se burló irónico su subconsciente y agitó la mano para alejar cualquier pensamiento negativo, mesando su rizado cabello negro para tranquilizarse. La luz de la linterna avanzó por el lugar comprobando en efecto que era la típica casa de una abuelita; nunca tuvo abuelos pero estuvo en casas de compañeros que vivían con los suyos, otra piedra a tirar a su infeliz infancia. El lugar contaba con paredes pintadas de color de palo de rosa, con figuritas variadas de ángeles y perritos sobre una chimenea, fotografías viejas colocadas a la vista de cada rincón, un librero que ocupaba un cuarto de pared, cuadros de brocha gorda de algún paisaje, muebles antiguos de horrible tapicería de estampado de flores desvaído color carmesí, el infame piano, y una capa de polvo que le decía que la vieja no ponía demasiado empeño a la limpieza de la casa. No parecía haber nada de valor en la sala

aparte de un enorme y antiguo televisor que no podría pasar ni de broma por la ventana. Vio unas escaleras de madera en el fondo más allá de una entrada con arco, avanzó hacia un pasillo que dividía la sala hacia la escalera que llevaba al piso de arriba, y el pasillo de la entrada que conducía a dos puertas en el fondo, una al frente y otra a la derecha bajo los escalones, supuso que debía ser una alacena o un medio baño. Regresó sobre sus pasos a la sala, iluminando otra entrada de arco que llevaba a la cocina, seguro de que encontraría algo de valor allí. Iluminó al entrar una mesa redonda cubierta por un desgastado mantel de cuadros café y verde con cuatro sillas alrededor, cajones y estanterías altas pintadas de color azul cielo que resaltaban con las paredes color hueso y que pretendía darle vida a la cocina como las barras de azulejo del mismo azul, al fondo un impresionante horno de pan con arco de piedra decoraba la pared, al otro lado la puerta amarilla con ventana sucia que daba al jardín, y entre todo eso ¡BINGO! Había encontrado al fin algo, una gran alcancía en forma de cerdo… y era enorme. Nunca había visto una alcancía tan grande en su vida, era más grande que su cabeza, en realidad era tan grande como un verdadero cerdo adulto sobrealimentado que se sostenía más por su estómago que por sus patas; casi hubiese sentido pena por el marrano de no ser porque quería lo que tenía en su interior. Lo cargó pero ni siquiera pudo levantarlo unos milímetros antes de dejarlo caer sin aliento, era como si lo hubiesen rellenado de piedras. Abrió el costal que tenía en el bolsillo de su desgastado pantalón dispuesto a meterlo allí pero se dio cuenta que no cabía ni siquiera en el costal que le quedaba de sombrero. Maldijo en silencio, tendría que romperlo sin hacer ruido, y mientras su cerebro maquinaba la forma perfecta de hacerlo de la forma más limpia posible, la luz de la cocina se encendió sobre él.

Se congeló y giró su cabeza sosteniendo el costal entre sus manos, viendo a una viejecita somnolienta entrar a la cocina bostezando como un león, era menuda, delgada y casi hasta frágil, pero no se movía de forma lenta o pausada sino con una agilidad que no parecía de alguien de su edad. Llevaba puesto un grueso camisón de lana con dibujos de borreguitos, y tenía unas pantuflas de conejo rosas tan ridículas como

el camisón, su pelo era espeso, blanco y largo hasta mitad de espalda y fue caminando al viejo refrigerador color verde menta sin dirigirle mirada alguna. Se quedó inmóvil, sin siquiera a atreverse a respirar. La anciana le daba la espalda en todo momento, viéndola sacar un cartón de leche, llenar una taza que sacó de un estante sobre su cabeza y luego meterla al microondas que no había notado al entrar.

«Menudo idiota, hubiese ido por el microondas primero.»

Ya se regañaría después, pero ahora no era el momento. Con cuidado comenzó a moverse por la orilla de la cocina para evitar ser visto. El aparato dio unos pitidos, la anciana sacó la taza humeante, luego abrió otro estante alto para agregar algo a la leche caliente y darle un trago antes de poner un poco más de lo que suponía era miel. Sus pies se sintieron como plomo al avanzar con cuidado otro paso cada vez más cerca de la salida, con su corazón estaba a punto de salir de su pecho ante el más mínimo ruido y el sudor frío deslizarse por su rostro.

—Si buscas algo de valor, los cubiertos de plata están en el tercer cajón a tu derecha —habló la anciana sin dirigirle la mirada.

Theo sintió su corazón detenerse abrupto por una fracción de segundo, entró en pánico. Quería gritar y explicar que no estaba allí por gusto sino por necesidad, pero le pareció absurdo tener que explicarse con una anciana que de seguro no entendería nada acerca de su vida ni por lo que había tenido que pasar. Así que sacó de su bolsillo el cuchillo que Ramón le dio por si acaso tenía problemas.

—D-Dígame donde tiene el dinero, vieja o la degüello —su voz sonó como un flautín y quiso golpearse la frente. La anciana se volvió a él y le dedicó una sonrisa burlona.

—Ya, y si no te lo doy ¿qué? ¿Qué vas a hacer con ese cuchillito de mantequilla? — ella se sentó con relativa calma frente a él en una de las sillas de la mesa, sorbiendo su bebida caliente. De repente se sintió subestimado por esa anciana y eso lo enfureció.

—Hablo en serio. Si no me dices donde está el dinero te rajaré toda — esta vez su voz demostró una clara amenaza pero en vez de

verla temblar aterrada por una posible muerte segura, ella siguió tranquila con una sonrisa guasona.

—Ufff, que miedo, mira cómo tiemblo —se burló dando otros sorbos a su leche endulzada y Theo apretó los dientes rabioso.

— ¡No me subestimes vieja! ¡Dime donde tienes el dinero o te violo! ¿Quieres que te viole? ¿Eh? ¡Responde vieja puta! —la burla desapareció del rostro de la mujer, pero si creía que el miedo al fin la había dominado estaba muy equivocado.

— ¡Venga ya! ¿Qué estamos esperando? —Se levantó de un salto exultante de felicidad, dejando a un lado su taza y se sentó sobre la mesa con los pies sobre la silla, subiendo poco a poco su camisón—. Me gusta rudo y fuerte, mi cadera aún resiste toda clase de embistes así que no te preocupes por mí —sus manos se apoyaron en la mesa abriendo las piernas por completo a su visitante—. Adelante matador. Dame con todo.

Theo casi dejó caer el cuchillo y sintió ganas de vomitar cuando vio que la anciana no tenía puesta ropa interior debajo del pijama.

— ¡No! ¡Joder! ¡Bájese la bata vieja degenerada! —se cubrió los ojos ante la visión que quemó sus retinas y la anciana se bajó de la mesa decepcionada.

—Bah. Menudo fraude —bufó bajándose el pijama y se volvió a sentar en la silla, cruzando sus piernas y moviendo uno de sus pies haciendo rebotar las orejas del conejo—. Veamos qué tenemos aquí —lo estudió con ojo crítico—. No eres un ladrón, ni un violador para mi desgracia —murmuró entre dientes pero audible—. Y por la forma en que agarras el cuchillo tampoco un asesino. Dime entonces querido jovencito, ¿qué eres?

Theo la observó confundido, creyendo que había escuchado mal.

— ¿Qué?

—Además de tonto, sordo. Te he preguntado ¿qué eres? Porque el ¿qué haces aquí? Es fácil de responder aunque ya te dije que no eres un ladrón. ¿Por qué? Sería una pregunta tonta nada más al ver tus ropas y tu cara. Dime entonces muchacho, ¿qué eres?

Él supo la respuesta al instante en que escuchó la pregunta, y

sabía que esa anciana también, al verla sonreír sin apartar sus ojos de él cuando dio un trago a su taza.

Era un pobre desgraciado.

Un desesperado que no sería capaz de dañar a esa anciana o a cualquier otro aunque se lo propusiera.

Un imbécil que había perdido antes de empezar.

Y odió que esa mujer lo mirara con superioridad, a sabiendas que no se atrevería a tocarle un jodido cabello de su cabeza blanca.

—Usted no sabe nada de mí. ¡Nada!

— ¿Y quién dijo que te conozco? Solo nosotros nos conocemos a nosotros mismos —le sonrió mostrando sus chuecos pero blancos dientes—. ¿Sabes qué? Me caes bien. Así que te propongo algo.

Él la miró desdeñoso.

— ¿Qué cosa dijo?

—Que me caes bien y eso es muy raro dada la primera impresión —se levantó emitiendo un quejido por el esfuerzo—. Te voy a proponer un trato, bueno, no ahora, estoy muy cansada y decepcionada por la falta de acción —Theo sintió un horrible escalofrió acompañado de su sensible estómago revolverse—. Así que me iré a la cama, ya es de madrugada y quiero que regreses el día de hoy pasadas las seis de la tarde cuando el Sol esté oculto, será cuando te diga mi proposición.

— ¿Y si no regreso?

—Llamo a la policía y les digo que un lunático degenerado entró a mi casa e intentó violarme —Theo dio un paso al frente deseando ahorcarla.

— ¡Es usted una jodida vieja loca! —su voz se ahogó en la indignación y la mujer se rio de él en una limpia carcajada.

—Me gusta que me digan que soy una caja de sorpresas. Pero eso ya lo averiguarás con el tiempo —sus labios se arrugaron en un beso y Theo, aterrado y asqueado, corrió fuera de la cocina dispuesto a irse de la misma forma que como llegó, escuchando la risa de la mujer a su espalda—. Te veo mañana, ¡matador!

La escuchó hasta cuando saltó el muro y corrió lejos de ese lugar con todas sus fuerzas, lejos, muy lejos de la risa maniática de esa desquiciada bruja pervertida.

2

Lila no paraba de caminar de un lado a otro en aquel deteriorado cuarto sin ventanas ni puertas. El frio calaba sus piernas desnudas y podía sentirlo penetrar por las plantas de los pies traspasando sus sencillas zapatillas de charol, ni siquiera sentía sus dedos. Se encogió en una esquina, adolorida de sus articulaciones y doblándose en un ataque de tos, su pecho le dolía tanto y cubrió su boca y nariz con la delgada chaqueta que llevaba encima, el aire frio le hacía sentir como si un filoso cuchillo rasgara su interior.

Se sentía una inútil. No podía ayudar a su hermano en nada aunque se lo propusiera, y eso calaba más hondo que el frío.

Ese malviviente de Ramón le dijo que su hermano le estaba haciendo un "trabajito importante". Odiaba a ese tipo. Sabía que no estaba en buenos pasos, lo había visto media docena de veces inhalar polvo y también con personas sospechosas y para nada amigables. Incluso una vez vio como un tipo enorme le golpeaba en el estómago con una clara amenaza de que les pagara una deuda. También lo odiaba porque le hacía sentir incomoda con la mirada, como si la estuviese desnudando cada vez que se encontraban. Era asqueroso en todo el sentido de la palabra, olía mal, hacia ruidos soeces y hablaba como si lo supiera todo; hostigó a Theo a que aceptara hacerle ciertos trabajos pero él siempre se negaba… hasta ahora, y le aterraba que no regresara.

Su hermano siempre la había cuidado desde que tenía memoria. Cuando sus padres parecían preocuparse más por sus propios asuntos que por sus hijos, siempre estuvo allí para ella. Él fue padre y madre, estuvo en cada paso que daba a la vida, ya fuera en casa, en sus estudios, siempre estaba allí para cuando lo necesitara. Cómo olvidar cuando su madre le tiró todas sus novelas románticas porque según ella, leer esa “basura literaria” era una pérdida de tiempo para una mujer en estos días y que con su cabeza debía concentrarse en terminar la escuela y en aprender los deberes de un ama de casa. Los

llegó a odiar tantas veces porque presionaron a su hermano más allá de sus límites, mientras que con ella no guardaban muchas expectativas y esperaban que terminara lo propio en la escuela, encontrara un novio rico y se casara. Esa noche lloró mucho, pero Theo logró recuperar a escondidas algunos de sus libros favoritos, y le ayudó a esconderlos en diferentes lugares de la casa donde sus padres nunca buscaban. Deseaba tanto regresar un poco de lo tanto que él hacía por ella.

Sus tíos no tuvieron corazón en echarlos a la calle para instalarse como dueños y señores de su casa. Dejaron la escuela sin remedio, y su hermano sacaba algo de dinero en cualquier trabajo en la calle porque nadie quería contratar a un sin techo sin papeles o documentos. Sabía muy bien que para Theo vender dulces en la calle dañaba su orgullo, pero ella se había tragado su orgullo muchas veces y mendigando para ayudarlo. Era dolorosa la indiferencia de la gente y más doloroso el saber que en realidad nadie parece ver más allá de sus celulares, perdiéndose en un mundo digital y convirtiéndolos en zombis tecnológicos muertos de mente que volvía a los que estaban alrededor de ellos en seres invisibles y despreciados. Pero no le importaba extender la mano y pedir por una moneda, tampoco importaba mucho si alguno de sus antiguos conocidos la reconocía, sólo quería ayudar a su hermano que apenas comía para que ella tuviese algo en el estómago.

El sonido de pasos le hizo alzar la cabeza y encogerse más en la esquina del cuarto. Si era Ramón de nuevo iba darle en la cabeza con la pata de madera de la vieja silla rota que estaba en el cuarto desde que se instalaron. Theo entró al cuarto pálido y con las piernas temblando. En medio de la oscuridad buscó a su hermana al notar la vieja cobija y la manta que usaban de cama vacías. Lila se levantó de la esquina haciéndose notar y caminó hacia él soltando la pata de la silla; pudo ver en sus facciones como le dolía verla tan frágil, su blanca piel como la de él se veía traslucida, su antes hermoso cabello rubio ahora estaba maltrato y sucio, cubriendo la mitad de su cara, y sus labios partidos y sangrantes por el frío. Theo exhaló a lo bajo.

—Creí que estabas dormida.

—Y yo que estarías aquí. ¿A dónde fuiste? Ramón me dijo que fuiste a hacerle un trabajo — lo escuchó maldecir a lo bajo y la tomó del brazo con suavidad guiándola a las mantas.

—Debes acostarte o te pondrás peor.

— ¡Theo! ¿Qué hiciste? —se zafó de su agarre molesta. Theo revolvió su cabello enmarañado, exhausto y molesto por lo ocurrido.

—Lila, no preguntes.

— ¿Por qué? ¿Estabas vendiendo esa mierda que tiene Ramón en la calle? ¿Es eso?

—No. Carajo, sé que eso nunca termina bien. Pero yo… —pasó su lengua por sus agrietados labios—. Me metí a robar a una casa.

— ¿Tú? ¡No te creo! —Exclamó con incredulidad escuchando desde afuera como la callaban—. ¿Tú que una vez me golpeaste cuando robe a papá una vez? ¿Tú que siempre dices que debemos ser correctos aun ante las circunstancias? ¿Tú? —Theo se sentó con las piernas cruzadas sobre la manta, estaba helada.

—Sí, lo sé. Soy un jodido hipócrita. Pero la jodí, ¿vale? ¡Todo se fue a la mierda!

— ¿Qué quieres decir? —preguntó temerosa sentándose al lado de él—. Theo, ¿qué pasó? ¿Qué hiciste?

—La dueña de la casa me vio —Lila ahogó un grito de horror.

— ¿Te vio? ¿Es que no usaste algo para taparte la cara?

—Era la casa de una anciana. No pensé... —no lo había hecho, de camino maldijo múltiples veces por no habérsele ocurrido usar algo para cubrir su rostro. Quiso explicarle pero el gemido ahogado de Lila le impidió seguir.

—No pensaste. Obvio no pensaste si aceptaste un trabajo así y con el gilipollas de Ramón.

— ¡Ya! ¡Mierda! Acepto que fue un error. Y más porque esa vieja...

— ¿Qué? Theo, ¿te hizo algo?

—Me dijo que quería proponerme algo —masticó las palabras antes de soltarlas—. Pero que fuera a su casa en la tarde pasadas las seis, o llamaría a la policía —Lila ahogó un sollozo. La policía. Ya había visto de primera mano cómo trataba la policía a los ladrones que vivían en

las calles. Con voz temblorosa preguntó.
— ¿Vas a ir?
— ¡Por supuesto que no!
— ¡Theo! ¡Tienes que ir!
—No lo haré. Es una vieja loca. No creo que siquiera llame a la policía y si lo hiciera dudo mucho que le crean. Aparte de que no me llevé nada. Ni la jodida alcancía que pesaba a morir.
—Sabía que ese vago de Ramón sólo nos traería problemas, ese cabrón, hijo de pu... —habló forzada, ahogando la tos que amenazó con salir—. Es un hijo de puta cocainómano que se esnifa lo que sea. Le he visto, Theo. No solo vende sino que se aspira esa cosa.
—Te he dicho que no te acerques a él.
— ¡Yo no me acerco! ¡Es ese...! —esta vez la fuerte tos le impidió hablar y Theo la guio de nuevo a la improvisada cama donde la cubrió.
—Déjalo. Ya veré que hacer mañana —Lila negó con la cabeza pero la tos le impidió siquiera decir una silaba. Theo se acurrucó a su lado, cansado e intentando no pensar.
—Theo…
—Duerme. Mañana será mejor, te lo prometo.
Eso siempre decía, pero había dejado de creer que todo iría mejor hacía mucho tiempo. Nada iría mejor, todo se estaba yendo al garete y Theo no sabía qué hacer para remediarlo.
Pues bien, estaba harta.
Por una vez iba a hacerle frente a todo en lugar de su hermano y no le importaba si se enfurecía con ella y le armaba el escándalo del año, había tomado una decisión, y apenas despertara la iba a ejecutar.

Al despertar, se arregló lo mejor que pudo para ir a encarar a esa mujer, sacudió el largo pero delgado suéter color borgoña que antes había tenido mejores días, se ató al cuello una vieja bufanda verde musgo que se estaba deshilachando de una esquina, se alisó la falda de su triste vestido gris y por último se pasó un cepillo por los nudos de su cabello. Iba a rogar por su hermano para que esa anciana no lo denunciara aunque fuera de rodillas, después de todo, desde que

estaban en la calle había aprendido que el orgullo era por completo prescindible. Salió del cuarto no sin antes tapar muy bien a Theo para que no enfermara como ella, cosa que era un milagro. Buscó en el viejo edificio encontrándose como siempre con ratas, grafitis nuevos y evidencias de alguna ingesta de droga. Pudo encontrar a quién buscaba en medio de toda esa porquería; vio con asco a Ramón que estaba en medio de un cuarto tirado como una rana muerta sobre un viejo colchón al que se le estaba saliendo el relleno por un lado, con el pie lo movió y Ramón al principio no reaccionó hasta que le pateó en el hombro y despertó. La miró con los ojos enrojecidos, sonriendo al reconocerle, sin darse cuenta de la grotesca sonrisa que mostraba ante la saliva y vómito secos en su boca.
—Los ángeles me visitan temprano —habló con voz pastosa.
—Dime donde enviaste a mi hermano anoche.
— ¿Qué? ¿A quién? —ese día no tenía la temple necesaria para aguantar sus tonterías.
—A mi hermano. ¡Theo! ¿A dónde fue a hacer ese trabajo que le pediste? —Ramón tardó en contestar, con la mirada perdida y murmurando algo a lo bajo, pero cuando lo hizo no le dio la respuesta esperada.
— ¿Y qué me das a cambio? —Lila quería patearle la cara pero sabía que no le haría gran cosa con sus zapatillas.
— ¿Qué quieres? No tengo dinero.
—Un beso para terminar de despertar.
—Jódete. Dime donde lo enviaste.
—No te diré nada sin mi besito —respondió divertido frunciendo los labios.

—Eres un cabrón…

Lila se inclinó, podía oler el amargo vomito sobre él y aguantó la respiración para no vomitarle encima. Con los labios apretados le dio un rápido toque a sus ásperos, pegajosos y rugosos labios alejándose rápidamente de él.
—Ya está. Ahora dime donde lo enviaste —Ramón estaba tan drogado que lo dejó pasar, sonriendo de forma bobalicona.
—Debí haber pedido que me la chuparas. Harías cualquier cosa por tu

hermano, ¿verdad?
— ¡Ya! ¡Dímelo! —Ramón chasqueó el paladar.
—Calle de los Duraznos 79, había enviado a un par ahí antes que Theo pero quien sabe qué tiene esa casa porque salieron pitando y no los he vuelto a ver por aquí, menudos cabrones cobardes… —Lila lo contempló con asco, Ramón le dijo en qué distrito y repitió la dirección un par de veces antes de darse la media vuelta sólo para escuchar una risilla estúpida a sus espaldas—. Quieres mucho a tu hermano, ¿no? Ya quisiera yo haber tenido a una hermanita tan linda como tú. Le habría enseñado lo que es bueno —rio mientras se acariciaba sobre el pantalón, poniéndose duro mirando las piernas desnudas de Lila.
—Púdrete, cabrón.
—Ya te enseñare un día a ser una mujer. Un día de estos...
Lila se fue de ese lugar con lágrimas en los ojos. Limpiando la asquerosa sensación de sus labios y corriendo lejos como si pudiese huir de sus sucias palabras. Porque temía del futuro desconocido para su hermano y ella, en que solo podía pensar en pena, dolor y quizás sangre, mucha sangre.

Tomó un autobús en el centro después de estudiar un mapa de rutas. Lo hizo pagando con lo poco que tenía y el chofer le prohibió sentarse apenas subió, se tragó las ganas de llorar ante tal injusticia, pero todo fue peor cuando en una parada dos antiguas amigas del instituto subieron al bus, vestían sus uniformes y por la hora estaba segura que se habían saltado las clases, hablaron en voz alta de un profesor odioso y sobre algún chico que no recordaba. Su cabello sucio fue una perfecta cortina para esconder su rostro de ellas, y cuando bajaron en una parada, una de ellas la golpeó con la mochila al pasar y se burlaron de su apariencia. Esta vez no controló las lágrimas. Estaba segura que ni se acordaban de ella, pero no le importaba, lo que estaba quemando su alma era la envidia que sentía. Nunca le había gustado mucho el instituto, le gustaba leer y perderse horas entre las páginas de sus novelas románticas, pero ahora hubiese dado lo que fuera para poder ir a la escuela y ser como toda chica normal,

con calificaciones regulares, con novio, y quejándose de sus profesores, saltándose las clases y con un montón de tarea los fines de semana.

Bajó en la parada correspondiente y caminó por largo rato por el empedrado camino hasta llegar a la casa. Era una casa color de la mantequilla de cacahuate y de techo de teja color chocolate. Las otras casas eran muy similares, con colores vivos o claros, algunas tenían tejas de color terracota o café, puertas de distintas formas y colores, plantas de variados tipos coronando el frente, y esta casa tenía un buzón azul con blanco y unos arbustos que necesitaban podarse con urgencia para emparejarlos. Tocó a la puerta, pero no hubo respuesta. Volvió a tocar con mayor insistencia pero nadie abrió.

— ¿A quién buscas, jovencita? —al volverse una mujer anciana de esponjado cabello teñido de rubio y con algo de sobrepeso la observaba suspicaz desde el camino empedrado mientras sostenía una gran bolsa de compras, que se notaba no tenía casi nada en su interior. Lila notó la desconfianza en sus ojos, de seguro por su apariencia poco agraciada, pero se las arregló para sonreír educada.

—Perdone. Busco a la señora que vive aquí.

— ¿Y de que le conoces? —preguntó cautelosa, frunciendo sus pintados labios carmesí.

—Mi hermano le conoce. Por... un trabajo que va a hacer.

— ¡Oh! Ya veo —el carácter de la anciana cambió y se acercó a ella haciendo sonar los múltiples dijes de cuencas que tenía encima—. La señora Tienda hace tantos días que no sale de casa. ¿Vienes por el trabajo? Qué bien porque desde que murió su marido el año pasado ya no sale tanto como antes. Es una lástima como la pobrecita se encierra sola en su casa sabiendo Dios qué hace y eso me tiene con el alma en un hilo —habló tan rápido que se sorprendió el haber podido entenderla con claridad.

— ¿Perdió a su marido? ¿Y sus hijos no la visitan?

—Nunca tuvieron hijos, pero eran tan buenos con todo el mundo. Me había dicho hace semanas que buscaría empleados porque ya no puede con su casa pero nunca tan jovencitos, ¿qué edad tienes, niña? Pareces tan jovencita —Lila se mareó, era increíble la cantidad de

palabras que soltaba esa mujer en tan poco tiempo pero tuvo que pensar rápido.

—Tengo dieciocho, pero siempre me dicen que soy más joven.

— ¡Menuda juventud! A mí también me confundían por alguien más joven en mis años, pero al final las arrugas llegan tarde o temprano. Bueno, como sea —hizo al fin una pausa—. Si no te contesta seguro ha de haber salido al mercado porque dormida no debe estar, sorda no es la muy pilla tiene mucho mejor oído que yo, un oído de tísico que hasta a su marido sorprendía. En fin, fue bueno charlar contigo, espero verte de nuevo, ojala sí. Saluda a esa ingrata de mi parte, me llamo Amelia Avilés. Vivo a dos casas para lo que se ofrezca.

—Claro. Gracias —respondió con una sonrisa forzada. La mujer se fue con una sonrisa y Lila se sorprendió de cómo alguien tan viejo podía hablar tanto, tan rápido y claro. Volvió a tocar pero de nuevo nadie contestó, así que decidió que esperaría hasta la tarde, a la hora en que su hermano fue citado para ver si esa mujer podría recibirla y convencerla de no denunciar a su hermano.

Theo despertó cubierto de sudor y con el corazón a punto de salirse de su pecho. Había tenido una horrible pesadilla, pero no podía recordar de qué iba. Pasó sus manos por su rostro y cabello, sintiendo un frio que no tenía nada que ver con el clima recorrer su cuerpo ante un miedo desconocido. Se tomó su tiempo, respirando profundo una y otra vez hasta marearse y volver a dejarse caer con su brazo tras la cabeza. Más tranquilo miró a su lado y su corazón se detuvo al no ver a su hermana.

— ¿Lila? ¡Lila! —se levantó y salió a buscarla, llamándola por todo el lugar donde los pocos que estaban allí para resguardarse o drogarse lo miraron molestos o como si estuviera loco. Encontró a Ramón arreglándose para salir, quitándose de la cara los restos de su consumo de esa mañana con una toalla húmeda—. ¡Ramón! ¿Has visto a Lila?

— ¿A tu hermanita? Si, esta mañana —sonrió mostrando sus dientes amarillos y sucios.

— ¿Sabes a dónde fue? ¿Te dijo algo?

—Sí. Me preguntó por la dirección de la casa del trabajo que te di. Y espero que lo hayas cumplido.
—Mierda. ¡Joder! —sabía a qué había ido su hermana, si no le hubiese dicho nada...
— ¡Eh! ¿Qué pasa, chaval? Obtuviste o no pasta del lugar. Algo valioso tenía que tener la casa.
—Nada. No tenía nada. Mira, me voy. Debo ir a por mi hermana.
— ¡No me vengas con gilipolleces! —Ramón pasó su mano por su nariz irritada—. Te di el jodido trabajo porque creí que podrías hacerlo mejor que los dos imbéciles que envíe antes y traer algo bueno. Y aun lo espero, Theito. Sabes que siempre busco algo.
—Ya, bueno, veré que hago pero ya me voy —respondió irritado, ya que quería ir a por su hermana y que no cometiera alguna estupidez. Ya la conocía, se daba de parecer más madura que otras chicas de su edad pero por dentro seguía siendo una niña.
Escuchó la voz de Ramón atrás de él cuando salió corriendo.
— ¡Mas te vale conseguir algo, Theo! ¡Porque siempre cobro de una forma o de otra!
Sin hacer caso a las palabras de Ramón se fue corriendo de vuelta a ese vecindario, esperando llegar a tiempo antes de que esa vieja pudiese hacerle algo a su hermanita.

El viento helado sopló inmisericorde. Lila volvió a esa casa después de mirar los alrededores, sintiéndose en un paseo dominical. Era un barrio tranquilo y precioso, recordándole a una estampa de los pueblos situados en los campos con un aire hogareño de bienvenida. Algunas personas le observaron atentos pero no le dijeron nada acerca de su apariencia. El frío volvió a calar sus piernas y un ataque de tos la dobló casi al llegar a la puerta. Sus pulmones dolían tanto que pensó que la próxima vez que tosiera estos reventarían dentro de su pecho. Se acercó a la casa y tocó esperando que la mujer abriera.
Nada. El sonido del viento fue lo único que escuchó. Encogida se dio la vuelta rindiéndose por ese día; estaba casi oscuro y Theo debía estar ya despierto y preocupado a morir. Resignada ante la infructífera

misión que se había trazado dio un par de pasos lejos de la puerta, el sol ya se había ocultado dejando ver su débil luz en el horizonte y de repente una luz sobre ella se encendió. Una lámpara de estilo gótico que colgaba de una esquina de la puerta brilló como si la bombilla fuera una llama incandescente. La puerta se abrió con un tétrico rechinido poco a poco, y de esta apareció una anciana de cálida sonrisa que tenía su cabello recogido en una gruesa trenza que reposaba en su hombro, vistiendo con un grueso vestido azul y un chal de lana gris que le cubría los hombros.

—Pasa jovencita. Esperaba visitas.

3

Hacia tanto tiempo que no se sentía tan bien. El fuego de la chimenea calentaba la casa entera aliviando sus adoloridas articulaciones junto las medias de lana gruesa que le había prestado, eran tan cómodas y calientes que no deseaba quitárselas nunca, y el té de jengibre y miel con las galletas de chispas de canela era lo mejor que había probado en meses, sintiéndose aliviada en muchas formas.

—Disculpa que solo tenga galletas de caja. No tengo más para acompañar el té.

—No, son perfectas —habló con la boca llena no importando sus modales, meses atrás sí se hubiera avergonzado o recibido alguna represalia de su madre, pero la mujer le había llenado el plato de tantas galletas instándola a comer hasta ya no poder que obedeció sin rechistar.

—Ahora bien, esto es una sorpresa. Esperaba a un chico, debo adivinar que le conoces —Lila dejó de beber el té mirando a la mujer avergonzada.

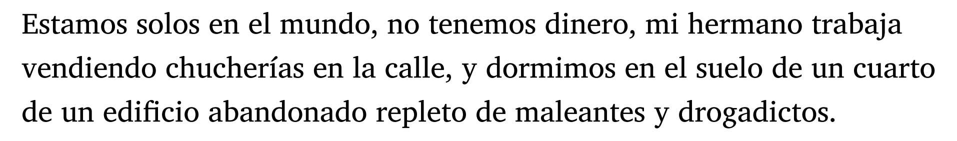
—Lo sé, yo vine en su lugar para hablar —juntó sus manos poniendo su mejor cara de pena—. Por favor, señora. Mi hermano no es mala persona, sólo está desesperado.

—Tu hermano. ¿Y qué es lo que lo ha conducido a casi robarme a Tadeo?

— ¿A quién?

—Tadeo es mi cerdo alcancía —la mujer se rio al sentarse en el sillón contiguo—. Aunque dudo mucho que hubiese podido llevárselo, tiene tantas monedas dentro que es imposible moverlo. Tadeo es más grande que él, increíble que aún no haya roto la barra de la cocina —explicó riendo pero Lila no reía, dejó media galleta en el plato y miró suplicante a la anciana.

—Discúlpelo señora, la pobreza hace que muchos hagan locuras.


Estamos solos en el mundo, no tenemos dinero, mi hermano trabaja vendiendo chucherías en la calle, y dormimos en el suelo de un cuarto de un edificio abandonado repleto de maleantes y drogadictos.

— ¿Solos? ¿No tienen familia?

—Mis padres murieron hace meses y nuestro único tío nos echó a la calle apenas y con unas míseras prendas que no nos cubren del frío. Y estoy tan enferma que no puedo ayudarle.

—Ya. ¿Qué edad tienes niña?

—Quince.

—Quince años —repitió golpeando su paladar con la lengua.

—Por favor, señora. No envíe a mi hermano a prisión, es lo único que tengo y sin él podría morir de tristeza antes que de enfermedad —lloriqueó encogiéndose de forma lastimera esperando que la anciana sintiera pena por ella, pero eso no funcionó.

—Te has leído Shakespeare, ¿no es así? —Lila se enderezó perpleja.

— ¿Cómo lo sabe?

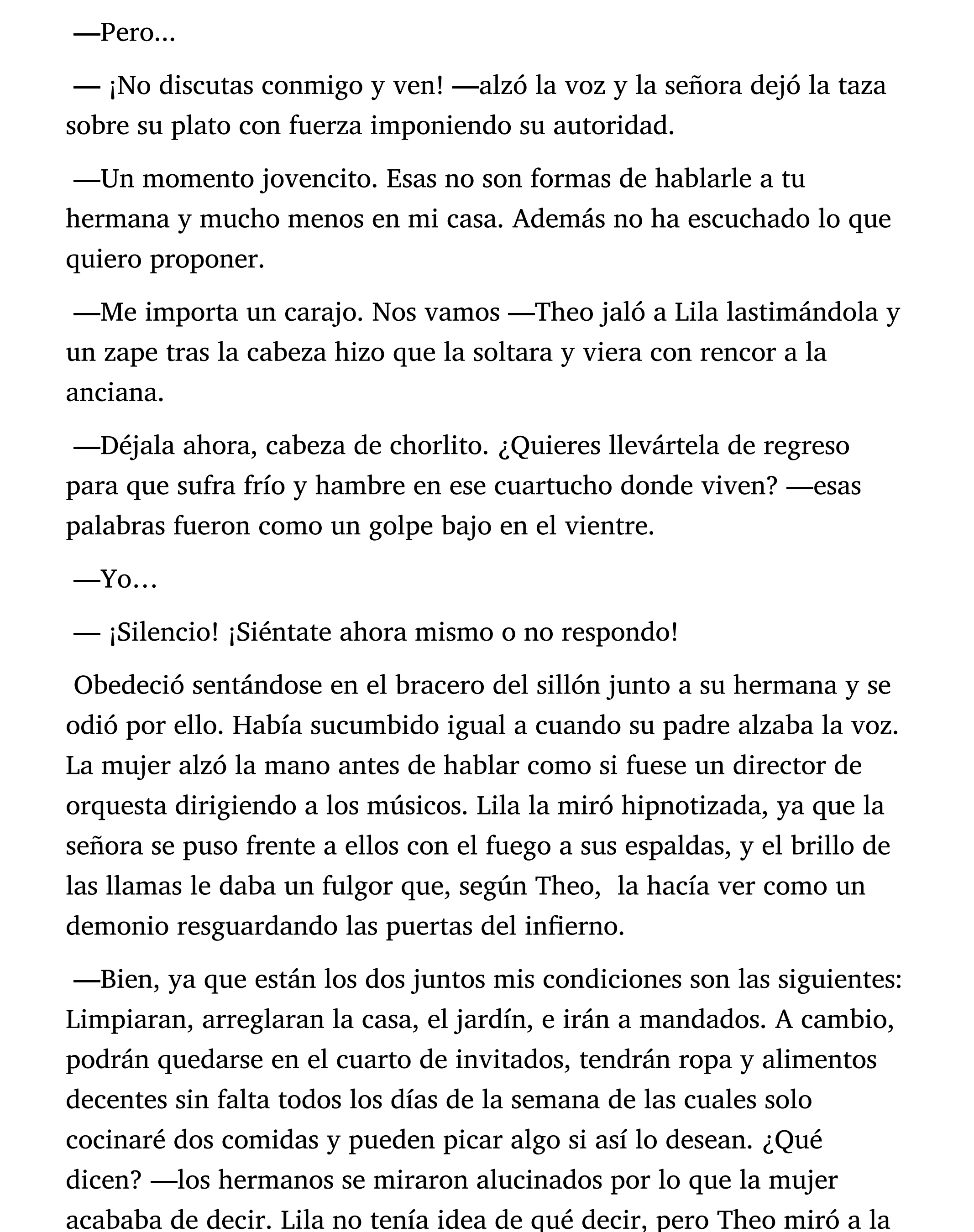
—Tu forma de expresarte es de cualquiera que ha leído Shakespeare, demasiado dramática. Mi marido lo leía, a mí no me gustaba, me dormía y por eso lo leía cada que tenía insomnio —la señora se quedó viendo el fuego con expresión pensativa jugando con los hilos de su chal—. Eres demasiado joven para hacer un oficio, pero no para aprender uno.

— ¿A qué se refiere? —la señora la miró con una sonrisa que marcaba unos profundos hoyuelos en su rostro y tomó su taza de té.

— ¿Qué edad tiene tu hermano?

—Dieciocho. ¿Por qué?

—Todo un hombre el sin vergüenza—rio a lo bajo—. Espera un poco que enseguida te lo explicaré —cuatro fuertes golpes azotaron la puerta que no inmutaron a la anciana que bebía su té—. Ese es tu hermano. ¡Está abierto, matador! —la puerta se abrió y cerró de un portazo que hizo temblar parte de los arreglos. Un enfurecido y



sudoroso Theo apareció y se interpuso entre la anciana y su hermana.

— ¡Theo!

—Lila, ven. Nos vamos de aquí.

—Pero...

— ¡No discutas conmigo y ven! —alzó la voz y la señora dejó la taza sobre su plato con fuerza imponiendo su autoridad.

—Un momento jovencito. Esas no son formas de hablarle a tu hermana y mucho menos en mi casa. Además no ha escuchado lo que quiero proponer.

—Me importa un carajo. Nos vamos —Theo jaló a Lila lastimándola y un zape tras la cabeza hizo que la soltara y viera con rencor a la anciana.

—Déjala ahora, cabeza de chorlito. ¿Quieres llevártela de regreso para que sufra frío y hambre en ese cuartucho donde viven? —esas palabras fueron como un golpe bajo en el vientre.

—Yo…

— ¡Silencio! ¡Siéntate ahora mismo o no respondo!

Obedeció sentándose en el bracero del sillón junto a su hermana y se odió por ello. Había sucumbido igual a cuando su padre alzaba la voz. La mujer alzó la mano antes de hablar como si fuese un director de orquesta dirigiendo a los músicos. Lila la miró hipnotizada, ya que la señora se puso frente a ellos con el fuego a sus espaldas, y el brillo de las llamas le daba un fulgor que, según Theo, la hacía ver como un demonio resguardando las puertas del infierno.

—Bien, ya que están los dos juntos mis condiciones son las siguientes: Limpiaran, arreglaran la casa, el jardín, e irán a mandados. A cambio, podrán quedarse en el cuarto de invitados, tendrán ropa y alimentos decentes sin falta todos los días de la semana de las cuales solo cocinaré dos comidas y pueden picar algo si así lo desean. ¿Qué dicen? —los hermanos se miraron alucinados por lo que la mujer acababa de decir. Lila no tenía idea de qué decir, pero Theo miró a la anciana receloso.

— Espere. ¿Nos está proponiendo vivir aquí?

—Y trabajar aquí.

— ¿Solo así? ¿No pedirá nuestras almas a cambio? ¿O que hagamos algo ilegal?

—Oh, no. Obviamente tengo reglas —la luz de las llamas a sus espaldas hicieron brillar sus cabellos blancos a amarillos, y las arrugas de su rostro eran marcadas por las sombras que bailaban por el fuego —. La hora de ir a la cama es a las diez, ni una hora más. Si alguien de los alrededores les pregunta quienes son dirán que los contraté el mes pasado cuando tú viniste a por el trabajo que viste en el volante de la botica —señaló a Theo—. Ahora dime, ¿cómo supiste de este trabajo? —preguntó mirándole fijamente en silencio, como tardaba en responder Lila se le adelantó.

—Por un volante en la botica.

—Muy lista. Nunca lo olviden. Yo les pedí que vinieran a por estas fechas, si alguien pregunta por mí, ustedes dirán que no saben nada, nada más cuidan mi casa y dejé dinero para que vivan durante un tiempo —los hermanos se miraron de nuevo entre sí.

— ¿Por qué no quiere que sepan que usted está aquí? —preguntó Lila.

—Tengo mis razones. Y se los digo en serio, nadie puede saber de mí. ¿Entendido?

—Vale, entendemos. ¿Qué más? —respondió Theo atento a cualquier trampa.

—La regla más importante de todas y que si la rompen, saldrán de esta casa enseguida: Nunca entren a mi habitación —los miró sin rastro de la cordialidad pasada hablando en tono sombrío que a opinión de Theo calaba perfecto para algún esbirro diabólico—. Si lo hacen, todo este trato se va al demonio y saldrán pitando de esta casa para nunca más volver. ¿Ha quedado claro?

Lila asintió con fuerza, luego se volvió a su hermano que a diferencia de ella estaba renuente a aceptar.

— En serio se cree que voy a creer que usted, sin conocernos, nos ofrece comida y techo mientras trabajamos en la casa sin nada más que esas pocas condiciones. ¿Cuál es el truco?

—Ninguno. Y si lo hubiera no te lo diría. Pero es mucho mejor que lo que tienen ahora, lo cual es nada — recalcó con malsano placer y los ojos castaños de la anciana brillaron como pozos de cobre hacia él—. Esa es tu decisión, jovencito. Acepta mi amabilidad o puedes seguir en la calle haciendo quién sabe qué cosa y arriesgando a tu hermana a una pulmonía o a cualquier peligro adyacente. ¿Tenemos un trato? —extendió su delgada mano hacia él. Lila apuñaló a su hermano con la mirada, y él, con los labios apretados en una fina línea, tomó esa fría y casi esquelética mano sintiendo que cerraba un trato con el diablo.

—Trato.

—Muy bien. Mañana comienzan —anunció caminando por la estancia —. Por ahora vayan a su cuarto que la cena estará lista apenas terminen de asearse y cambiarse. Su cuarto está en el pasillo en la puerta de entrada, el medio baño a su derecha y el baño completo al subir a la izquierda —explicó dirigiéndose a la cocina—. Y no tengo que decir que el cuarto frente al baño de arriba es mi cuarto —les sonrió mostrando sus irregulares dientes —. Y ya bien conocidas las reglas, bienvenidos. Me llamo Olga Sofía Tienda. Llámenme la señora Tienda.

4

Pasó una semana desde que los hermanos comenzaron a vivir en la casa de la señora Tienda y poco a poco iban acostumbrándose a la rutina del lugar. La primera noche encontraron el cuarto de visitas un tanto sucio, como si no hubiesen pasado un trapo sobre los muebles en semanas, pero también encontraron en el gran armario de la habitación, ropa en perfectas condiciones cercana a su talla, demasiado pasada de moda, pero muy cálida. La primera cena que tuvieron fue algo que los hizo alucinar ante tal cantidad de comida que devoraron sin dejar migaja alguna, estuvo delicioso, y sus cuerpos lo agradecieron durmiendo toda la noche en las cómodas y cálidas camas de sábanas limpias.

Cada día despertaban ante el sonido de una alarma puesta en la mesa de la cocina por un reloj minutero en forma de gallina, encontrando el desayuno ya hecho siempre platos rebosantes de deliciosa comida; sin embargo en la tarde, ellos tenían que prepararse su propia comida ya que la señora no mostraba signos de vida a esas horas, y por ello Theo cocinaba acostumbrado a preparar platillos simples pero carentes de sabor, y Lila no podía cocinar aunque su vida dependiera de ello.

Para cuando comenzaron las labores de la casa, se dieron cuenta desde el primer momento en que la luz del sol iluminó el interior de la casa que estaba peor de lo que imaginaron. Theo pasaba casi toda la mañana en el jardín arrancando las malas hierbas o dentro de la casa ayudando a su hermana moviendo muebles o luchando con las nubes de polvo que los atacaban en cualquier descuido. La señora Avilés se topó con ellos el primer día mientras limpiaban el frente, y al preguntar sobre su trabajo y la señora Tienda ellos respondieron lo que la señora les dijo que dijeran: hace un mes, en la botica, y no habían visto a la señora Tienda, sólo estaban cuidando la casa. Lila se tuvo que justificar por su primer encuentro porque su hermano no le había dicho sobre las condiciones del trabajo y quería preguntar. La señora Avilés le dio a ambos un gran, amigable y doloroso abrazo de

bienvenida al vecindario junto con un discurso de bienvenida que los dejó mareados y confundidos.
El día que salieron al mercado por primera vez, habían encontrado un pedazo de papel que tenía dibujado un croquis de cómo llegar, una lista de cosas, y el dinero suficiente para comprar lo de la lista. El Mercado del Perico era un mercado lleno de locales que al igual que el vecindario parecía haberse congelado en el tiempo décadas atrás con coloridos locales de antiguas fachadas bien cuidadas, sobreviviendo a la época de los grandes súper mercados gracias a la distancia en que el súper mercado más cercano estaba, otorgando una gran variedad y calidad de los productos que ofrecían. A Lila le fascinó el mercado y le rogó a su hermano conocer más locales y pasear por el pintoresco vecindario. Se dieron cuenta que la mitad del barrio ya los conocían gracias a la señora Avilés cuya lengua corrió más rápido que el viento. Y siempre que preguntaban por la señora Tienda, respondían siempre a lo mismo: No la habían visto por la casa, nada más se la cuidaban. Lila notó como mucha gente se preocupaba por la señora Tienda y que tenía su completo favor, y eso lo había constatado cuando el panadero, el verdulero y hasta el carnicero, les dieron algo extra y les pedían que saludaran a la anciana mujer de su parte cuando la vieran. En las noches la veían bajar las escaleras lista para hacer la cena para todos, en la cual, siempre se tomaba su tiempo encendiendo una vieja radio en la cocina y meciéndose al ritmo de la música mientras cocinaba, rock, salsa, vals, era todo un concierto.
A Lila comenzó a gustarle estar allí, y no le importaba mucho si la señora era un poco extraña, le caía bien. En cambio no entendía la antipatía de Theo hacia esa dulce anciana y las constantes indirectas que se lanzaban cada tanto.
—Pienso que es una bruja —aseguró ese día su hermano mientras limpiaban las fotos y las decenas de figuritas de la sala ese día—. No es normal.
— ¿Qué cosa, Theo? ¿No es normal que una dulce y solitaria ancianita nos diera techo y cobijo? Uy, capaz que es hermana de la bruja de Hansel y Gretel y nos coma un día de estos —se burló ignorando el ceño fruncido que su hermano le dedicó.

—Eso y que no es normal que le dé por bajar cuando es de noche y nunca la veamos por las mañanas. No hay explicación para eso.
—Eres un paranoico.
—Y tu demasiado confiada. ¿Quién dice que una noche no nos cortará el cuello para vender nuestros órganos a algún mercado negro o quedárselos cuando los suyos fallen? Puede ser una traficante, una bruja, o ambos —Lila rodó sus ojos. Su hermano a veces era ridículo, pero lejos de asustarle le dio risa imaginarse a la señora Tienda con un vestido y sombrero de bruja, con una gran verruga coronando su nariz y haciendo pociones en su cuarto, o vestida con un traje italiano tipo la mafia de Al Capone fumando un puro mientras sostenía una metralleta en su mano.
—Bien podría ser también un vampiro —dijo en tono irónico y su hermano la miró ofendido unos momentos dispuesto a defender su teoría, pero calló y se llevó la mano a su cabeza.
—Por supuesto. ¡Es una vieja chupasangre! ¿Cómo no lo pensé? —Lila imaginó a la señora Tienda y se rio, era mucho más divertido imaginarla con colmillos postizos, usando un taladro manual para agujerar a su víctima y beber la sangre por una pajilla. Limpió una fotografía de una joven y delgada mujer, que si bien no era una belleza tampoco era fea, más bien tenía una cara curiosa, que posaba sonriente junto a un hombre muy apuesto de largo cabello recogido que se veía como un apuesto gitano sacado de una fantasía no apta para menores, y este también sonreía feliz a la cámara estrechando a la joven contra él. Colocó la foto en su lugar en la chimenea, y por el rabillo del ojo vio por la ventana a un hombre del otro lado de calle mirando hacia la casa.
—Theo —lo llamó al ver que ese hombre no apartó la vista al verse descubierto. Theo le miró, el hombre del otro lado era un sujeto enorme en todo el sentido de la palabra, no parecía humano, incluso no hubiera podido distinguir su cuello de su cuadrada cabeza de no ser por el pelo casi a rape que tenía, y en uno de sus enormes dedos pudieron notar un ostentoso anillo en forma de tarántula—. ¿Quién crees que sea? —preguntó temerosa al ver que los observaba fijamente con expresión hosca.

—No tengo idea. ¿Algún vecino?
— ¿Y por qué se queda viendo la casa?
—No lo sé. Saluda, capaz si así se marcha —los dos le saludaron con sonrisas tiesas pero no recibieron un saludo de vuelta, sino que el extraño afiló su mirada y se marchó calle arriba hasta perderse de vista. Lila suspiró aliviada.
— ¿Crees que vuelva?
—No lo sé. Pero por su bien esperemos que no —Lila le miró escéptica con una ceja alzada.
— ¿El suyo o el nuestro? —Theo le devolvió la mirada.
— El suyo, por supuesto. Le hubiese dado su merecido en un segundo.

— ¿Tú?

—Claro, la calle me ha encurtido bien. Hubiera podido contra él fácilmente.

—Theo, te recuerdo que la única pelea que ganaste fue contra una niña.

—Una gorda y que peleaba sucio. Así que si me disculpas, tengo cosas que hacer en el jardín —se fue quedando con la última palabra, pero Lila no quedo tranquila con aquel misterioso hombre, esperando no verlo de nuevo por ahí y que su hermano no tuviese que verse obligado a cumplir con esa amenaza.

La noche cayó y la señora Tienda bajó las escaleras cuando el sol se hubo ocultado por completo. Ambos hermanos estaban en la sala viendo el televisor cuando la escucharon bajar.
—Buenas noches. Hoy tengo ganas de pollo frito y puré. Hace mucho no preparo pollo frito.
— ¿Gusta que le ayude? —se ofreció Lila con una sonrisa y la señora asintió.
— ¿Sabes cocinar?
—No. Pero puedo aprender. Quiero aprender, por favor —le rogó a la señora. No quería decirlo pero deseaba comer algo mejor que las comidas insípidas de su hermano por las tardes. La señora Tienda pareció adivinar su pensamiento.

—Bien, ven entonces, te voy a enseñar a hacer un buen puré de papas. Theo, ¿quieres acompañarnos?
— ¿Para qué?
—Pues para charlar, contar historias y para que aprendas algo útil en la cocina.
Theo apagó la televisión con claro fastidio ignorando el gesto enojado de su hermana por su insolencia. La señora comenzó a darles instrucciones de qué hacer y Lila casi se corta con el pelador hasta que la señora le mostró con paciencia como sujetar una papa.
—Esta receta les va a encantar. Con ella conquisté a mi esposo y es mucho mejor que ese pollo grasiento que vende el coronel ese americano que sale mucho en la tele.
—Habla del coronel Kentu... — la señora Tienda le chistó a Lila.
— ¡No digas su nombre! O nos cobraran derechos de autor.
— ¿Derechos de autor? — repitió Theo viéndola como si estuviese loca.
—Aunque no me creas puede pasar, están en todos lados esos capitalistas americanos. Como sea, mi pollo es mucho mejor.
—Dijo que así conquistó a su marido —dijo Lila en verdad interesada —. Las fotos de la sala, ¿son ustedes? —la señora sonrió ampliamente.
—Sí. Esos éramos yo y mi Paolo cuando éramos más jóvenes. Nadie creería que alguien como yo se hubiera casado con un galán italiano. Y mucho menos habiendo tantas mujeres hermosas alrededor de él. Es una historia muy larga —el codo de Theo golpeó un poco las costillas de Lila y la palabra 'Brujería' se leyó en sus labios. Lila le pateó por debajo de la mesa—. En fin. ¿Cómo les ha ido? ¿Ya han conocido a los vecinos?
—Sí. Todos son muy amables —respondió Lila—. Y preguntan mucho por usted. Le mandan sus saludos, y la señora Avilés nos saluda todos los días.
—Amelia es una buena mujer, pero a veces necesita un interruptor para callarse. Nada más guarda silencio cuando está con su marido, ella lo deja hablar escuchándolo embelesada aunque el pobre sea medio tartamudo.
—También vimos a alguien hoy —dijo Theo con expresión seria—. No

supimos quién era pero se puso frente a la casa y cuando le saludamos se fue.
— ¿Cómo era?
—Era un tipo grande, de cabeza cuadrada y... enorme —recalcó de nuevo su tamaño y vio a la señora apretar sus arrugados labios con disgusto.
—Mmhm, es Francisco. El hijo de la señora Ramos, es el único que conozco que tiene esa descripción de matón. No quiero que se acerquen a él o a su madre, son gente muy mala y peligrosa.
— ¿Son en verdad peligrosos? —preguntó Lila preocupada al recordar a aquella mole mirarlos desde la calle.
—Los dos son peligrosos a su manera. La señora Ramos la reconocerán como una anciana mezquina de bastón que gusta escupir veneno a quien sea, siempre amargada y descontenta con la vida, y su hijo Francisco es un grandullón de poco seso que es mejor no hacer enojar. Ya lo tiene fijo la policía. Un conocido de las fuerzas sólo espera el momento de echarle mano.
— ¿Tan malo es ese hombre?
—Se cuentan muchas cosas que no sabes qué es verdad o no, pero se dice que mató a un hombre en un bar. Hubo testigos pero nadie hablo palabra en su contra y el arma homicida, un cuchillo de cocina, nunca se lo encontraron —se levantó y tomó las papas peladas. Lila fijó sus ojos en su hermano en advertencia para que no se le ocurriese ponerse contra ese tipo. Theo intentó no tragar de forma sonora—. Por eso no quiero que se les acerquen, los Ramos son muy capaces de todo si alguien les molesta. ¿Quedamos? —los hermanos asintieron y la señora aceptó esa simple respuesta con un leve asentimiento. Luego señaló a Theo—. Tú, ven aquí, vas a aprender a meter mano un pollo. A ver si a eso le metes mano —él se levantó molesto por la insinuación y más porque pudo ver el atisbo de una sonrisa burlona antes de que le diera la espalda.

Theo permaneció despierto esa noche, mirando entre la oscuridad y distinguiendo formas entre estas. Escuchó la respiración acompasada

de Lila en la cama contigua; su salud mejoró mucho desde que llegaron a esa casa, su piel adoptó un color más sano, ya no tosía y también recuperó mucho del peso perdido. Pero había algo que no lo dejaba dormir, y ese algo era la señora Tienda. ¿Qué era lo que escondía esa vieja? Le parecía extraña y por supuesto muy irritante cuando se lo proponía, pero algo le molestaba y no sabía qué era, podía sentirlo en su subconsciente y él apenas podía rascar esa idea que no se formaba de todo en su mente, una advertencia de que algo no estaba del todo bien, ¿pero qué era? Se levantó y se puso sus zapatos saliendo de su habitación hacia la sala, revisó que la ventana, misma en que noches atrás había entrado, estuviera cerrada. Miró por la ventana parte del oscuro jardín, no había nada y el viento helado del invierno aullaba sacudiendo los árboles de la zona inmisericorde. Revisó de nuevo el cerrojo y por un momento le pareció ver algo sobre el muro de piedra, una sombra asomarse y desaparecer veloz. Se alejó de la ventana pensando que era su imaginación, ¿o quizás Ramón encontró a alguien más para intentar robar la casa? No, Ramón no podría ser tan insistente, de seguro en esos momentos estaría con otro trabajo y se había olvidado de ellos gracias a todo lo que se inhalaba. Se volvió para regresar a su cuarto y gritó con espanto cayendo al suelo al toparse de frente con la señora Tienda, con el cabello suelto parecía un espectro salido de la tumba.
— ¡Joder!
— ¿Te he asustado?
— ¿Usted qué cree? —la mujer rio entre dientes.
—Que ojala no te hayas orinado. Qué vergüenza si tú hermana lo supiera al lavar la ropa.
— ¡Ni de broma! —ya se encargaría de separar su ropa de la demás, no quería que ni Lila ni esa vieja la tocaran.
—Ya, ya. Vuelve a la cama. No deberías estar despierto a estas horas, ¿o es que te has olvidado de la regla de dormirse temprano?
—Claro que no, quería revisar que todo estuviese cerrado.
—No te preocupes que nadie entrará, todo está cerrado ahora, así que a la cama a descansar.
—Está bien, permiso —no muy convencido pasó a lado de la anciana,

pero se detuvo en el marco de la sala, y al voltear la vio sonreírle en medio de la oscuridad con un brillo casi antinatural en sus ojos.

—Descansa, querido. Que tengas dulces sueños.

Regresó casi corriendo al cuarto, mirando tras su hombro hasta que llegó, y sin pensarlo dos veces cerró con llave la puerta desde adentro, esperando que al despertar sus órganos estuviesen intactos en su cuerpo y sin marcas en el cuello.

5

El crudo invierno estaba a punto de llegar a su fin, el calor del sol era cada vez más notorio y el árbol del jardín comenzaba a llenarse de pequeñas florecillas blancas. Y los hermanos seguían su vida en casa de la señora Tienda. Theo siempre acompañaba a Lila cuando tenía que ir de compras, aunque ella le dijera que no era necesario él iba porque no le gustaba con qué ojos le veía el chico de las verduras, si bien habían mentido en sus edades, ella dieciocho y él veinte para que la gente no murmurara, la realidad era otra y no dejaría que cualquier baboso calenturiento le echara ojos a su hermanita. También iba porque no quería quedarse solo en la casa con la vieja, pero nunca admitiría eso frente a su hermana.

Al llegar al mercado todo mundo les saludó, cada persona del barrio conocían a los hermanos que cuidaban la casa de la señora Tienda y siempre los recibían de forma cálida y familiar.

—Buenos días, hoy tenemos promoción de huevo. ¡Huevo grande! ¡De doble yema!

—Pasen a ver las verduras, recién traídas del campo, guapa.

—Crema y queso frescos, chicos. También tengo yogurt.

Los hermanos saludaban corteses y atentos a cada saludo, o al menos Lila era quien se mostraba amable cubriendo la sequedad con que su hermano casi siempre respondía ante la poca familiaridad que tenía en relacionarse con otros, en especial con el chico que vendía las verduras, al que no entendía porque lo apuñalaba con la mirada.

—Quiero aprender a hacer pasta. ¿Crees que deba llevar más tomates?

— ¿Por qué tanto interés en aprender a cocinar? Ya te da con pegártele mucho a la vieja en la cena.

— ¿Y a ti qué? He aprendido que me gusta cocinar. Mamá nunca quiso enseñarme y tú siempre gustas de hacerlo todo solo; y al fin que tengo a alguien que tiene la paciencia para enseñarme quiero aprovechar.

Theo recordó que su madre intentó enseñarle a cocinar, pero siempre

se desesperaba y le gritaba por cualquier cosa que no le pareciese, al final terminó por expulsarla de la cocina.

Unos nacen con el don de la cocina y otros no. Quien se case con ella deberá saber que no lo tiene. Bonita pero boba la pobre.

Esa actitud de sus padres siempre le molestó. Sólo porque Lila no sacaba sobresaliente como él siempre decían que ella no serviría para nada más que una simple ama de casa. Pero después de que empezaron a dejarles solos más tiempo por cuestión de su trabajo, él era quien cocinaba y nunca la dejó ayudarle no importando cuantas veces le preguntara si necesitaba ayuda. Se mordió el labio inferior sintiéndose culpable al tratarla como lo hacían sus padres.
—Lo siento. A veces me olvidaba que nuestros padres no solo me presionaban a mí.
—No te reclamo nada, Theo. Siempre estabas tenso con la escuela, cursos y clases extras. Ahora todo es diferente.
—No me siento diferente.
—Porque no dejas que sea así, las cosas han cambiado pero sigues empeñado en seguir viviendo como antes. Eso es cansado, Theo —iba a preguntarle a qué se refería con ello cuando una voz chillona y jovial les llamó desde el otro lado de la calle.
— ¡Muchachos! ¡Muchachos! —la señora Avilés se acercó a ellos, era imposible no saber que estaba en el perímetro gracias a sus pulseras y collares de cuencas que sonaban a cada paso.
—Buenos días señora, luce radiante el día de hoy —saludó Theo con una sonrisa tan encantadora que ruborizó las mejillas de la inocente anciana.
—Theo, eres un encanto. Si tuvieras cincuenta años más me lanzaría sobre ti, pero no sería justo para mi marido —Lila se aguantó la risa y Theo intentó no verse incómodo.
—Apuesto que con usted es al revés. Le han de sobrar pretendientes, su marido le ha de celar mucho —la señora Avilés rio poniéndose más colorada. Theo había aprendido que mientras más halagaba a la gente, más feliz estaban con ellos y menos preguntas hacían.

— ¡Eres un pillo! Emocionar a esta pobre anciana. Pasaba por el mercado y al verlos quería darles esto, me he ahorrado una vuelta —de su bolso sacó una rueda de queso—. Es mozarela. Y si ven a Olga díganle que le mando mis saludos.
—Lo haremos cuando la veamos —asintió Lila tomando la rueda de queso. La señora Avilés frunció el entrecejo.
— ¿Cómo es que aún no la han visto? ¿Les manda el dinero por correo?
—No —respondió Theo con una tranquilidad ensayada—. Nos dejó una nota con el dinero suficiente para las compras y gastos para varios meses. Pero cuando la veamos le diremos que usted siempre le manda sus saludos —tomó sus arrugadas manos entre las suyas sin dejar de verla a los ojos—. Debe sentirse afortunada de tener a tan buena amiga preocupándose por ella.
—Eres un ángel —musitó la mujer mirándole como una quinceañera embobada aun cuando Theo le soltó las manos con delicadeza.
—Nos gustaría seguir charlando pero quedan muchas cosas que hacer y no debemos dejar la casa sola por mucho tiempo.
—Por supuesto. Si necesitan algo pueden venir a mi casa, hago unos buñuelos con chocolate para morirse.
—Nos gustaría algún día ir a su casa, y a cambio podemos también llevarle algo —propuso Lila para agradecerle por toda su hospitalidad.
—No se preocupen por ello. Mi puerta siempre estará abierta para ustedes.
De nuevo agradecieron su amabilidad, dispuestos a irse para poder seguir con los pendientes de la casa, pero al darse la vuelta se detuvieron abruptamente antes de chocar con otra anciana que los miraba fijamente apoyada en su bastón. Su mirada penetrante dejó a Lila paralizada.
—Disculpe, señora —se disculpó Theo al ver que la anciana no se movía. Tomó del brazo a Lila para rodear a la anciana, si había creído que la señora Tienda era una bruja o un vampiro, esta mujer se sacaba el premio al mejor disfraz. Vestía de color negro de los pies a la cabeza, su vestido de manga larga, sus zapatos, y hasta el pañuelo en su cabeza que ocultaba sus cabellos grises y largos en un moño

apretado; tenía una cara angulosa que remarcaba sus puntiagudos pómulos y barbilla, y unos ojos sesgados que seguro en su juventud fueron muy bellos pero tenían un brillo malicioso que no pasó desapercibo junto con sus apretados y arrugados labios que esperaban el momento para abrirse como si se los fuese a tragar enteros. Esta mujer no necesitaba mascara para la Noche de Brujas. ¿A cuántos niños habría espantado por las noches y en sus pesadillas?
—Buenos días, jóvenes. Así que ustedes son los que cuidan la casa de Olga Tienda.
—Martha —el tono con que habló la señora Avilés no tenía nada de su usual alegría. La regordeta mujer se puso entre ella y los hermanos haciéndoles retroceder e hinchando su voluptuoso, y algo caído pecho, como una mamá gallina protegiendo a sus polluelos—. Ni se te ocurra ponerte con estos jovencitos. Porque esta vez no respondo —la anciana de negro chasqueó la lengua y miró con desdén a la señora Avilés.
—Eres una ridícula, Amelia. Sólo quería saludar y saber cómo estaba Olga. Hace tanto que no la veo.
—Como si te importara —ladró furiosa—. Vámonos, muchachos. Hay gente con quien no deben juntarse —los cogió de las manos como si fueran críos y se los llevó de allí al paso más rápido que podía caminar, moviendo sus lonjas en cada bamboleo y haciendo sonar todas las cuencas de sus pulseras. Ya a unas calles los soltó y su caminar se volvió lento por el cansancio—. Qué bueno que dejamos a esa bruja atrás. Me hierve la sangre de verla —sus uñas pintadas de rojo se pusieron como garras y Lila pasó su mano por la espalda de la mujer para calmarla.
—Tranquilícese. No debe enojarse así.
—Es que esa mujer es una cínica —aseguró soltando un bufido—. Si ya todos bien sabemos que esa y su hijo son de cuidado. Pero un día espero que venga la policía y ¡zas! A la cárcel el salvaje de su hijo y a un cajón esa perra sin corazón —Theo se inclinó un poco para verle a la cara ya que le sacaba más de una cabeza.
— ¿Tan malos son?
—De lo peor. Los Ramos son gente peligrosa. Con decirles que la

última vez esos le… olvídenlo, no tienen que saberlo —se tragó las palabras con expresión amarga—. Mantengan ojo avizor y no se confíen, muchachos. Porque a esos no les importa a quien dañen o se lleven por delante, quien sabe de lo que serían capaces.

—Lo tendremos presente, muchas gracias —aseguró Theo para tranquilizarla, sin embargo, en el camino de regreso los hermanos no paraban de preguntarse si había algo más que no les habían dicho aún sobre los Ramos, pero se andarían con cuidado.

Esa noche la advertencia de la señora Avilés rondó por sus cabezas, intentaron distraerse en la cocina preparando pasta para cenar y al escuchar el filoso cuchillo de la señora Tienda, Theo casi saltó de su sitio viendo el tomate fácilmente rebanado a la mitad.

— ¿Ya lo ven? El secreto de una buena salsa son los tomates y las especias. Esta receta la aprendí de mi marido. Theo, cariño, abre un poco la ventana, la noche no está tan fría. Este año la primavera se adelantó.

—Señora Tienda, ¿cómo conoció a su marido? —preguntó Lila más para dejar de pensar en los Ramos que por curiosidad, la señora le sonrió ampliamente.

—Te preguntaras al ver mis fotos como una joven tan fea atrapó a un guapo italiano, ¿no?

—Yo si —dijo Theo que cortaba la mozarela sin importarle que su hermana lo viera como si quisiese lanzarle la olla. La señora Tienda rio lejos de ofenderse, suspirando profundo y luego mirar a la nada con ensoñación y nostalgia.

—Bueno, mientras preparamos la cena les puedo contar mi historia. Veamos…

…

Olga Sofía sabía que no era muy agraciada. Tenía una nariz grande y aguileña, labios delgados, y era tan delgada como un fideo que apenas y podía rellenar un sostén. Pero tenía sus pequeños atributos, un

abundante cabello color chocolate que cuidaba mucho, sus ojos almendrados y sus manos fuertes pero bien cuidadas; sin embargo entendía que eso no sería suficiente para que alguien se fijase en ella.
—Ya deja de verte de verte en el espejo o lo vas a romper —le regañó su madre, una mujer que no se explicaba como su hija no había salido hermosa como lo fue ella en su juventud—. Te buscan y más te vale no volver tarde que te toca hacer la cena.
—Sí, mamá.
Olga salió corriendo para no ver a su madre, una mujer cuya amargura terminó con su belleza a temprana edad, y que le echaba la culpa de todo lo malo que pasaba en su vida a su hija, como si el tenerla fuera lo que marchitó su belleza y no las dos botellas de vino barato que ingería todos los días. Al pasar por la sala vio a su obeso padre, como siempre, jugando dominó con sus amigos en medio de una nube de humo de cigarros.
— ¿A dónde vas? —preguntó este haciendo que Olga se detuviera y mirara a su padre que ni para hablar dejaba el cigarro.
—Voy a salir a dar la vuelta. Regreso a las seis.
—Más te vale no llegar tarde. Y de regreso tráeme una cerveza —ella asintió y huyó de su casa tan rápido como pudo. Al salir, Elisa la estaba esperando.
—Hasta que sales. Pensé que iba a ir sola al cine.
—No, pero vámonos antes de que cambien de opinión.
Elisa Padua era la única amiga que tenía, ni siquiera recordaba porque eran amigas pero lo habían sido desde el colegio y vivía a unas calles de su casa. Elisa era popular, hermosa, de buena familia y con un bello y envidiable cabello rubio claro y ojos azules que cualquiera mataría por tener. Y no importando si ahora Elisa asistía a un instituto privado, siempre buscaban la forma de poder pasar el rato juntas; salían al cine, al café o a la plaza para ver muchachos, y todos siempre buscaban complacer a Elisa en cada capricho que tenía, mientras que Olga sentía que nada más las moscas se le acercaban.
—Mañana vamos a hacer un picnic en el parque. Tienes que venir, irán mis compañeras del instituto y habrá muchachos guapos, también quiero que conozcas a mi novio. Debes llevar algo bueno para todos —

le decía Elisa mientras comía su cono de helado.
— ¿Todos deben llevar algo de comida?
—Obvio, sería de muy mal gusto llegar con las manos vacías. Lleva lo que quieras, si cocinas es mejor.

—Lo intentaré.

«Como si pudiera.»

Sabía lo que le esperaba, pero tuvo que intentarlo en nombre de su buena amistad. Apenas llegó a su casa y le pidió a su madre la oportunidad de preparar algo para mañana esta le abofeteó.
— ¿Preparar algo para esos vagos con MI comida? No seas idiota. No nos sobra la comida para que quieras complacer a una bola de zánganos que no saben ni limpiarse la cola. Mejor busca la forma en que alguno de esos se interese en ti y te saque de nuestras vidas. Eres una inútil —golpeó su hombro al pasar a su lado, su único consuelo fue que su padre no la golpeó o insultó esa noche, porque le había llevado las cervezas que había pedido y eso la hacía una buena hija para él.

Al otro día compró con sus ahorros un pan de nuez de la panadería. Se sentía tan mal, hubiera deseado cocinar algo especial para no quedar mal enfrente de las amigas del colegio privado al que asistía Elisa, ni mucho menos de los muchachos guapos que tanto presumía conocer, pero ahora sería la fea y tacaña amiga que había llevado un simple pan de nuez a la reunión.

El grupo estaba divirtiéndose cuando llegó al parque. Todos los hombres gritaban y jugaban al futbol siendo apoyados por las mujeres. Elisa la saludó desde su lugar entre las sillas y mesas de madera de picnic, interrumpiendo su charla con otras chicas que al verla apenas y disimularon sus risas, y los chicos que no estaban jugando la miraron como si fuese un bicho raro.

«Soy la chica fea del pan de nuez. ¡La chica fea del pan de nuez!»

Y si su suerte era tan mala de seguro el pan estaría horrible. ¿Qué otra cosa podría pasarle? ¿Es que el universo la odiaba tanto? ¿Es que

alguien allá arriba no podía compadecerse de ella y que una piedra aplastara su cabeza? Así al menos no abrirían el ataúd al momento de velarla.

«Por favor, por piedad, ¡manda ahora lo que sea para terminar con mi sufrimiento, Dios mío!»

— ¡Cuidado!
Apenas y lo vio venir. El balón de cuero se impactó en su cabeza, sus pies dejaron de tocar la tierra elevándose hacia el cielo con la gracia de una bailarina ebria, y el pan de nuez voló aterrizando en alguna parte del lugar para con suerte despedazarse en el suelo o caer sobre alguna de las chicas que se burlaron a su llegada. No supo nada del mundo por al menos un par de minutos pensando que su plegaría había sido escuchada… Un agradable olor a colonia llenó su nariz, respiró profundo inundando sus pulmones de ese delicioso olor de sándalo combinado con loción de afeitar, y al abrir los ojos se encontró con dos preciosas esmeraldas que la veían fijamente llenos de preocupación.
— ¿Estás bien? —preguntó con un acento que no pudo reconocer pero que pareció que un coro de ángeles le acompañaba.
— ¿Mmmhm?
— ¿Me oyes? —era el hombre más apuesto que había visto en su vida y le estaba sosteniendo la mano.

«Gracias Dios…»

—Si... —exhaló en un suspiro con una sonrisa.
— ¡Olga! Qué bueno que despiertas. Pensaba que te morías por culpa del balón en plena cara —exclamó Elisa que de alguna manera se había sumado a ese cuadro celestial.
—Fue mi culpa —se disculpó el ángel frente a ella que la puso de pie como si fuese tan liviana como una pluma, y así se sentía.
—No pasa nada. Fue un accidente —sonrió Olga como si la cabeza no le estuviera dando vueltas y su cuerpo apenas y se mantenía estable.

Elisa suspiró con exagerado alivio.

—Qué bueno que estás bien, mira que no ver semejante balón…

—Perdóname como quiera, *bella ragazza* —se disculpó el ángel ignorando a Elisa y sosteniendo su mano entre las suyas. Italiano, su mano era sostenida por un guapo italiano de cabellos de ébano y piel olivácea que la miraba con verdadera preocupación.

—No hay nada qué perdonar —Elisa tosió y se aclaró la garganta con suavidad.

—Me alegro que no haya pasado nada. Un funeral nos hubiese aguado el momento. Y estoy tan contenta de que hubieras podido venir y que ya se estén conociendo —Elisa se apoyó en el fuerte brazo de ese semental italiano que le sacaba cabeza y media—. Paolo, ella es Olga, mi amiga. Olga, quiero presentarte a Paolo, mi novio.

Algo se atoró en su pecho, su respiración se contuvo y su corazón se encogió dolorosamente al sentir que ese ángel dejaba ir su mano necesitada de calor y tomaba en su lugar la mano de Elisa, como la dulce pareja de novios que eran, reventando sus breves ilusiones de amor de un pinchazo, ¿eso que sonó fue una marcha fúnebre? Tragó antes de poder escupir esa palabra.

—Novios…

…

— ¿Novios? —Lila le interrumpió deteniendo el tenedor a medio camino de su boca—. ¿Su futuro esposo y amiga eran novios? ¿Por quéééééé? —se quejó dramática como si de alguna injusticia hubiese sufrido—. ¿Por qué conocerlo así? ¿No pudo haberse enamorado a primera vista de Olga como en las novelas románticas? ¿O ser algún amigo de la infancia que le amaba en secreto? Ahora ¿cómo hará Olga para que Paolo se enamore de ella? ¿Qué tipo de drama es este? ¿Alguien morirá? ¿Serán felices?

La señora la miró con las cejas alzadas hasta el cuero cabelludo y luego volvió su atención a Theo que revolvió su tenedor en lo que quedaba de su plato.

— ¿Siempre se pone así de intensa cuando lee o escucha alguna historia?
—Cuando leyó Romeo y Julieta gritó y lloró aun cuando le dije como acababa el libro. Por eso no le dejaban ver telenovelas.
— ¡Theo! —Lila enrojeció al darse cuenta que se había dejado llevar —. Lo siento. Muchas veces me meto demasiado en la trama que me lo imagino todo en tercera persona. ¿Pero cómo le hizo para que se casara con usted? ¿Se lo robó? ¿Elisa se murió? ¿Peleo por él?
—Creo que dejaré el resto de la historia para mañana —se levantó con su plato vacío y lo dejó en el fregadero—. Ya es tarde y mis viejos huesos necesitan descansar. Mañana será un mejor día. Ya el sol calienta, gracias a Dios por eso. Buenas noches.
Se despidió saliendo de la cocina y sus pasos se escucharon subiendo las escaleras hasta que una puerta se cerró. Theo se levantó de la mesa para comenzar a lavar.
—Ayúdame a recoger todo. No quiero quedarme tan noche lavando todo y estoy cansado a morir —en realidad no deseaba repetir su encuentro nocturno quedándose tan tarde. Escuchó a su hermana suspirar mientras recogía las ollas usadas.
—Quería escuchar más, nos ha dejado en la mejor parte. ¿Cómo crees que le haya conquistado? Era muy guapo.
—Tú ya sabes mi respuesta. Seguro hizo alguna brujería.
—Theo eres tan ridículo.
—Yo no soy quien grita aun sabiendo el final. Al final se casó con ella, ¿cómo? Es bruja o vampiro e hizo uso de sus poderes sobrenaturales.
—Aquí vamos de nuevo —rodó los ojos, escuchando nuevamente las teorías que su hermano tenía contra la señora Tienda pero lo dejaba ser, ya que nunca lo había visto tan emocionado y hablador en el pasado, aunque él no lo quisiese admitir.

El sol de la mañana calentó el rostro de Lila al adentrarse por la ventana. Se levantó de tan buen humor que no le importó que fuera sábado y que podía dormir un poco más. Fue a la cocina y vio el desayuno hecho sobre la mesa. El reloj minutero en forma de gallina

estaba en el centro de la mesa y lo apagó antes de que sonara. Rato después, Theo entró con el cabello revuelto viendo a Lila desayunar.
—Buenos días.
—Buenos días. ¿Quieres que te ayude hoy con el jardín?
—Si quieres. ¿A qué hora te has levantado?
—No hace mucho.
— ¿Y la viste? No, claro que no —se respondió a sí mismo sentándose a desayunar—. Esa vieja solo se deja ver en la oscuridad de la noche. De seguro ahora mismo debe estar durmiendo en su ataúd.
— ¿En un día como este? No lo creo —los dos se atragantaron al escuchar en el umbral del marco de la cocina a la señora Tienda, vistiendo una bata de color azul claro y unas largas calcetas rosadas. Ella le sonrió a Theo con un brillo burlón en sus ojos—. Pero tranquilo, juro que no arremeteré contra ti en la noche. Yo si cumplo mis promesas —aseveró caminando en dirección hacia la pequeña ventana de la cocina detrás de Lila, y al estar fuera de la vista de la muchacha hizo un círculo con sus dedo índice y pulgar para con el índice de su otra mano meter y sacar del círculo su dedo mientras hacía un claro gesto como si gimiera. Theo escupió la leche y la señora se rio para abrir la ventana y dejar el cálido aire matutino entrar por la ventana.
Lila golpeó con fuerza la espalda de su hermano que poco a poco dejó de toser.
— ¿Por qué esta aquí, señora? Digo, temprano, con nosotros —balbuceó tan desconcertada como su hermano.
—Porque hace un clima maravilloso. Detesto el frío, hace que me duela las articulaciones y este invierno fue horrible. Por eso no bajaba, estaba en mi cálida cama para calentarme y que no me dolieran mis huesos, sólo me levantaba para hacerles la comida pero ahora con este clima estoy mejor y lista para dar guerra.
Lila le dedicó a su hermano mueca arrogante cuando había dejado de toser. Allí estaba su explicación sobre por qué no veían a la anciana por el día. La señora Tienda abrió la puerta que daba al jardín trasero y miró a los hermanos con una sonrisa dulce y encantadora.
—Vamos a desayunar hoy afuera. Ya les ayudaré hoy con el jardín y

de paso seguiré con el resto de la historia —salió para extender sus brazos y sentir los cálidos rayos del sol en su piel apergaminada, cerrando sus ojos y respirando el nuevo aire primaveral—. Muévanse, muchachos, hoy es un buen día para estar afuera.

6

Para la joven Olga Sofía fue imposible no quedarse prendada de Paolo Leone. Era guapo, deportista, inteligente, fuerte, y lo que más le gustaba era su enorme corazón. Era tan amable que la conmovía cuando daba de comer a algún perro callejero, jugaba o hacía reír a los niños, o prefería ayudar a las viejecitas con pesadas bolsas de compras que seguir con sus amigos; era culto y un entendido del arte, era la primera vez que podía hablar horas de libros y filósofos sin parar con alguien que no la considerara aburrida o quisiera callarla para cambiar de tema, incluso hablaba más con ella que con Elisa que prefería irse a con sus amigas a hablar de los vestidos de temporada. Era a su parecer el hombre perfecto, el héroe galante que defendía a las mujeres de cualquier barbaján que intentase propasarse. Pero era realista, para Paolo ella sólo era la amiga de Elisa y por ello era más cortes con ella; y esa amabilidad y atenciones que recibía abrían pequeñas heridas en su frágil corazón.

— ¿Qué haces aquí, muchacha? —preguntó su vecina, la señora Sabino, una anciana de espalda encorvada y bastón que se acercó al verla recostada boca abajo, lamentándose en tan incómoda posición en la orilla de la fuente de la plaza.

—Lamento mi vida. Más de lo usual —sabía que no era un secreto para la mujer los constantes gritos o peleas en su casa, en realidad todo su barrio estaba al tanto de ello así que no interactuaba mucho con sus vecinos, pero esa anciana era especial, podía ser una vieja gruñona que hacía correr a todos, pero siempre la había tratado bien y para ella la señora Sabino era una dulce, adorable y sabia viejecita, y como prueba de su dulzura esa dulce ancianita golpeó su pierna con el bastón, todo un encanto de señora...

—Siéntate como las muchachas decentes. Así pareces una lagartija al sol —obedeció en un segundo, sentándose como era debido en la orilla de la fuente viendo a la anciana sentarse a su lado en movimientos lentos y temblorosos, escuchando sus rodillas tronar al flexionarse y

luego emitir de su garganta un gruñido de alivio con los ojos en blanco—. Ahora bien. ¿Por qué te lamentas? ¿Otra vez tu madre te dijo algo? ¿O fue el vago de tu padre?
Olga alzó su vista al cielo con el sol en la cara, y respiró hondo antes de contestar.
—La opinión de mi familia casi ha dejado de importarme durante este tiempo. Mis lamentos son por no ser tan bonita y atractiva como para enamorar al muchacho que me gusta.
— ¿Bonita y atractiva? Debes estar bromeando.
—Necesitaría un milagro, volver a nacer quizás —se quejó mirando a la anciana—. Estoy enamorada del hombre más formidable que he conocido pero es un amor imposible. ¿Por qué me tenía que gustar el novio de mi amiga? Mi corazón es idiota.
— ¿Hablas de esa chica con la que siempre vas? No. Imposible que te compares con ella —sintió esas palabras aplastar lo que le restaba de autoestima, se preguntó qué tan profunda era la fuente y si podría ahogarse en ella—. Tú eres mejor que esa jovencita cabeza de chorlito —Olga la miró pensando que debió escuchar mal, y observó a la señora Sabino acomodar su dentadura antes de volver a hablar con suavidad—. Eres una chiquilla lista, siempre lo has sido aun con los padres tan bestias que tienes. Es agradable hablar contigo y nunca aburres. Y sabes escuchar, eso es algo que muchos aprecian.
—Pero no soy guapa.
— ¿Y eso que? —Preguntó molesta, moviendo su cadera para acomodarse mejor en la dura orilla—. Tal vez no seas una belleza, pero no eres un esperpento y tampoco eres tan hueca como tu amiga y las otras muchachas que van por ahí hablando de quien sabe cuánta vanidad. Son desesperantes —bufó sacudiendo su bastón como si desease golpear a alguien—. Pero si crees o dices a cada momento que eres fea al final lo serás. Que te quede claro esto porque nadie más te lo dirá y es la pura verdad, somos lo que creemos de nosotros mismos, y si te dices fea serás fea tanto por dentro como por fuera; pero si te miras y te dices ser la hermosa niña que yo veo, lo vas a creer serás hermosa tanto por dentro como por fuera —Olga se miró unos momentos en el agua de la fuente, observando su reflejo ondulante

por el agua que caía, viendo por momentos a otra ella que le sonreía con dulzura, con rasgos delicados y brillantes ojos hasta que la señora Sabino golpeó el suelo con su bastón rompiendo el hechizo en el que estaba sumergida, dejando que sus palabras calaran en su cabeza hasta lo más profundo—. ¿Y que si te gusta alguien que ya tiene novia? Demuéstraselo y dile que te trae como loca suspirando de amor.

—Pero me rechazará.

—Ya si te rechaza no es el indicado para ti. Porque a quien nada más le importa el físico y no el interior, como muchos muchachos babosos hacen con tu amiga, nunca va a estar conforme. Mírame.

Envejecemos, todos terminamos arrugados como pasas, flacos o gordos, feos y más feos, y eso es inevitable, el tiempo no perdona a nadie.

—Es el novio de mi amiga, no puedo decírselo a la cara. Sería como traicionar a Elisa y ella ha sido muy buena conmigo.

—En la guerra y en el amor todo se vale, querida. Y en cuestiones del corazón también. Hay otras formas de decirle que te gusta, y si el muchacho es listo entenderá. Dime, ¿eres buena en algo? ¿Escribir? ¿Bordar? ¿Cocinar?

—Amo cocinar.

—Muy bien. Entonces ya tienes por donde atacar.

— ¿Atacar?

—Por supuesto, esa es tu arma en la guerra del amor. Te diré algo, cuando hacemos algo con un gran sentimiento este se transmite a las personas. Y qué mejor manera que transmitir tu amor conquistando el estómago de ese hombre.

—No lo sé, va a pensar que soy una ridícula.

—Y si no lo intentas nunca lo vas a saber. Es peor perder tras haberlo intentado y seguir, que nunca hacer nada y quedarte con la incertidumbre del qué hubiera pasado —Olga notó en la mirada de la anciana un brillo astuto que no admitía resignación, y comenzó a asentir ante la verdad en sus palabras.

—Tiene razón. Debo jugármela si quiero que algo pase. Sino mi corazón nunca superará este enamoramiento siendo correspondido o no.

—Muy bien. Hazlo, usa bien tus armas. Y no te lamentes por tu amiga, que bien he sabido ella no se tienta el corazón cuando de robar novios se trata.

— ¿Pero usted como sabe todo eso? —exclamó mirando a la mujer con ojos entrecerrados y esta se rio a lo bajo.

—Puedes decir que soy una vieja entrometida. Y porque me caes muy bien —Olga sonrió y abrazó a la señora Sabino, dijesen lo que dijesen de ella era verdaderamente una mujer encantadora.

En el siguiente picnic la señora Sabino le dejó cocinar en su casa, quería hacer algo especial y no podía cocinar en su casa por obvias razones. Olga usó parte de sus ahorros para comprar los ingredientes y la señora Sabino le dio buenos consejos que memorizó y escuchó paciente, que aunque a veces se desviaba del tema de la receta, sus palabras eran oro que atesoró en su corazón. Y esta vez llegó al picnic con la frente en alto y con una cesta entre sus manos que todos miraron curiosos, no le importó que las mujeres comentaran de otro posible atroz pan de nuez, cuando todos se sentaron en las bancas abrió la cesta con orgullo y el olor de la comida hizo babear a algunos de los presentes, preparándolos para la visión del dorado y crujiente pollo frito. Todo mundo lo saboreó gustoso, pero la expresión de Paolo fue la que más le gustó de todas, viendo cómo se tomó el tiempo de saborear ese primer crujiente bocado.

—Esta vez te has lucido, Olga —le felicitó Elisa con una media sonrisa —. Pero es algo grasoso, ¿no?

— ¡Es toda una delicia! —Alabó Paolo que cerró los ojos al dar otra mordida al muslo—. Lo mejor que he probado desde que me mudé aquí, tienes un gran talento en la cocina—sus palabras fueron como un bálsamo que curó su maltrecha autoestima, en cambio Elisa lo miró como si hubiese dicho una blasfemia al ignorarla.

—Me gusta cocinar —declaró sintiendo las orejas calientes—. Es algo que disfruto mucho hacer.

—Es lo único que puedes hacer bien —soltó Elisa con acritud en tono beligerante y todo mundo la miró sorprendido. Elisa al darse cuenta

del vergonzoso desliz sonrió nerviosa—. Digo, es un talento sorprendente. ¿Quién no querría cocinar como ella? —Olga le sonrió pero no con la misma alegría de antes.
—Gracias, Elisa.
— ¿Podrías hacer algo así la próxima semana? —preguntó uno de los amigos de Elisa y ella asintió.
—Claro, no le veo el problema.
—Yo te pago si me preparas este pollo para una cena que tengo el miércoles.
—Yo para este fin de semana. Te pagaré por ello.
— ¿Qué más sabes hacer? —por primera vez en su vida ella era el centro de atención. No era la amiga fea que "iba detrás" de Elisa, ahora todo el mundo estaba hablando con ella y quería saber sobre su talento.
—Yo también quiero pedirte comida —dijo Paolo dejando el hueso del pollo limpio—. Me gustaría seguir comiendo tu deliciosa comida, si no es mucha molestia —algo cálido y agradable se expandió en su pecho y sonrió asintiendo a todo el mundo.
—Por supuesto. Con gusto cocinaré para todos.

Fue el inicio de su pequeño negocio, se gastó al principio todos sus ahorros pero fueron recuperándose al doble en poco tiempo. Usaba la cocina de la señora Sabino y le dejaba una prima por el uso, aunque al principio no quiso aceptarlo terminó por hacerlo a regañadientes, y las dos pasaban horas hablando mientras cocinaban. Cada día pasaba menos tiempo en su horrible casa y más con la interesante anciana que le decía todos sus secretos culinarios y le hablaba de su fascinante juventud y de cómo conoció su marido, un renombrado arqueólogo que por azares del destino fue a parar en un cabaret de mala muerte en la fría Siberia ayudándola a escapar de la mafia rusa después de robarles unos diamantes, y al que acompañó en sus viajes enamorándose de él y casándose en la India para criar a sus hijos en las diferentes culturas del mundo hasta su retiro. No sabía si mentía o no pero le encantaba escucharla hablar. Y cada vez que alguien la felicitaba se sentía dichosa de que les gustasen sus platillos que iban

evolucionando al pasar el tiempo, pero quien verdaderamente hacia que todo su ser saltara de felicidad era Paolo, cada halago que viniese de él aunque fuese pequeño la ponía de buen humor todo el día. Y bien pudo seguir metida en esa nube rosa de ensueños y esperanzas, pero la realidad golpeó a su cara un día de otoño de forma cruel e inhumana...

Ese día se había lucido con su mejor vestido y se peinó el cabello recogiéndolo con un bonito tocado que había visto en una foto de la señora Sabino.

— ¿Cómo me veo? —preguntó a la señora que sonrió y silbó en halago.

—Te queda bien esa confianza que tienes, pero si hablas de lo físico el verde es tu color.

— ¿Pero me veo guapa? —la señora rodó los ojos y le golpeó en la frente con su bastón.

—Ya deberías saberlo a estas alturas. Lo que te hace guapa no es lo de afuera, es lo de adentro.

—Pero quisiera impresionar más a Paolo.

— ¿Más? Lo tienes babeando por tus comidas. Cada vez que te ve con un plato pone ojos de perrito hambriento. Estoy segura que si pudiera se te lanzaba encima.

—No me refiero a eso.

—Y yo no me refiero tampoco a la comida.

— ¡Señora Sabino! —quiso reñirle pero la mujer se rio guiñándole un ojo, Olga la ayudó a sentarse y le pasó una taza de té de lavanda.

—Mira niña, mientras creas en ti y muestres esa confianza que te has hecho en estos meses te verás hermosa. Si ya ese italiano no lo ve entonces estréllale esa lasaña de berenjena en la cara y búscate a otro galán que sí valga la pena —Olga se sentó frente a la señora Sabino y sonrió con ternura.

—Me habría gustado mucho que usted y yo fuésemos familia. Aunque ya la veo como si fuese mi abuela —las mejillas de la anciana se colorearon al sonreír.

—Te diré algo Olga, me caes mejor que mis propios hijos, esos sí son

unos cabezones. Y pienso igual que tú, te veo de la misma manera.
—Anda, ¿le hubiese gustado que yo fuese su abuela? ¡Qué barbaridad! ¡Sería como Matusalén! —la señora Sabino hizo ademan de querer golpearla con el bastón pero Olga se escapó con el plato de lasaña, escuchando a la vieja reír cuando salía de la cocina y se dirigió hacia su destino a ver a su amor.
El edificios de cuartos donde vivía Paolo estaba enfrente de la plaza principal y a unos pasos de la iglesia donde cada que pasaba dejaba una ofrenda en la caja de los diezmos. Los vecinos de esa zona ya se habían acostumbrado a su presencia, siempre viéndola rebosante de alegría con un platillo diferente cada vez. Y ese día en especial parecía que un aura la hacía brillar más que otros días. Su sonrisa creció cuando vio a Paolo salir del edificio donde vivía, viéndolo saludar a sus vecinos y escuchar atento a unos niños que le invitaban a jugar al futbol con ellos, y cuando la vio le dedicó una bella sonrisa que bien pudo haberla noqueado como ese balón de futbol.
—Olga, me alegra que vinieras.
—Hola, Paolo, disculpa el retraso.
—Al contrario, discúlpame a mí por hacerte siempre venir de último momento.
—Déjalo así, como quiera me gusta mucho venir por estos lares. Todos son muy amables y la plaza es un lugar muy tranquilo y bonito, te tengo un poco de envidia.
—Es cierto. La plaza es muy linda y las personas son muy amables. Sabes, el padre de la iglesia me ha preguntado por ti y me ha regañado por no invitarte a ir los domingos con tu familia a misa. Quiere saber si te verá un día.
—No creo que sea posible —intentó no verse tan incómoda pero le fue imposible—. Mis padres no son creyentes y detestan estas cosas. Me matarían si supieran que entré a una iglesia.
— ¿Tan malos son?
En ese momento ella no necesitó palabras para responder a esa pregunta, el universo lo hizo por ella.
— ¡Olga Sofía! —la voz de su madre la hizo girar y la vio acercarse a ella como una bestia sedienta de sangre, jalándola del cabello y

abofeteándola frente a todo el mundo, provocando que el plato de lasaña resbalara de sus manos y cayera al suelo en un atronador estallido de cristales desparramando por todas partes su contenido—. ¡Eres una maldita! ¿A esto te dedicas pequeña zorra? ¿Me has estado robando? ¡No tienes vergüenza cabrona! —las personas que se encontraron alrededor veían atónitos la horrible escena donde la mujer no dejaba de golpear a la pobre muchacha, insultándola de distintas formas, cada palabra más vulgar que la otra, sin detenerse hasta que Paolo la apartó. Olga sintió la sangre caliente en su cuero cabelludo deslizarse por su nuca hasta perderse en su vestido.

— ¡Suéltela vieja loca!

— ¡No me toques! Ella es mi hija y hago con ella lo que se me pega la gana —la señaló con una de sus uñas curvadas pintadas de carmesí oscuro que figuraron como garras de alguna bestia.

—Eso no le da derecho a maltratarla. Ni siquiera de ponerle un dedo encima —Paolo se veía amenazante y su voz denotó una ira silenciosa y letal que explotaría en cualquier momento. Pero aun sí la madre de Olga no se dejó intimidar.

— ¿Ah, no? ¿Y tú me lo vas a impedir? Anda, ¡atrévete! Ponme una mano encima italianito de mierda y te acuso con la policía, ya me imagino lo que le hacen a los extranjeros como tú.

— ¡No! —Olga salió en defensa de Paolo, aterrada de la amenaza —. Déjale, la cosa es conmigo.

—Por supuesto que es contigo, perra estúpida — la agarró del brazo enterrando sus uñas en la piel—. Vámonos a la casa donde te voy a enseñar a no vernos la casa de idiotas. Y me dirás dónde está el dinero que te has estado guardando —Paolo quiso volver a intervenir pero una mirada de Olga fue suficiente para frenar cualquier intento, dejándolo impotente, con la lasaña esparcida por el suelo y una desazón en su interior.

...

La señora Tienda se meció en la mecedora del jardín con la vista perdida en la nada y habló con voz cansada y pesarosa.

—Me dieron una paliza como nunca antes había tenido, diciéndome 'Mientras vivas bajo nuestro techo no tienes derecho a nada, no eres nada'. Se turnaron para golpearme y me quitaron todo el dinero que había ganado, luego se largaron a jugar y a beber. Tuve que hacerme las curaciones yo misma, fue la peor noche de mi vida.
Lila se había horrorizado por el relato y Theo había dejado de lado el costal de tierra con la mirada fija en la anciana mujer que no dejaba de mecerse suavemente.
—Qué horror —murmuró Lila con el corazón oprimido sintiendo una conexión más profunda con esa mujer—. No lo entiendo. ¿Por qué hay padres tan malos? ¿Un padre no debería cuidar y amar a sus hijos? — la señora Tienda chupó sus labios secos antes de responder con calma.
—Hay malos y buenos padres, o padres buenos que no se dan cuenta que son malos, esos abundan a montones.
— ¿Qué quiere decir? — la señora se movió acomodándose mejor en la mecedora.
—Verás, hay padres buenos que cuidan a sus hijos, pero algunos hacen mal en mimarlos demasiado; pero hay otro tipo de padres que, para que sus hijos no sufran las mismas dificultades que ellos tuvieron en su juventud, son demasiado estrictos porque quieren prepararlos a que tengan un futuro mejor —Theo puso toda su atención a la anciana—. Esos padres procuran que sus hijos estén bien en lo posible, trabajan como burros para darles techo, comida, estudios, pero olvidan dar a sus hijos lo más importante, amor —recalcó la señora Tienda golpeando su rodilla con su palma—. Una palabra o un pequeño gesto de cariño para soportar la sofocante presión es algo que un niño necesita y atesora toda la vida, pero si se le priva de ese cariño y protección todos los sacrificios se vuelven vanos, sin saber que el odio o el resentimiento nace en los hijos y pueden crecer y ahogar el amor que intentan depositar en ellos. Me habría gustado al menos tener unos padres así —Theo y Lila se miraron entre sí, con un sentimiento que no habían percibido en mucho tiempo y que volvía a aparecer como una tenaza de acero oprimiendo su ser, el resentimiento que se volvió una compañera habitual en sus vidas al recuerdo de sus padres, fue liberándolos de a poco sintiendo que sus corazones latían fuertes y

con ritmo renovado ante una opresión invisible que no supieron que tenían hasta ese momento. Lila suspiró temblorosa, pero ya no sensible por la historia, y tragó duro antes de volver a preguntar.
— ¿Y cómo se enteraron sus padres lo que hacía? ¿Alguien les dijo?
—Esa misma noche Elisa me fue a buscar. Todo el vecindario se enteró de la paliza que me dieron y no le abrí al principio porque no quería que me viera por pena, pero eso fue hasta que confesó lo que hizo.

...

— ¿Qué dijiste? —preguntó con arrastre en sus palabras no creyendo lo que escuchaba.
—Que fui yo quien le dijo a tus padres de tu negocio —confesó con voz estrangulada—. Pero te juro que no tenía idea de que te harían algo, Olga. Tus gritos se escucharon hasta mi casa, me asusté mucho y temí lo peor y vine para ver si… —la puerta se abrió de golpe asustando a Elisa, viendo a Olga salir hecha una furia con los puños temblando a sus costados, encarándola y mostrando sus vendas con sangre.
— ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste decirles?
—No creí que irían demasiado lejos.
— ¿No? ¡Ya sabes cómo son ellos! ¿O qué? ¿Te pensabas que solo me darían unas palmaditas en las manos? —podía sentir la bilis atorada en la garganta pero tuvo que controlarse para poder preguntar—. ¿Por qué me has acusado? ¡Dímelo! —Elisa bajó la mirada, mordiéndose el labio inferior incapaz de responder enseguida.
—Porque... te estabas pasando.
— ¿Disculpa? —esta vez Elisa la encaró de frente, mostrando una completa indignación hacia ella.
— ¡Te estabas pasando con Paolo! ¿Qué te crees que no sé qué le tirabas los tejos siendo mi novio? —Olga enrojeció avergonzada—. Es mi novio y te le has estado insinuando con la excusa de la comida —la ira de Olga menguó por la vergüenza, ¿había sido tan obvia?
—Yo no...

—Y todavía me preguntaba, '¿Por qué no cocinas así?' 'Deberías pedirle consejos a tu amiga' '¿Has visto a Olga?' '¿Crees que te pase la receta?' 'Es una muchacha muy agradable e inteligente'. Paolo y cada uno de mis amigos preguntaban por ti. ¡Ahora eran tú y tus comidas las que abarcaban su atención!
— ¿Cómo? —La ira machacó el arrepentimiento y subió en su interior como un volcán a punto de explotar—. ¿Me has jodido porque tenía un poco de atención?
— ¡Sí! ¡No debería ser así y lo sabes! ¡Es antinatural para una persona de tu aspecto, tu estatus y formación! ¡Nadie debería interesarse así en ti! ¡Alguien como tu debería saber su lugar! —Admitió furiosa y fue que la mezquindad de sus palabras la golpeó e intentó retractarse para no quedar mal—. No, espera, no quise decirlo de ese modo.
—Ya, me doy por enterada —sonrió con amargura—. ¿Te molestaba que me gustara tu novio o tener un poco de atención? —una risa sin gracia salió de sus labios partidos—. No me lo puedo creer, ¿cómo es que no hice caso a lo que me decían de ti? Ahora veo cómo eres en realidad —la miró de abajo hacia arriba con una expresión de asco en sus labios partidos—. Eres una cabrona, Elisa Padua. Tú tienes tanto de que presumir, eres bella, tienes unos padres maravillosos, los mejores vestidos y zapatos, carisma, todo el mundo quiere estar contigo y tienes un novio por el que, no solo yo sino todas las chicas del barrio, suspiramos y babeamos apenas le vemos. Pero alguien como yo no tiene derecho a un poco de atención o admiración, ¿es eso? Alguien fea, pobre y con unos padres que no les importo nada —tenía deseos de llorar pero no derramaría una sola lagrima frente a ella hasta que extinguiera el fuego que abrasaba su interior—. Vale, en ese caso puedes irte al demonio porque me has jodido a lo grande. Tú y todos los que creen que la gente como yo debe estar por debajo de ellos por su “estatus” se pueden ir al diablo, porque te recuerdo que son tus padres lo que te han regalado esa posición sin que tuvieras que mover un dedo, y yo que intenté mejorar esa posición en la que estoy fue algo aberrante para ti. Pues ya puedes estar contenta, esto que ves es lo que tu egoísmo ha causado —se dio la vuelta ignorando los constantes balbuceos de Elisa.

— ¡T-Tú tuviste la culpa! ¡Fuiste tú! ¡No fui yo quien jodió tu patética vida! ¡Deberías agradecerme porque estabas haciendo el ridículo! ¡Y lo sabes! —la puerta se cerró con fuerza y arrastrando los pies regresó a su habitación cansada y adolorida, no sólo de forma física, sino que cada parte de su ser estaba por completo rota.

...

Lila tomó la mano de la señora Tienda, se sentía fría pero lo atribuyó a la fresca mañana.
— ¿Y qué pasó luego?
—Esa es historia para más al rato. Es un poco cansado revivir los recuerdos, revives también las emociones. Y-Y- ¡Y me estás ahogando mis rosales! —se levantó de un salto al ver el exceso de abono que Theo había puesto distraído al escuchar la historia.
— ¿Qué? Pienso que así están bien.
—Estás abonando rosas no árboles, jovencito.
—Es lo mismo, estás rosas necesitan mucho abono —los dos se enzarzaron en una discusión sobre las plantas, la señora Tienda le dio casi toda una guía de cómo cuidar el jardín y Theo rumiaba a cada tanto, en cambio Lila veía divertida a ese par, segura que hasta su hermano lo disfrutaba en secreto. Sin embargo, algo había cambiado en ellos. El relato rondaba por sus cabezas a la hora de dormir y por el rabillo del ojo vio movimiento en la cama de Theo.
—Theo —recibió un gruñido bajo como respuesta—. ¿En qué piensas?
—En nada.
— ¿En nada? —él bufó molesto.
—Lila, déjalo por la paz, ¿puedes? Sólo quiero dormir.
—Es que no puedo —entrelazó sus dedos sobre su pecho mirando al techo—. Pienso en mamá y papá, en todo lo que hicieron —un silencio se formó entre ambos y luego suspiró a lo bajo—. Theo, ¿nuestros padres eran buenos sin saber que eran malos?
— ¿Por qué preguntas eso? Descansa y no pienses en esas cosas —la molestia reflejada en su voz la exasperó.
—Olvídalo. Buenas noches.

Pero ninguno de los dos podía dormir, porque a partir de las palabras de la señora Tienda habían surgido desde lo más profundo de su memoria los recuerdos de su infancia y de sus padres, momentos enterrados desde hace muchos años por fría animadversión. Su padre leyéndoles un cuento cuando pequeños, su padre reparando la cometa de Theo, su madre dejándoles chupar el cucharon sucio por la elaboración de algún postre no importando si todavía lo seguía usando, sus padres enseñándoles a andar en bicicleta, y cuando sus piernecitas estaban cansadas por culpa de un largo paseo dominical, dos fuertes manos los cargaban y veían el mundo desde lo más alto sobre sus hombros sintiendo que tocaban el cielo con sus manos. Un sollozo rompió el silencio. Lila se levantó y fue a la cama de su hermano, le abrazó desde atrás dejando sus lágrimas silenciosas caer libres; Theo se mordió el labio inferior intentando ahogar el dolor y la culpa que ahora inundaba su pecho, permitiendo que la noche ocultara las lágrimas que debieron llorar en el funeral de sus padres. Porque se daban cuenta que no importando que al final hicieron las cosas mal, ellos les amaron con todo el corazón.

7

Theo se removió entre las mantas y abrió poco a poco los ojos.
El cuarto estaba demasiado iluminado por los rayos del sol que entraban por la ventana. Se levantó tomando sus cosas para ducharse y antes de salir de la habitación vio a Lila dormida en su cama con la cobija hasta la barbilla, ni siquiera se dio cuenta en qué momento había vuelto a su cama pero se le notaban los ojos hinchados de tanto llorar como a él. Y es que anoche sintió como si le hubiesen reventado un globo en la cara, ya que si sus padres habían sido duros, exigentes y descuidados, el darse cuenta de que en realidad los amaban fue una revelación brutal para ellos. Mientras se enjabonaba comenzó a pensar en sus padres, había sabido que de jóvenes pasaron por muchas dificultades y no tuvieron muchas posibilidades de salir adelante, lo que quería decir que todas sus horas de estudio y actividades extracurriculares a la que lo sometieron eran para prepararlo para un futuro en que estuviese preparado y no sufriera lo mismo que ellos. Si hubiesen sabido lo que el destino les deparaba…
Suspiró con la cabeza abajo al aclararse, sintiendo como algo dentro de sí había cambiado desde anoche, sintiéndose más ligero y libre de ese resentimiento. Perdonando a sus padres y también a sí mismo por años de resquemores ocultos. Cerró la llave de la regadera y al jalar la cortina gritó de una forma no tan masculina al ver a la señora Tienda dejando toallas. La mujer se rio al verle cubrirse con la cortina como una tímida virgen.
—Buenos días. Hoy hace un día estupendo.
— ¡¿Pero es que no puede tocar la puerta?!
—Toqué. Y eso que no debería porque sigue siendo mí casa —no pudo refutar ante ese hecho innegable y contó hasta diez para calmarse, pero en su voz arrastró las palabras.
— ¿Podría, por favor, salir para que pueda cambiarme?
—Claro. Estás en todo tu derecho.
—Gracias —gruñó en voz alta al verla salir.

—Por cierto —se volvió para verle con una gran sonrisa—. Me alegra mucho que no llegáramos más allá esa noche. Ahora veo que no hubieras dado la talla pero tranquilo, te falta crecer y encontraras a una chica a la que harás muy feliz —le guiñó el ojo y cerró la puerta entre fuertes carcajadas después de ver la cara enrojecida de Theo.
— ¡Ya déjelo a la paz, joder!
— ¡Jamás! ¡Jamás!—graznó entre risas como el cuervo de Edgar Allan Poe mientras bajaba las escaleras, seguro de escuchar un "Nunca más" abajo.

Lila se despertó rato después al oler huevos y tocino. Su hermano estaba en la mesa enfurruñado como un gato con taza de café en mano y la señora Tienda tarareaba una vieja canción que no conocía.
—Buenos días, señora.
—Buen día, cariño. Desayunen bien, quisiera poder ordenar la cocina hoy, no recuerdo donde puse mi libreta de recetas.
— ¿Cuáles? ¿Las de pociones? —Lila casi se atraganta con el jugo de naranja ante la insolencia de su hermano.
—Tal vez, ¿por qué? ¿Buscas algo para hacértela más grande? —Lila vio a su hermano enrojecer en un segundo.
— ¿Qué clase de anciana es usted? ¡Además estaba fría el agua así que no cuenta! —se justificó antes de dar unos sorbos a su café.
—Te dije que soy una caja de sorpresas, muchacho. Y no te avergüences, como dije aun te falta por crecer y llegado el momento harás disfrutar a tu pareja, sea mujer u hombre —el entendimiento llegó a Lila que estalló en una sonora carcajada que llenó toda la casa y Theo quedó sonrojado hasta las orejas.
— ¡Deja de reírte, Lila!
— ¡N-No puedo! ¡No puedo! —hasta ahora caía en cuenta de todas las indirectas que se mandaban y vaya que se había perdido de mucho. Al terminar de reír, su hermano se había enfurruñado más en su lugar con gesto mal encarado—. Lo siento, Theo. Pero es gracioso.
—Para mí no lo es. Esta vieja me acosa sexualmente.
—Es divertido —confesó la señora Tienda—. La vida no es para estar

de amargado, si no es para ser feliz y disfrutarla tanto como te dé la oportunidad. O podrías terminar de viejo tan amargado como la señora Ramos —este se enderezó al recordar a esa horrible mujer y su hijo, un escalofrío recorrió por completo su espalda.
—Señora, ¿hoy va a contarnos como terminó casada con su esposo? —preguntó Lila ansiosa de saber más de esa historia.
—Claro, claro. Mientras almuerzan y ordenamos la cocina les contaré.

...

Pasaron varios días y Olga no se atrevió a mostrar su cara fuera de la casa. Le daba vergüenza ser vista en la calle con el gran morado en su frente, su mano vendada y el inflamado labio partido. Tampoco nadie se atrevía a visitarla en su casa para pedir algún encargo después de que uno de sus usuales clientes fue recibido por su madre que lo hizo huir del lugar. Sólo se atrevía a salir a la tienda por las noches cuando no había casi nadie por la calle, el dependiente no preguntaba por su estado, era amigo de su padre y estaba segura que creía que se lo tenía bien merecido. Pero una noche, al regresar con las compras, escuchó como la llamaban a lo bajo. Giró a todas partes y pudo distinguir en la oscuridad a la señora Sabino en la ventana de su pequeña casa haciendo gestos para que se acercara; Olga miró alrededor asegurándose que sus padres no estuvieran a la vista, ya que le habían prohibido con clara amenaza a su integridad física volver a acercarse a ella. Fue a ella y notó en el rostro de la mujer anciana una expresión de impotencia e ira.
—Cómo te han dejado. ¡Salvajes! Tratar así a una niña. Si fuera más joven…
—Ya estoy mejor. Perdone pero no me puedo quedar mucho tiempo.
—De seguro te han prohibido verme, pero eso no importa ahora, hay algo muy importante que debo decirte —algo en su voz denotaba la ansiedad de la noticia—. Tu galán vino antier a verte pero tu madre no dejó que te viera, amenazando con llamar a la policía la muy maldita. Cuando se iba yo lo alcancé, se veía muy mal y me dijo que quería hablar contigo —Olga sintió su corazón saltar de dicha pero

luego sintió vergüenza.
—No quiero explicarle lo que pasó. Me muero de vergüenza con acordarme de como mi madre me golpeó frente a él.
—No creo que piense así, más bien parecía dispuesto de golpear a tus padres pero no quería decirte eso. Él dijo que tenía algo muy importante que decirte, no quería decirme qué era pero tras un rato logré sonsacárselo. Mi niña, tu galán me dijo que se va a ir.
— ¿Qué? ¿A dónde se va?
—Oh, mi pequeña —habló con la voz ahogada por la pena—. Se va de regreso a su país, se va la guerra.
— ¿La guerra? —sintió un mareo que casi la derribó.
Lo que anunciaron como la Gran Segunda Guerra Mundial comenzó en ese tiempo expandiéndose rápidamente por territorio Europeo, se enteraba por los periódicos y la radio de lo que acontecía en Alemania, la pobre gente judía que sufría por la tiranía de un demente y que eran puestos en campos de concentración, los ataques constantes, las alianzas entre países, y había rumores de que Italia estaba a favor de Hitler.
—No... Paolo no.
—Se irá mañana en el último tren de la noche. Pero de verdad quería verte antes de irse.
Sintió unas ganas de llorar tremendas. Quería verle, pero tenía miedo de lo que diría al verla, de lo que pensaría ahora de ella por culpa de su familia, y también tenía duda si Elisa le había contado sobre sus sentimientos.
—No puedo. No puedo verle, de seguro pensará lo peor de mí.
—No digas tonterías —le regañó molesta por su actitud derrotista—. Si vino a verte es porque le importas. Tienes que echar toda la leña al fuego ahora y decirle lo que sientes antes de que se vaya.
— ¿Es que no me ha visto? ¡Estoy horrible!
—Pues es preferible que lo veas así a que no te despidas y se te muera en la guerra. ¿Eso quieres? —sus palabras la atravesaron como un cuchillo en el corazón.
—N-No... —respondió con la voz estrangulada al borde de las lágrimas.

—Entonces no pierdas tiempo. Mañana tienes que ir a despedirlo sea como sea. Puedes usar mi cocina si gustas, pero esta es tu última oportunidad.
Lo sabía también, era ahora o nunca y nada más importaba en esos momentos, ni su apariencia, ni sus padres, ni Elisa. Tenía que decírselo a como diera lugar fuera como fuera.

En la noche siguiente, vio a Paolo despedirse de Elisa cuando llegó a la estación, el viento era frío y sujetó su abrigo mientras observaba la escena. Elisa lloraba desconsolada y Paolo limpiaba sus lágrimas con delicadeza.
—Te esperaré. No importa cuánto tiempo tardes, te esperaré siempre, Paolo.
—Oh, *amore mio*. Te tendré en mis pensamientos en todo momento, mi Elisa, mi amada —los dos se besaron con fervor, pareciéndose a una estampa de las portadas de libros románticos. No quiso interrumpirlos, sintió como esa visión atravesó de una estocada certera su corazón, porque no tenía derecho alguno de intervenir ese beso apasionado, mucho menos cuando quizás no volviesen a verse después de esa noche. Los dos se separaron hasta que se quedaron sin aliento y fue que Paolo la vio. Olga mantuvo su distancia, se arregló lo mejor que pudo haciéndose una trenza gruesa sobre su hombro para cubrir un poco el moretón que el maquillaje no pudo ocultar, y se puso su mejor vestido color violeta y de cintillo negro.
—Olga —se guardó para sí misma la forma tan dulce en la que pronunció su nombre, para así recordar su voz en sus momentos de soledad. Paolo fue hacia ella y Elisa ni siquiera le dedicó una mirada, no sabía si estaba molesta o arrepentida pero no le importaba, su antigua amiga tenía un corazón negro escondido entre tanta belleza superficial.
—Hola Paolo —sonrió como pudo con el labio partido pero él la miró inquieto, parecía querer tocar su rostro pero se arrepintió en último momento temeroso de lastimarla.
—Lo siento tanto. Debí haber hecho algo —sonrió conmovida por su

preocupación.
—Mi madre te hubiera acusado de agresión. No te culpes.
—Fui a verte.
—Lo sé, por eso vine. Te traje algo —le tendió dos pequeñas cestas, una repleta de pollo frito y patatas y la otra llena de panecillos de arándanos y nueces—. Para que tengas algo rico y dulce qué comer en el viaje. Y toma—le tendió un libro de bolsillo—. Son poemas, para que leas algo bello y no pierdas las esperanzas entre tanto horror que dicen de la guerra.
—Gracias. Eres una buena amiga —sintió que esa palabra la golpeó duro en la frente, pero no borró su sonrisa.
—Lo sé. Paolo yo quisiera… —un hombre dio el aviso para abordar y el silbato del tren casi les dejó sordos.
—Debo irme. Espero que cuando regrese podamos encontrarnos —se dio la vuelta dispuesto a alejarse de ella, pero Olga le sujetó de su abrigo con fuerza.
—Te quiero —soltó al fin desesperada por ser escuchada—. Te quiero tanto, Paolo —él quedó quieto unos momentos, y poco a poco se giró con una expresión indescifrable en su rostro. Olga le sostuvo la mirada con lágrimas en los ojos—. Desde que te conocí me enamoré de ti. Quería que lo supieras.
Su expresión cambió, de repente parecía confundido y después la culpa asomó en sus ojos. Olga sabía cuál sería su respuesta y habló antes de recibir el doloroso rechazo
— Ya sé que no me correspondes, pero quería decírtelo. Eres muy importante para mí y no quiero que te sientas mal —sostuvo una sonrisa que esperaba convencerlo de no estar destrozada por dentro y que ignorará las lágrimas que caían de sus ojos. Sintió sus dedos poner un mechón suelto de su trenza tras su oreja con un cuidado que la hizo estremecer de pies a cabeza, antes de mirarla con una pena que traspasó su alma.
—Lo siento mucho.
—Lo sé. No te preocupes, no te odio, al contrario. Sólo deseo que regreses con bien. Te estaré esperando aunque no quieras.
—Sabes, seguro que si te hubiera conocido primero me hubiera

enamorado de ti —ella rio secando sus lágrimas, le parecía una broma muy buena en vez de cruel. El tren dio otro silbatazo, el último aviso antes de partir.
—Te va a dejar el tren. Dios te cuide, Paolo, rezaré siempre por ti. Todos los días.
—Gracias, Olga. Te lo pido, aunque estemos lejos, espero poder sentir tu apoyo y tus oraciones.
—Dios no pone límites o distancias, somos nosotros quienes lo hacemos, como cuando la gente creía que la Tierra era plana y se caería al navegar por las aguas llenas de monstruos. Ten fe, Paolo, que yo la mantendré hasta que vuelvas.
Fue una despedida agridulce pero se sintió tan feliz que no le importó seguir llorando al verlo subir al tren y despedirse de nuevo de Elisa. Y cuando el tren partió con destino hacia donde la guerra estaba en auge la estación se vació en poco tiempo, quedando una solitaria figura sentada en una banca con la cabeza abajo y las manos juntas, por primera vez orando en paz a ese Dios Todopoderoso con el que rara vez hablaba y que llegó a culpar hasta ahora de su mala vida, pero ahora le hablaría cada día, en cada momento, hasta el final de sus días para que Paolo regresara con bien con quienes le querían y esperaban.

...

Lila lloraba y gimoteaba a cada tanto, sonándose la nariz con un pañuelo que la señora le dio; Theo en cambio, tenía toda su atención en la historia, acomodando lo que podía con movimientos lentos y algo torpes.
— ¿Qué pasó después? —preguntó Lila volviendo a sonarse la nariz.
—Bueno, regresé a casa donde empaqué mis cosas y me fui a vivir a un pequeño cuarto del edificio donde antes vivía Paolo. Era muy mal visto en ese entonces que una jovencita se fuera a vivir sola, pero no me importó. Estaba decidida a vivir lejos de mis padres, formar mi camino con mis propias manos sin importar la opinión de gente como ellos o Elisa, y también quería estar cerca de la iglesia para ir todos los

días a rezar por Paolo así como muchas otras personas que pedían angustiadas por sus familias. Nunca creímos que la guerra empeoraría. Aunque éramos un país neutral, soldados partieron en ambos bandos para pelear. Fue terrible y vivíamos temerosos día con día.

— ¿Y cómo era vivir con una guerra cerca? —preguntó Theo intrigado y la señora respondió de forma directa.

—Horrible. Muchos no querían hablar de la guerra para no acrecentar el miedo, algunos trataban el tema con frialdad como si no fuese nuestro problema, pero otros tenían más consciencia, a veces demasiada y nadie sabía a qué atenerse. Y cuando salió a la luz que los italianos estaban peleando a favor de Hitler al principio de la guerra, Elisa se hizo de otro novio rápidamente negando el supuesto gran amor que sentía por Paolo.

—Sin vergüenza… —escupió Lila.

—Tengo entendido que los italianos pelearon también en ambos bandos —interrumpió Theo antes de que su hermana comenzara un discurso contra esa mujer del pasado, dejando un momento los cubiertos de plata.

—Eso se dio a conocer tiempo después —contestó la señora Tienda—. Mussolini los llamó traidores a su patria pero estaba segura que Paolo estaba en ese bando de “traidores”. Mis padres se burlaron de mi cada día que me topaba con ellos pero los ignoraba sin dirigirles palabra, y ellos al final terminaron por ignorarme también. Seguí con el negocio de comida y me volví muy famosa en el lugar.

— ¿Y la señora Sabino? —preguntó Lila que acomodó algunos viejos libros de cocina.

—Un día llegó de repente y me dio su libreta de recetas. Me contó que se iba a con su familia en Inglaterra y quería estar con ella en esos momentos tan difíciles. Me abrazó y tras una larga despedida se fue dándome la dirección de donde se quedaría para que pudiera escribirle tanto como quisiera —sonrió con tristeza mientras revisaba un cajón—. Fue la última vez que la vi. Una bomba cayó en la ciudad y la mató a ella y a casi toda su familia. Uno de los hijos que le sobrevivió me envió una carta contando lo acontecido y me agradeció por estar siempre al pendiente de su madre.

—Y cuando acabó la guerra, ¿qué pasó? —Preguntó Theo que estaba tan dentro de la historia como su hermana—. ¿Cómo le afectó la guerra?
—Los años de la guerra dejaron mella en todos, la constante incertidumbre, el miedo de que una bomba cayera una noche mientras dormíamos, muchos lloraban por la incertidumbre de no recibir noticias, otros cuando las recibían o cuando un soldado regresaba mutilado de batalla.
— ¿Y qué le pasó Paolo? ¿Cuándo regresó? —preguntó Lila y la señora exhaló un largo suspiro.
—Fue tres meses después de la guerra...

...

Olga cambió mucho en esos años, ya no era un fideo andante sino que había desarrollado algunas suaves curvas y sus facciones se suavizaron haciéndola agradable a la vista, no una belleza pero le gustaba verse en el espejo. Sin embargo esas cosas eran nimiedades ante la enorme confianza que tenía en sí misma. La señora Sabino tuvo razón en que la confianza era mucho más importante que el físico y mucho más atractivo para las personas alrededor, incluyendo a los hombres. Prueba fehaciente fue que podía contar con los dedos de sus manos las veces que la habían invitado a salir, pero rechazando a todo aquel que lo hiciera porque cada persona que la conocía sabía que iba a rezar sin falta todas las mañanas a la iglesia de la plaza por una persona en especial.
—Buenos días, Olga —saludó el joven padre de la iglesia que había suplantado al anterior que sufrió un ataque al corazón hacía un año, todo por culpa de un tanque de gas que explotó cerca de la zona haciendo creer a todos que una bomba había caído en el pueblo, fue el único muerto del día sin haber estado en el lugar.
—Padre Antonio, ¿cómo se encuentra de salud?
—Mucho mejor. Tu caldo y tus remedios obraron maravillas.
—Me alegro. Agradezca al Señor que me dio este talento y a la señora Sabino que en paz descanse.

—Santo es. ¿Ya te vas?
—Ya terminé de rezar. Debo ir al mercado para hacer unas compras.
—Que Dios te bendiga.
—Igual, y no coma tanto picante o escucharemos otra sinfonía los domingos.
—Mujer, no me recuerdes ese día. Mi monaguillo aun me mira con desconfianza durante las misas.

Olga salió riendo hacia su casa, sus vecinos la saludaron y unos niños que jugaban a los soldados pasaron a su lado haciéndola sentir un nudo en el estómago, pero saludándolos cuando ellos la saludaron felices. En el camino vio a Elisa paseando con su marido, un ricachón con aires de grandeza que tenía un negocio de exportación que creció a finales de la guerra, sin embargo muchos sabían que se había aprovechado de los negocios que quebraron por culpa de los problemas del mercado. Elisa tenía más lujos de los que nunca tuvo y se había transformado en una mujer repelente que desagradaba a muchos y otros la aguantaban por el dinero; se olvidó de todas sus amistades y se codeó con la crema y nata de la sociedad, pero se rumoreaba acerca de muchas infidelidades por parte de ella por culpa del pequeño pene de su marido.

...

Lila miró de reojo a Theo y este le lanzó el trapo de la cocina a la cara.
—Tranquilos los dos —la señora pellizcó a Lila para reprenderla—. Y no hagas esa clase de comparaciones, niña. Además, tu hermano es de tamaño normal, creo. Yo estoy hablando de un tamaño petit, así —confirmó con énfasis alzando su dedo meñique.

...

Sus caminos se toparon sin poder evitarlo y Elisa le dedicó una mirada arrogante como venía haciendo desde hacía años.
—Hola, Olga. ¿Vas al mercado de nuevo? Pareciera que no tienes

nada más que hacer que trabajar.
—Ya ves, algunos no podemos darnos el lujo de gastar el dinero a manos llenas.
—Es una lástima, deberías pensar en casarte. Pero quien sabe si consigas marido.
—Cariño, por favor —intervino su esposo, pero su actitud déspota destacaba en su tono de voz y gestos, aunque Olga y algunos pensaban que se veía un tanto femenino—. Para algunas personas el matrimonio no es una opción y estas deben ganarse la vida todos los días para poder subsistir a falta de apoyo de una pareja.
—Tienes toda la razón, amor. Es una lástima que algunos se queden solos toda su vida —Olga se rio entre dientes, divertida más que ofendida. Sintió un poco de pena por Elisa que parecía haber perdido las pocas neuronas funcionales que tenía en su juventud.
—Bueno, algunos preferimos trabajar honradamente y salir adelante que estar atados a una persona que no nos satisfaga por completo en ciertos menesteres y luego verle la cara con medio barrio. Pero ustedes no saben de eso, ¿o si? Son un ejemplo del matrimonio perfecto. Ya me tengo que ir o se hará más tarde y tengo un negocio que atender. Hasta luego —se despidió con gran satisfacción al ver sus expresiones variadas, él estaba rojo como la grana y ella tan pálida como un fantasma. La vieja Olga se hubiese dejado apabullar pero esta Olga era alguien con una lengua tan afilada que no dudaba en usarla para defenderse o defender a otros, pero no sabía que esa noche su lengua no podría ayudarla a lo que acontecería.

Oscureció demasiado tarde como era propio en los días de verano, y estaba ocupada en la cocina terminando su último pedido del día, era normal que preparara algo extra para ella misma de entre lo que le pedían para no tener que cocinar aparte, y esa noche no era la excepción, la cacerola de pescado humeaba llenando su humilde departamento de su delicioso aroma. Separó su parte y dejó enfriar el resto antes de que vinieran a por la cacerola. Se sentó lista para cenar cuando tocaron a su puerta de forma brusca, suspiró cansada por el

simple esfuerzo de levantarse y abrir, volvieron a tocar de forma más insistente y se levantó arrastrando la silla.

— ¡Ya voy! —gritó fastidiada de aquel agotador día y porque llegaron más temprano por la comida de lo esperado.

«Total, que se queme las manos en el camino»

Pensó con enojo y abrió la puerta al mismo tiempo que estaba a punto de quitar la cadena y dejar pasar a quien fuera que vino por la cacerola. Nada la preparó para lo que ocurrió después.

La cadena se rompió ante el fuerte golpe que le dieron a la puerta y Olga fue empujada hacia atrás golpeando su espalda con la pared. Al recuperarse un poco vio a un hombre que nunca antes había visto, obeso, sucio y con los ojos inyectados en sangre entró a su pequeño cuarto. En ese momento de fugaz apreciación pudo ver que este se le echó encima para silenciarla, pero ella tomó el florero que adornaba su entrada, su favorito, y lo golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas rompiéndolo en pedazos y provocando una herida sangrante en su atacante. El hombre se quejó y ella corrió a la cocina a por un cuchillo, al tomarlo de la tabla sintió que su atacante la aplastó por detrás con su inmenso cuerpo y la tomó de los cabellos para lanzarla hacia la mesa, soltando el cuchillo y cayendo sobre su mesa junto con todo lo que había encima de ella. Lo vio acercarse amenazante, pero su mano agarró el tenedor del suelo y lo clavó en la pierna de su atacante, retorciéndolo y haciendo que gritara del dolor. Se arrastró por debajo de la mesa sin ver al intruso quitarse el tenedor y tomar el cuchillo del suelo. La asió del tobillo intentado jalarla, gritando maldiciones o algún tipo de obscenidad que no entendía entre sus gruñidos y sus propios gritos. Gritó con todas sus fuerzas al ver aquel hombre dispuesto a apuñalarla para callarla, y de repente la soltó y su enorme cuerpo cayó hacia el otro lado del cuarto. Olga vio un par de piernas enfundadas en botas y pantalones militares, y al asomarse vio la espalda ancha de su salvador desprovista de cualquier chaqueta, llevaba una camiseta blanca sin mangas y su abundante y lustroso cabello negro estaba

recogido en una apretada cola de caballo, sus musculosos brazos se tensaron, y sus fuertes y grandes manos se cerraban y abrían listo para cualquier ataque. En ese momento llegó a su nariz el olor de una colonia que conocía muy bien.

— ¿Paolo? —pero el italiano no se giró a verla, el intruso se levantó sangrando abundante de la cabeza y se fue contra él con cuchillo en mano.

Ella gritó, pero Paolo lo esquivó una, dos, tres veces hasta que lo golpeó repetidas veces en la cara con sus puños, escuchándose la nariz romperse en más de una ocasión y por ultimo propinándole un rodillazo en el estómago que lo dejó sin aire. El hombre cayó de cara soltando el cuchillo y Paolo se alejó un poco para finalizarlo con una patada en la cara al verlo intentar alcanzar el arma.

Paolo se volvió a ver a Olga que se asomaba desde debajo del mantel de la mesa, y ella sintió su corazón detenerse ante la belleza de ese hombre que la miraba intensamente.

—Hola —dijo en un susurro de alivio.

—Hola —las sirenas de la policía se escucharon y dos oficiales entraron con arma en mano para toparse con semejante escena. Olga reconoció a uno de ellos.

—Hola, Manuel. Tu cacerola ya está lista.

Después de tomar declaración y encerrar a ese criminal en la patrulla, cosa que no fue difícil al cargarlo y tirarlo como un bulto, Manuel estrechó la mano de su viejo amigo.

—Me alegra verte Paolo. ¿Hace cuánto regresaste?

—Acabo de llegar. Pero menuda bienvenida me ha tocado.

—Nos has hecho un gran favor. Ese cabrón ya había robados a otras tres mujeres en sus casas lastimándolas de gravedad. Seguro creyó que Olga sería otro blanco fácil.

—Me alegro haber llegado a tiempo.

—Pásate mañana a la comisaria por la recompensa y después a tomarnos unas cervezas. Es todo un gusto volver a verte y vivo.

—Gracias. Así lo haré.

—Te veo luego, Olga. Y gracias por la cena, Luisa te manda saludos.
—Saluda a tu esposa de mi parte y hazme favor de darle su merecido a ese tipo.
—Con mucho gusto. ¡Vámonos Alfonso! —su compañero se fue con la cacerola en mano y la patrulla se alejó. Los vecinos habían salido a ver qué ocurría y al notar a las máximas autoridades del chisme pulular alrededor, sujetó a Paolo del brazo para la retirada.
—Vamos adentro o te enfrentaras a algo peor que un ladrón —caminaron en silencio ignorando a los vecinos que querían saber cada detalle de lo ocurrido. Cerró la puerta atrancándola con una silla y suspiró aliviada.
— ¿Estás bien? —preguntó Paolo y al mirarlo Olga sintió su corazón latir desbocado. No creyó que fuese posible pero se veía mucho más apuesto de lo que hubiese imaginado, era más alto de lo que recordaba, y más imponente, la larga cicatriz que tenia de su oreja derecha hasta su barbilla le daba un aire de guerrero bárbaro que no le fue difícil imaginarlo con un taparrabos de piel y espada en mano. Tragó antes de hablar intentando recuperar la voz.
—Estoy bien. Gracias a ti —pero cuando él tomó sus manos ella notó que estaba temblando. La guio hacia las sillas que seguían tiradas, levantó una y la sentó.
— ¿Tienes algo de beber?
—Tengo jugo y té, no bebo si no es día de fiesta —Paolo tomó de la nevera una botella de jugo, buscando en la diminuta cocina un vaso que lo llenó casi hasta arriba y se lo dio.
—Bebe con calma —Olga sonrió y obedeció, notando como Paolo no apartaba su vista de ella. Se formó un extraño silencio entre ambos que no era del todo incómodo, pero sentía que debía romperlo.
— ¿En serio acababas de llegar?
—Sí. Quería ver mi cuarto para recordar los viejos tiempos y ver si había uno disponible.
—Pues menudo recibimiento has tenido. Pero te agradezco que te diera por pasar por el camino del recuerdo —Paolo rio entre dientes.
—Nunca se me pasó por la cabeza encontrarme contigo aquí. ¿Qué haces viviendo sola?

—Ahora soy una mujer independiente. De la nueva ola como dicen.
—Oh, tengo miedo —tembló de forma teatral y los dos se rieron, pero Olga calló al sentir su gran mano sobre la suya y escuchar la dulzura de su voz—. Me alegra que no vivas con tus padres.
—Yo también, pero eso no evita que los vea de vez en cuando.
—Las cosas van bien por aquí por lo que veo. ¿Qué me cuentas de los demás? ¿Qué ha pasado?
—Ya viste a Manuel, ahora es policía y se casó con Luisa. Pero deja te cuento todo mientras caliento té, no creo que el jugo me ayude.
—Yo lo hago, tú quédate sentada y dime dónde tienes las cosas.
Conmovida le dijo dónde encontrar el té y la tetera. Le contó cómo las vidas de todos transcurrieron durante la guerra, matrimonios, trabajos, estudios y muertes. Paolo sonreía o callaba dependiendo de qué tan buena o mala fuera la vida de alguno de sus antiguos camaradas. Ella sirvió galletas de azúcar para acompañar el té, evitando hacer mención de Elisa en todo momento, pero sabía que era un tema inevitable.
— ¿Y cómo esta Elisa?
—Bien. Está muy bien.
— ¿Qué tan bien? —se mordió el interior de la mejilla antes de responder.
—Está muy feliz… y casada —Paolo sonrió de lado y suspiró en señal de alivio apoyando su espalda en el respaldo de la silla.
—Me alegro mucho. Ella merecía a alguien mejor de lo que soy.
— ¿Disculpa? ¿Qué quieres decir? —preguntó de repente ofuscada.
—Pues que hubiese sido una reverenda estupidez haberme esperado todos estos años de guerra. Sólo una mujer de poco seso haría algo así, ¿te lo puedes imaginar? Sería tan ridículo —Olga apretó la taza entre sus manos pero sus facciones se mantuvieron serenas sin demostrar la rabia que crecía dentro de ella.
—Hablas como si no merecieras esa consideración —la amarga risa de Paolo le molestó más.
—Y no lo merezco. Luché del lado equivocado antes de rebelarme contra mis propios compañeros. Mis hermanos estaban de ese lado, mi padre apoyó a Mussolini hasta la muerte y los abandoné. Me volví un

traidor de mi patria y de mi familia. Manché mis manos de sangre de cada soldado que se me atravesaba, y cada noche era un martirio porque no sabía si los gritos que escuchaba eran de mis compañeros que seguían vivos, muertos, o si eran míos ante el horror que veía todos los días.

Olga lo miró con tristeza, recordando a Fausto, un amigo de ellos que fue a la guerra y lo regresaron porque perdió su brazo y pierna por culpa de una granada. Se suicidó no poco después dejando una nota donde estipuló el horror vivido y el cómo seguía soñando con sus compañeros muertos.

—La guerra fue un infierno para todos —intentó explicarle buscando así consolarlo un poco—. Hitler buscaba dominar todo con sus ideas genocidas que llevaron a la destrucción de mucho de lo que conocimos. Pero ganaste la guerra...

—Yo no la gané —terció sin ganas—. Fueron los hombres que dieron su vida quienes la ganaron. Pero todos estamos marcados, de una forma u otra nos afectó de maneras que no comprenderías. Por eso me alegro de que Elisa no me haya esperado sino que encontrara a un buen hombre que la cuidara. Quien sabe, me hubiese reído de ella si eso hubiese pasado —rio de nuevo con cierta falta de humor que irritó a Olga que azotó la taza en la mesa haciéndole callar por la sorpresa.

—Yo lo hice.

— ¿Qué cosa?

—Yo te estuve esperando —tomó su silla y la giró lo suficiente para encararlo, luego se cruzó de brazos y alzó la barbilla con los labios apretados—. Yo te estuve esperando por años, rezando por ti cada día en la iglesia como te prometí, temiendo por tu vida y no he faltado un solo día desde que te fuiste. Así que adelante, búrlate de mí. Quiero que en mi cara me des una gran carcajada por todos estos años de espera.

Fue como si el mundo se hubiese detenido. Se hizo un grave y pesado silencio roto por el movimiento de las manecillas del reloj de pared y los ruidos lejanos de los vecinos. La manzana de Adán de Paolo se movió de arriba a abajo tras pasar lo que parecieron horas sin hablar.

—Olga yo…
—Será mejor que te vayas —se levantó y fue hacia la puerta abriéndola por completo sin importar que colgaba de lado.

Con la mirada perdida él se levantó y fue hacia la puerta sin mirarla en ningún momento. Sólo cuando puso sus pies afuera se giró con la boca abierta listo para decir algo, al tiempo se le cerró la puerta en la cara, dos veces, porque la primera se abrió por sí sola y ella volvió poner la silla como tranca. Estaba furiosa, con él, con la guerra, consigo misma. Había esperado el reencuentro por años, verlo vivo era su mayor anhelo, sus palabras fueron como escupitajos en la cara y ahora gruesos lagrimones caían de sus ojos como cascadas.

«Pero qué idiota, ¡qué idiota soy!»

A Paolo no le interesaba que se hubiese pasado cada día de los últimos años de rodillas pidiendo por él, era tan egoísta en pensar solo en su desgracia y en lo inteligente que fue Elisa al no esperarlo que no se daba cuenta que sus palabras eran basura cuando todos perdieron algo en esos años, su seguridad, su familia, el amor. La imagen de la señora Sabino la hizo rabiar aún más por su pérdida.

No es el indicado.

Escuchó su voz en su cabeza y asintió dándole la razón. Tocaron a la puerta y abrió de golpe esperando ver a Paolo para darle un golpe en la nariz, pero era una de sus vecinas cotillas la que estaba plantada allí.
— ¡Qué! —la mujer tembló ante la furia desmedida en su voz.
—Olga, buenas noches, perdona pero queríamos, digo, quería saber qué había ocurrido y quién era el hombre que te salvó, ¿sigue ahí?
— ¡No! ¡Métase sus asuntos por donde le quepa! ¡Ese hombre es un ESTÚPIDO y no lo quiero volver a ver en mi vida! — cerró la puerta en su cara, esta vez asegurándose que no volviese a abrirse y fue a su cama. Quería dormir y olvidar a Paolo Leone, porque le había decepcionado más de lo que alguna vez alguien lo hizo, y esa noche

pidió a Dios por última vez por Paolo, para que encontrara su camino muy lejos de ella.

Al otro día despertó sintiéndose más cansada de lo habitual, quizás porque apenas y había dormido. Se levantó, arregló, y en ayunas se dirigió a la iglesia como todos los días cuando se detuvo y se dio cuenta de que ya no tendría que hacer esa rutina diaria nunca más. Gruñó molesta dispuesta a regresar y dormir hasta mucho más tarde, quizás todo el día, y luego llamar a que le arreglaran la puerta, cuando vio a Elisa caminar a paso rápido hacia ella.
— ¿Dónde está? —preguntó ansiosa.
— ¿Qué?
—Paolo, ¿dónde está?
—No lo sé. Seguro se quedó a dormir en un hotel o cuarto de la zona.
—No me vengas con esas, debes saberlo, escuché lo que pasó y sé que estuvo contigo anoche.
—Una hora, tomamos el té y se fue —respondió cortante—. Como quiera, ¿para qué quieres saber?
—Ese no es tu asunto.
—Bien —se dio la vuelta pero Elisa volvió a detenerla insistente.
—Tienes que saber dónde está.
—Que no lo sé —respondió rodando los ojos—. Y si así fuera no te lo diría porque dudaría de tus intenciones con él.
—Eso es cosa de los dos.
— ¿De los dos? ¿Es que tu marido no te tiene la correa bien sujeta? —vio sus hermosas facciones endurecerse y unas líneas profundas surcaron su boca.
—Lo que pase entre mi marido y yo no es de tu incumbencia. Y mucho menos lo que pase entre Paolo y yo.
—No me digas que quieres volverlo tu amante —afirmó en vez de preguntar, conociendo bien los rumores de la cantidad de amantes que tenía.
— ¿Mi amante? —Esta vez una risita burlona salió de sus labios —. Oh, no. Paolo no sería mi amante. Sería mi segundo marido —Olga

se sorprendió ante sus palabras.
—Estás casada, ¿te vas a divorciar de tu marido? —el divorcio era como un tabú, no se veía con buenos ojos a los que se divorciaban ni mucho menos a los que se volvían a casar, así como las mujeres solteras que vivan solas como ella pero eso dejó de importarle eso hace mucho, pero Elisa era distinta, vivía de la imagen pública, si bien lo de su infidelidad eran simples rumores si se divorciaba su reputación quedaría por los suelos, sin embargo al verla esbozar una sonrisa arrogante, era obvio que a Elisa no le importaba su reputación, ni mucho menos debía interesarle a Olga.
—Por supuesto. Paolo viene de una familia con grandes tierras, nos mudaríamos a Italia, dejaría este pueblucho, y él si es un hombre que puede complacerme en todo lo que le pida —esas palabras confirmaron los rumores del tamaño miniatura de su marido, sin embargo, también le hicieron sentir asco.
—Eres una hipócrita. Cuando supiste de qué lado estaban los italianos negaste a Paolo y te fuiste a casar con el primer prospecto podrido en dinero que tenías en mano. Paolo no sería tan estúpido como para volver contigo.
—Por favor. A Paolo con solo verle a los ojos se cree todo lo que le dices.
—La guerra cambia a las personas, no des por sentadas las cosas.
— ¿Cómo tú, Olga? ¿Es que crees que para todos no era obvio que esperabas por él? Dime, ¿esperabas que te estrechara entre sus brazos tan abnegada devoción que le tuviste? No seas estúpida. Para Paolo fuiste una obra de caridad que le daba lastima. Y admitámoslo, él ni nadie te pondría una mano encima.
—Quizás —se cruzó de brazos con la frente en alto—. Fue una simple fantasía y un deseo imposible. Pero me mantuve integra y no tengo nada de qué avergonzarme. En cambio tú, tienes a muchos que gustan ponerte la mano encima y una cola que te pisen tan larga que tus amantes gustan levantártela todo el tiempo.
Elisa alzó su mano para abofetearla pero un grito las dejó paralizadas.
— ¡Olga!
Olga fue la primera en identificar de donde proveía el grito y vio

a Paolo con una maravillosa visión de su torso desnudo resplandeciente por el sol de la mañana asomándose por la ventana del cuarto encima del suyo.

—Tiene que ser una broma.

— ¡Ni se te ocurra moverte! —rugió y desapareció de la ventana. Sin embargo ella sintió pánico.

Maldita sea, seguro le diría algo con referencia a lo de anoche y no quería enfrentarse a él justo en ese momento. Caminó a paso veloz de regreso hacia la iglesia.

— ¡Detente allí! —escuchó detrás pero no le hizo caso, escuchó a Elisa llamarlo con voz melosa pero no volteó a verlos.

Entró en la iglesia derecho hacia el confesionario, cerró la puerta y se sentó a recuperar el aliento. Escuchó la puerta del confesionario abrirse del otro lado y suspiro de alivio al pensar que el Padre Antonio había entrado para confesarla, podría pedirle que corriera a Paolo a cambio de una de sus comidas y asunto arreglado. No podía sobornar a Dios pero si al clero, amén.

—Padre, ¿se encuentra ahí? —la ventana del confesionario se abrió.

—No soy el padre pero puedes decirme todos tus pecados.

— ¿Qué haces aquí? —gritó en susurros para que nadie pudiese escucharles.

—Quiero hablar contigo.

—Pues yo no.

—Olga, deja de comportarte como una chiquilla y escúchame.

—Te puedo dejar hablando solo, ¿sabes? Salir y tacharte de loco.

—No, no puedes. Apenas entraste he trabado con una escoba tu puerta.

—Mientes.

—Inténtalo —así lo hizo y comprobó con horror que no bromeaba.

— ¡Sácame de aquí!

—No hasta que me escuches.

—Pues habla ya mal… bendito hijo de… de Dios —Paolo se rio y Olga se sonrojó hasta las orejas.

—Me alegra que respetes tanto la iglesia.

—Espera a que estemos afuera. Y dime lo que quieras decir de una

buena vez.
—Bien —se tomó unos segundos, pudo escucharle respirar profundo —. Fui un idiota. Pero la guerra fue demasiado. No había noche en que no pensara en que iba a morir y deseara que todos a quienes conocí se olvidaran de mí. No quería causarles dolor por mi muerte, porque no lo merecía. Te dije que asesiné a muchos, en la guerra haces lo que sea para sobrevivir, aunque estuvieses del bando correcto el matar a un hombre no es algo de lo que uno esté orgulloso, pero nos hacíamos a la idea de que al hacerlo salvábamos muchas vidas. No sabes los horrores que vi cuando rescatábamos a judíos capturados en los campos de concentración, hombres, mujeres y niños que vivieron horrores más allá de lo imaginable. Tuve que sacar a un niño que se estaba muriendo en mis brazos y también a una mujer que no quería abandonar el cuerpo de su hija. Ganamos, pero eso se queda con nosotros para siempre —esperó un poco antes de continuar—. Pero ante todo lo visto, los horrores de cada día, me bastaba pensar en una sola persona para poder soportar todo ese horror…
—Elisa.
—Tú.
Dijeron al mismo tiempo y luego guardaron silencio un momento, roto por Olga que tardó en recuperar la voz.
—Lo siento, ¿qué dijiste?
—Pensaba en ti todo el tiempo. Leí el libro que me diste hasta que se desojó y las páginas se perdieron, recordaba tu deliciosa comida imaginando que comía de nuevo tu pollo frito, y recordaba con añoranza las charlas que teníamos sobre arte y me preguntaba si estabas leyendo algo interesante. Y anoche me di cuenta de algo que no había comprendido pero que estuvo gritándome en la cara como lo hiciste con esa mujer que te tocó a la puerta después de que me fui.
— ¿Estabas ahí?
—Cerca —admitió con una risa clara—. Olga, deseaba que todos me olvidaran, pero no quería que tú me olvidaras.
— ¿Por qué no? —musitó a lo bajo pero era perfectamente audible en aquel reducido espacio.
—Será porque te quiero. Y te he querido por mucho tiempo —un

nuevo silencio se instauró entre ellos, tan profundo que podían escuchar los rezos de afuera y Paolo comenzó a sentirse incómodo—. Esto se está volviendo costumbre. Olga, ¿estás bien? —no hubo respuesta, ni sonido alguno o respiración. Asustado salió y quitó la escoba para abrir la puerta y lo que vio le rompió el corazón. Lagrimas caían del rostro de Olga que estaba temblando como una niña ahogando los sollozos en sus labios apretados, tomó sus manos entre las suyas y esperó a que reaccionara.

— ¿Lo dices en serio? —habló bajo y claro incapaz de elevar la voz ante el nudo que tenía.

—Sí. Estoy enamorado de ti, Olga Sofía. ¿Y tú? ¿Quisieras aceptarme a mí? ¿Al idiota soldado que soy? ¿Al adicto a tus comidas?

Olga hizo un esfuerzo de tragar para deshacer el nudo de su garganta.

— ¿No importa si no soy una belleza? —Paolo rio entre dientes.

—Eres una belleza para mí, tanto por dentro como por fuera, siempre ha sido así desde que te conocí pero yo estaba con Elisa y por respeto no podía fijarme en su mejor amiga. Pero quiero que sepas que siempre llamaste mi atención, y que ese pelotazo con el que nos conocimos…

—No me digas que me lo diste a propósito para conocernos.

—No, eso sí fue por accidente. Fue mi culpa por distraerme al verte y pensar que tenías unas preciosas piernas. Y ahora... —sus dedos retiraron sus lágrimas con una dulzura que la conmovió—. Ahora Dios nos ha permitido volver a estar juntos y quiero estar contigo. ¿Tú quieres?

—Sí... sí, yo también te quiero tanto.

—Con eso me basta —la tomó de la nuca y unió sus labios con los de ella. Aquel beso fue mejor de lo que alguna vez ella soñó, como si decenas de fuegos artificiales explotaran a la vez en su pecho y nerviosa e inexperta le correspondió. Paolo sonrió encantado por su inocencia al besar, sintiéndola temblar extasiada ante cada escalón que subían en ese primer beso. Al separarse apenas unos centímetros este le susurró cuanto la amaba en su idioma natal y Olga volvió a unir sus labios con los de él, poniendo sus manos en sus fuertes hombros para no dejarlo ir, después de tanto, no quería abrir los ojos

y ver que todo había sido un sueño de su mal de amor, y las fuertes manos de Paolo la aferraron posesivo para tampoco dejarla ir.
Un fuerte carraspeo llamó su atención y vieron al padre Antonio que los miraba con los brazos cruzados.
—Normalmente me haría de la vista gorda pero todos los están viendo —al asomarse fuera del confesionario vieron a las mujeres que iban a orar observarlos con absoluta reprobación, pero lejos de sentirse avergonzados se rieron y salieron de la iglesia tomados de la mano para sorpresa de los paseantes y de Elisa que tenía la cara de haberse tragado un sapo.

...

— ¿Y luego qué pasó? —preguntó Lila con una sonrisa incrustada en su rostro.
—Comenzamos a trabajar juntos. Paolo encontró su pasión en la cocina como yo, no fue fácil enseñarle pero aprendió todo lo que debía y eso le sirvió mucho en su día a día para relajarse y hacerse de oficio después de la guerra. A los tres meses me propuso matrimonio —mostró el modesto anillo de oro en su dedo—. Elisa estaba verde el día de mi boda, literalmente, uno no sabía si su cara era parte del vestido —Lila sonrió y también Theo al imaginarlo.
— ¿No se casaron muy pronto? —preguntó Theo y la anciana negó con la cabeza.
—Eso dijeron muchos, pero después de tanto ya no queríamos estar separados. Y es mejor ser feliz sin tanto cuento, ¿no creen? —los hermanos sonrieron y asintieron—. Y la luna de miel, ¡qué te cuento! —rio con una picardía que llamó la atención de Lila.
— ¡Evitemos esa parte! —Exclamó molesto Theo sabiendo las perversiones que sería capaz de contar esa mujer—. Mi hermana es demasiado joven para esa clase de temas —Lila lo miró con reproche sacándole la lengua como una niña.
—Bueno, ya. Como quiera no iba a entrar mucho en detalle —pero por la mirada que le dedicó a Lila le decía que lo haría cuando él no estuviese presente, luego suspiró—. Aunque al final, Elisa se vengó de

nosotros.
— ¿Qué les hizo? —preguntó intrigada Lila.
—Le dijo a su esposo que Paolo la pretendía, cuando era todo lo contrario. Humillada y llena de rabia le pidió a su esposo que hiciera algo y este nos amenazó de decir que Paolo había sido de los que apoyaban a Hitler y que abandonáramos el pueblo o lo pondría en la cárcel. Era un hombre rico y hasta hoy en día ese es sinónimo de poder para muchos, pero no de felicidad.

...

Paolo cerró la parte trasera de la camioneta con las pocas cosas que tenían. Olga estaba dentro esperando a su marido y este pasó por su lado para besarla en los labios. Elisa los miraba a la distancia con una sonrisa torcida por la victoria. Olga tomó la mano de su esposo al ver que estaba dispuesto a ir hacia ella para decirle sus verdades.
—No lo hagas. No vale la pena.
—Desearía quitarle esa expresión de su cara. Me enferma —Olga le sonrió.
—Yo sé cómo hacerlo —tomó su rostro y le besó lento y profundo, se perdieron en ese beso hasta que recordaron que no estaban en su dormitorio y al separarse, en efecto, la sonrisa tonta de Elisa había desaparecido reemplazada por un gesto de amargura. Paolo sonrió y se aseguró que la puerta de su esposa estuviese bien cerrada.
—Vamos. Nos espera un largo viaje.
Subió a la camioneta, y comenzaron su marcha tomando camino por las calles principales del pueblo. Elisa los vio partir con envidia en su corazón, el padre Antonio salió de la iglesia para darles la bendición, y sus amigos y clientes habituales los despidieron también. Olga agradeció no ver a sus padres escupir su odio en las calles. Y sin mirar atrás, abandonaron ese lugar para comenzar su nueva vida de feliz matrimonio.

...

—Un momento —interrumpió Theo—. Hay algo que no entiendo. Ustedes se casaron, entonces, ¿por qué no usa el apellido de su marido?

—Porque no podíamos.

— ¡No me diga que el padre de Paolo se lo prohibió! —exclamó Lila y la señora asintió.

—Eso fue. Como Paolo abandonó el lado de Mussolini, su padre lo desheredó y él tampoco quiso usar el apellido de una familia que estuvo de acuerdo de semejantes atrocidades.

—Entonces usaron su apellido de soltera —supuso Theo pero de nuevo ella negó.

—Oh, no. Mi apellido de soltera era Urrutia. Y no quería nada que fuera de mis padres —los dos hermanos se miraron confundidos.

—Entonces...

— ¿Dónde sacaron el apellido Tienda?

—De la única persona que había sido buena conmigo.

—La señora Sabino —respondió Theo a la incógnita y la señora asintió.

—Su apellido de soltera era Tienda. Y quería algo además de la libreta de recetas para recordarla siempre, ¡aquí esta! —La señora sacó de un cajón una vieja libreta de pastas casi deshechas y hojas amarillentas—. Lila, encanto, mis ojos ya no son como antes. ¿Podrías pasar las recetas a una nueva? Si no entiendes nada me avisas.

—Claro, señora.

—Bien. Y durante ese viaje hacia el que sería, y nos tomaría tiempo encontrar, nuestro nuevo hogar, encontramos a Tadeo.

— ¿El cerdo? —exclamaron los hermanos a la vez mirando la enorme alcancía que parecía sonreírles desde su esquina.

...

Paolo subió sin problemas la gran alcancía y pagó al anciano que lo vendía junto con muchas otras cosas hechas de cerámica y barro por el camino.

— ¿Para que una alcancía tan grande?—preguntó Olga sorprendida al

ver semejante tamaño que tenía, ocupando casi la mitad trasera de la camioneta.
—Para nosotros este cerdito se llenará de nuestros sueños y alegrías. Aparte es en caso de una emergencia.
—Paolo, nunca lo llenaremos, siempre tendremos que meterle algo.
—Así como nosotros que siempre tendremos sueños y nos llenaremos de felicidad sin reventar. ¿Qué dices? ¿Quieres nombrarlo?
— ¿A la alcancía? —miró al cerdo de barro y sonrió—. Tadeo —Paolo comenzó a reír con fuerza—. ¿Qué? ¡Paolo no te rías! —le exigió entre la misma risa contagiosa y Paolo la abrazó mientras avanzaban por el camino.
—Tadeo nos ayudará mucho. Ya verás.
—Si tú lo dices, lo creeré —dijo para besar la mejilla de su esposo mientras el sol del atardecer iluminaba su camino.

...

—Y así ha sido —dijo mirando la enorme alcancía—. Recuerden esto muy bien y nunca lo olviden, cuando pase algo confíen siempre en Tadeo, Tadeo les sacará de cualquier apuro. Y ahora, vamos a tomarnos un descanso, tengo ganas de té con leche y galletas.
—Yo le ayudo —se ofreció Lila gustosa.
—No, yo le ayudo —se ofreció Theo para sorpresa de su hermana—. Me gustó su frase de ser feliz sin tanto cuento. Es como decir que no busquemos el final feliz de los cuentos, sino la historia feliz en sí. Voy a implementar esa frase —la señora Tienda le sonrió con cariño y dejó que él comenzara a llenar la tetera. Lila miró con orgullo a su hermano.
—En algunas cosas eres grande, jovencito. Vas a estar muy bien.
—Muchas gracias, seño... —se dio cuenta de lo que implicó esa frase y frunció el ceño mirándola hastiado—. ¿Cómo que soy grande en algunas cosas?
— ¿Dónde pusimos la canela? —le ignoró a propósito y Lila aguantó la risa, su hermano parecía a punto de sacar humo de los oídos como la tetera, y la señora Tienda no pudo contener su risa.

— ¡Maldita sea! ¡Déjeme ya en paz, vieja pervertida!

Lila también rio, pero esa tarde Theo se abrió más ante ellas mostrándose feliz aun ante sus gritos, y Lila supo que no quería irse nunca de ese lugar que se había vuelto su hogar.

8

Lila puso especial cuidado en picar y poner las especias de la salsa, quitó la tapa a otra olla y con un pincho picó el pollo que ya estaba cocido. Así la encontró Theo, moviéndose de un lado a otro en la cocina, inundando el lugar con una mezcla de olores agradables.
—Increíble, ¿no crees? —vio en la mesa a la señora Tienda que le dio un vaso de jugo de manzana—. Cada día es más hábil.
—Se estudia esa libreta como si fuese la Biblia. No hay duda que le gusta.
—Le encanta. Ya la puedo ver como una chef profesional.

Observó a su hermana con atención, tenía que darle crédito a la vieja porque también veía a su hermana con un traje blanco en la cocina de un restaurante de lujo, cocinando y dando órdenes a diestra y siniestra para atender a sus comensales. ¿Quién lo hubiese creído semanas atrás cuando apenas y sabía cómo pelar una papa?
— ¿Y qué hay de ti?
— ¿Disculpe? —al escuchar su voz salió de su ensoñación de golpe.
— ¿Cómo te ves en unos años? —esa pregunta no le gustó, se removió en su asiento y sus dedos movieron el vaso de jugo para distraerse.
—No lo sé. Soy inteligente, puedo entrar a la escuela que quiera, después de todo soy como un genio, podría ser médico, abogado, político...
— ¿Y qué te gustaría ser?
—Me lo estoy pensando, pero será algo que me permita vivir muy bien —contestó con completo desinterés y la anciana apretó los labios en disgusto.
—Muchos cometen el error de ir a por los oficios de más dinero, y al final quedan tan vacíos e insatisfechos que el dinero no llena ese hueco que ellos mismos hicieron.
— ¿Y que sugiere? ¿Qué me mate de hambre en un oficio mal pagado?
—No digo eso, ¿pero no quieres destacar en algo que te haga feliz? La gente cree que trabajar duro en lo importante pero trabajan para

sobrevivir a la vida, no para prosperar que es muy distinto.

— ¿Me dirá que el dinero no lo es todo en esta vida?

—No lo es. Pero vaya que es un buen tranquilizante —le sonrió con una mirada sabia—. Y no me estás escuchando. Puedes prosperar realizando algo que te guste y que alimente tú alma cada día, pero sí, muchos dirán lo contrario para desanimarte pero eso lo dicen porque ellos no pudieron con sus propios sueños y se rindieron antes de hacer algo. Encuentra y sigue tu camino, no dejes que otro escriba la historia de tu vida, sino que toma esa pluma y escríbela con tu puño y letra. ¿O es que no dijiste el otro día que aplicarías la frase de ser feliz sin tanto cuento? —Theo no pudo replicar a tiempo, su boca se abrió como pez fuera del agua hasta Lila tocó su hombro.

— ¿Podemos ir al mercado? Necesito comprar algunas cosas.

— ¿No te basta con lo que tienes? —señaló la cantidad de ingredientes en la barra.

—Necesito queso y algunas cositas más —la señora Tienda se levantó de su asiento.

—Vayan, vayan los dos. Salgan un rato que bien les hace falta aire— Theo rumió algo sobre no querer salir y Lila rodó los ojos.

— ¿Y usted que hará señora Tienda?

—Fácil, voy a estar bronceándome un poco en el jardín…

—Ya le hacía falta, vieja momia —soltó Theo.

—Desnuda —Theo se levantó de un salto y tomó la bolsa de compras.

—Vámonos de aquí —jaló a su hermana fuera de la casa que ya se estaba partiendo de la risa.

No había mucha gente en el mercado y Lila miraba con ojo crítico unas fresas que en opinión de Theo era como si estuviese evaluando algún equipo de cómputo o joya extraña.

— ¿Vas a comprarlas ya? ¿O esperaras a que le salgan piernas? Dijiste que solo venias por unas cosas —reclamó Theo que tenía la bolsa llena de patatas, zanahorias, una gran bola de queso y pimientos.

—Estoy revisando que estén buenas, estoy decidiendo si podría hacer un postre o una ensalada.

—Lo decides en casa, cómpralas y vámonos.

— ¡Pero que hermosa flor veo que adorna mi establecimiento!

Theo rechinó los dientes al escuchar al hijo del verdulero, un chico de diez y siete años al que estaba seguro le hacía falta le bajasen los humos a golpes, cosa que su hermana parecía no darse cuenta.

—Hola Julián. Tú sabes de esto, dime, ¿estas fresas están demasiado maduras?

—Sí, estas solo te duraran dos días, pero estas, estarán frescas toda la semana —Theo no apartó los ojos del chico, mirándole por lo que era, un maldito puberto hormonal al que no le importaba la supuesta diferencia de edad entre ambos.

—Gracias, Julián.

—De nada, preciosa. ¿En serio tienes dieciocho años? Podría, no sé, ¿invitarte al cine un día de estos?

—Tiene dieciocho años y no gusta de estar con niños —espetó Theo con una sonrisa que no tenía nada de amistosa y Julián respondió con la misma sonrisa.

—Unos meses no son nada. No hay edad para el amor, ¿verdad cuñado? —si fueran perros ya se hubiesen echado sobre el cuello del otro, en cambio Lila hablaba con el padre de Julián, ajena de todo lo que esos dos se decían con la mirada.

— ¡Theo! Pregunta el señor Vela si te gustaría jugar al futbol.

— ¿Qué? —el dueño del local y padre de Julián se acercó a ellos. Era más alto que él y su hijo y con un bigote de morsa que cubría por completo su labio superior.

—Tenemos un equipo de futbol del barrio. Si quieres puedes unírtenos y jugar. Nos reunimos en el viejo campo a jugar cada semana, ¿qué dices?

No pudo responder por culpa del nudo que se formó en su garganta. Era la primera vez que alguien lo invitaba a jugar en serio, y al recordar a los chiquillos que se burlaban de él y jugaban en sus narices le hacía sentir mal.

—Bueno, es que yo...

—Papá, ¿estás seguro? —Preguntó Julián con un deje de burla—. No tiene pinta de haber jugado con un balón en toda su vida. Sólo míralo.

— ¡Julián! —Le reprendió su padre—. Como si tú jugaras tan bien.

¿Qué me dices, Theo? Hoy a las tres en punto.
—Es que yo...
—Estará encantado —intervino Lila al momento—. Vamos Theo, hay mucho que hacer antes del juego —lo jaló antes de que pudiera hablar hasta salir del mercado, cuando al fin pudo recuperar su voz.
— ¿Estás loca? ¿Cómo voy a jugar si nunca en mi vida lo he hecho?
—No seas ingrato. Se te notaba que querías aceptar.
— ¡Claro que no!
—Theo, eres un mal mentiroso. ¿Te crees que no te veía cuando otros jugaban y tú estabas con la cabeza enterrada en los libros? ¡Esta es tu oportunidad!
—Pero...
—Pero nada. ¿Qué paso con lo que dijiste de ser feliz porque si?
—Sin tanto cuento, Lila. Ser feliz sin tanto cuento.
—Es lo mismo. Si no ves por tu felicidad, ¿quién lo hará? Ya has hecho muchas cosas que no te hacían feliz, ¿hasta cuándo seguirás así?

Era la segunda vez que le reprendían pensando que estaba haciendo oídos sordos a lo que se había propuesto, pero en realidad se sentía tan temeroso de ello que no podía pensar qué hacer para salir de su capazón e ignorar los pensamientos negativos que bloqueaban su mente sobre lo que debería hacer con su vida. Caminaron calle arriba para volver a casa, doblaron la esquina y casi chocaron con la enorme mole del hijo de la señora Ramos. El grandullón ni se inmutó, y Theo pudo constatar que le sacaba más de una cabeza de altura, mentía, casi dos con facilidad.
—Pero mira nada más —el arrastrado tono de voz les hizo ver a la derecha del grandulón a la madre de este, de nuevo vestida de negro y con un amplio sombrero del mismo color cuya sombra le cubría los hombros. Decidido, pensó Theo, esta mujer sí era una bruja.
—Buenas tardes, señora. Lindo día, ¿no? —se movió para intentar rodearlos pero el grueso brazo de ese tipo se apoyó en la pared de una barda impidiendo su escape. Al ver sus enormes manos no se les hizo difícil creer que podría matar a alguien con ellas.
— ¿A dónde van? Solo quiero hablar con ustedes.

— ¿Sobre qué? —Theo se hubiese estado orgulloso de que no le temblara la voz pero las piernas era otra cosa.
—Quiero saber sobre Olga Tienda. ¿Saben dónde está?
—No —respondió Lila detrás de su hermano con más firmeza—. Sólo cuidamos y limpiamos su casa, no sabemos dónde está.
— ¿Y salen a comprar cosas?
—Nos dejó dinero para comprarnos víveres —volvió a responder Lila y Theo hizo un gesto severo para que se callara y no liara más las cosas.
—Claro —la mujer pasó su lengua por sus labios como una víbora—. Interesante. Considerando que la muy mustia gusta mucho de cuidar de su casa —Theo se antepuso entre Lila y la bruja al ver que su hermana iba a defender a la señora Tienda.
—Siempre hay sus excepciones. Y tenemos prisa, si nos disculpa... —el brazo de Francisco Ramos se endureció dejando ver una gruesa vena palpitante cruzar en este. La vieja dio un paso hacia adelante.
—No es bueno que unos jovencitos vivan solos. Tal vez… podrían dejarnos entrar a la casa, sólo para verificar que todo está bien. Son jóvenes después de todo, quizás necesiten ayuda con algo —habló con falsa amabilidad y entonces Theo reconoció el brillo en los ojos de la anciana, era el mismo que tenía Ramón cuando le hablaba de algún botín. Avaricia, ambición y clara malicia. Fijó su vista atrás de los Ramos y con rapidez alzó su brazo y gritó.
— ¡Policía!
Madre e hijo se voltearon al mismo tiempo y el brazo dejó de ser un obstáculo para los hermanos que echaron a correr tomados de la mano. Escucharon que los perseguía en su huida unos pesados pasos y un bufido como el de un toro en la pamplonada. Theo corrió mirando por el cristal de un auto cómo esa bestia los perseguía de cerca.

« ¿Los objetos se ven más cerca de lo que aparentan? ¡Mierda! ¡Estamos jodidos!»

Así que como último recurso metió la mano en el bolso del mercado sacando una patata grande, esperó el momento oportuno

haciendo los cálculos necesarios y deseando que las clases avanzadas de matemáticas no le fallaran ahora.

« ¡Dios! ¡Si hay alguien arriba que nos quiera que esta papa sea la elegida!»

Se giró lanzando la patata hacia el gran pie de esa bestia que la pisó y resbaló cayendo barriendo el suelo con su pecho. Los hermanos enseguida dieron la vuelta en una esquina donde lo perdieron, escuchando a los lejos los chillidos indignados de la señora Ramos. ¡Gracias Dios! ¡Gracias estudios avanzados! ¡Y gracias patata salvadora!

La señora Tienda le dio a cada uno un vaso de agua. Los hermanos no habían dejado de correr lanzándose en una maratón de regreso a la casa, Theo se bebió el vaso de tres largos tragos y tras unos momentos que le tomó recuperar el aliento, miró a la señora y la apuntó con su dedo tembloroso.

— ¿Qué rayos tiene esa bruja con usted?

—Envidia —contestó con simpleza—. Tuve un marido guapo y caliente, un negocio propio, y estoy mejor conservada que ella. ¿Qué más quieres?

— ¿En serio? —preguntó incrédulo.

—Bueno, la verdad hay otra cosa.

— ¿Y cuál es?

—Pues es... —la señora juntó sus manos de forma solemne e hizo una pausa aumentando el suspenso entre los hermanos—. Que tenía envidia de mi muy activa vida sexual —Lila escupió el agua de vuelta al vaso y se rio con las pocas fuerzas que tenía, en cambio Theo se sintió asqueado.

—Está loca…

—Pero no tanto como ella. Ya, dejemos esto. Yo terminaré la comida. Descansen en la sala y vean televisión, en serio lo necesitan —obedecieron caminando con los miembros temblorosos, pero Theo empezaba a sospechar que había algo más que escondía y quería

descubrir qué era.

El sol picaba su piel, los zapatos y la camiseta que le habían prestado le quedaban grandes, limpió el sudor que cayó en sus ojos manchándose de tierra, pareciendo un mapache con el pelo aplastado. Por primera vez le dolían músculos que no sabía que tenía y le dolía el pecho en cada dolorosa aspiración. Pero fuera de todo pronóstico, estaba jugando futbol por primera vez en su vida. Los del equipo se reunieron para trazar su plan en la jugada decisiva.
—Muy bien, muchachos, necesitamos burlar a Gabriel y a Julián, con que los pasemos y no le pasen el balón a Tobías tenemos un gol asegurado mientras no vuelen el balón. Theo, ¿crees que puedas cubrir a Tobías?
—Eso creo...
—Bien, ¡vamos con todo equipo! —gritaron como guerreros a la batalla y Theo apenas y emitió un sonido ahogado.
En el público, Lila le apoyaba junto con la señora Avilés y otra decena de personas que disfrutaban ver el juego como si la selección jugara el mundial. El árbitro hizo sonar su silbato, todos se movieron y Theo se quedó junto a quien debía cubrir, el balón se movió de un lado a otro, era difícil saber quién tenía la pelota ya que todos corrían como gallinas sin cabeza. Marcó a su objetivo apenas dejándole mover, orgulloso por su desempeño, ¿quién diría que se le daba bien el marcaje? Pero cuando el balón se dirigió a él, sintió dos manos agarrarlo de la camiseta y jalarlo a un lado. Cayó al suelo raspándose el codo y la gente se volvió loca. Lila y la señora Avilés gritaron furiosas, y todos gritaban que sí o que no fue una falta. Julián dedicó una sonrisa burlona que hizo rabiar al moreno, pero esa sonrisa murió ante la mirada asesina que Lila le dedicó y que de seguro prometía ignorarlo en la próxima visita al mercado. Al final, el árbitro marcó que no era penal. César, capitán de su equipo y que si tenía los veinte años que decía tener, se acercó para ayudarle a levantarse.
— ¿Puedes seguir? —cualquiera en su situación se hubiese retirado, un nerd, un cero a la izquierda en deportes, un desastre andante con

la pelota, pero él no lo haría.
—Puedo.
—Bien, vamos, que hay tiempo —se levantó sintiendo la sangre deslizarse en su codo y su rodilla arder, pero poco le importaba el dolor en ambas heridas, si se retiraba el orgullo le dolería más.
— ¡A patearles el culo! —gritó alguien del público y Theo se unió a ese grito de guerra.
El juego comenzó. El balón fue de un lado a otro, arriba o abajo, esta vez Theo estuvo atento a Tobías, que apenas sintió le tomó de nuevo de la camiseta, le empujó con su cuerpo y este cayó al suelo, alguien se quejó pero el árbitro no le escuchó. César tomó el balón y luego se lo arrebataron, cayendo de forma dramática al suelo, pero aun así el árbitro no marcó falta. Un argentino estaba narrando el partido con pasión para los presentes. El balón no se quedó por mucho con el equipo rival, un arrastre, una finta de parte de sus compañeros hicieron posible que estuvieran más cerca de la portería. Se acercó por la orilla para ver el momento cúspide del gol y ya iban a tirar pero Julián se arrastró robándoles el sueño del gol hasta que sus pies pararon el balón vagabundo. Todos gritaron que tirara, Lila gritó, sus compañeros gritaron, incluso la señora Avilés brincó en su sitio pareciendo una gelatina al moverse con tanta lonja. Julián se dirigió a él decidido para quitarle el balón. Se puso en posición, retrocedió un poco y todas las fuerzas de ese espíritu competitivo que no sabía que tenía hasta ese momento explotaron en esa patada. Todos miraron ese tiro con el alma en un hilo, viendo como Julián estaba listo para interceptarlo, pero el milagro llegó iluminado por el sol como el zapato que salió del pie de Theo y le dio justo en la cara a Julián, mandándolo hacia atrás y dejando pasar el balón sin tocarlo. El portero se lanzó, apenas y sus dedos los rozaron y...
— ¡GOOOOOOL!
Todo el mundo gritó como loco, Theo no lo podía creer, pero allí estaba el balón, dentro del área de la portería y a Julián en el suelo doliéndose la quijada. Todos sus compañeros lo aplastaron en la celebración, perdieron 4 - 1, pero ese gol fue la diferencia para todos y nunca se había sentido más vivo en toda su vida.

En la cena, la señora Tienda no paraba de reírse al escuchar la historia del zapato, les había hecho un pastel de crepas y Theo sintió más dulce su victoria.
—Debió verlo, señora Tienda, fue épico. El zapato fue girando como un hacha de guerra deshaciéndose del enemigo y el balón entró directo. ¡Fue como ver cámara lenta!
— ¡Maravilloso! Felicidades, Theo. Eres el héroe del barrio.
— ¿Aunque perdiéramos por tres goles?
— ¡Bah! Uno es mejor que ninguno. Y eso te hace un héroe —algo dentro de él se expandió por todo su pecho, era agradable y cálido. Una mezcla de sentimientos a los que antes no podía darle nombre y que por el momento no había querido hacer. Felicidad, eso formaban todos esos sentimientos acumulados y pudo sentir como su mente se despejó ante cualquier duda y miedo que tuviera sobre la incertidumbre del futuro.
—Quiero viajar —dijo de repente llamando la atención de su hermana —. Quiero viajar, conocer el mundo y escribir de ello, o salir en la tele en algún programa de viajes, o hacerme de un canal de YouTube. No me importa pero no quiero dedicarme a un trabajo aburrido encerrado en cuatro paredes con la mirada enterrada en libros. Voy a dedicarme a viajar y mostrar las maravillas del mundo para que otros se atrevan a hacerlo también.
— ¡Seria genial! Ya puedo verte en ello —Lila estaba feliz por su hermano y la señora Olga asintió con una sonrisa y una mirada llena de sabiduría que hasta ahora él se daba cuenta que tenía.
—Si eso te hace feliz. Hazlo.
—Quiero. Y lo haré —la señora Tienda se rio.
—Vaya espíritu te tenías guardado, muchacho. Me gusta, me gusta mucho. No cambies eso, sino crece para avivar ese espíritu y que nadie, escuchen muy bien, nadie les diga que no pueden hacer algo.
Theo estuvo de acuerdo, le gustaba mucho lo que era ahora y en lo que iba a convertirse, y nada ni nadie le diría lo contrario.

Antes de dormir tuvo que salir a la tienda a comprar un galón de leche para desayunar mañana. En su cara aún tenía esa sonrisa que no se le había borrado en todo el día. Se sentía ligero, libre, no importando que aun sus músculos dolieran como el infierno. Sentía que podía volar tanto y disfrutar de ese trayecto cada segundo que pasara ante la revelación del significado de vivir de verdad la vida. De repente un sonido vino tras de él, se giró pero no vio a nadie. Su sonrisa desapareció al percatarse de que estaba solo en la calle y aun ante la simple protección de las luminarias se sintió vulnerable. La imagen de Francisco Ramos vino a su cabeza y aceleró el paso mirando cada tanto detrás de él, aquello fue su error. A su izquierda alguien lo empujó contra un poste y su espalda chocó contra este soltando el bote de leche. Una figura que había permanecido oculta entre las sombras se acercó, sonriéndole sin importar sus dientes sucios, sus ojos enrojecidos y algo turbios brillaron y su cabello castaño se veía casi negro por la suciedad.

—Hola, Theo. Veo que te ha estado yendo bien.

— ¿Ramón?

—El mismo que viste y calza. Me alegro que no te hayas olvidado de mí porque vengo a cobrar lo que me prometiste.

9

El amargo aliento de Ramón le revolvió el estómago y este rio entre dientes al ver su expresión llena de estupefacción.
— ¿Qué pasa? Parece como si hubieses visto un fantasma.
— ¿Qué haces aquí?
—Caray, ¿por qué a la defensiva? ¿Es que no puedo venir y saludar a un amigo? Y menuda ropa, parece la ropa de mi abuelo —sus dedos pasaron por el cuello de la camisa y Theo apartó sus sucias manos.
—Dime que quieres, Ramón y lárgate.
—Uy, uy, uy. ¿De dónde has sacado esas garritas Theo? No me digas que porque vives con la vieja ya te has olvidado de todo lo que me debes.
—No te debo nada.
—Te equivocas. Te encargué un trabajo y me dijiste que me darías algo a cambio, ¿o es que te has olvidado? —recordó la promesa que le hizo y quiso golpearse la cabeza al haber dicho esas palabras.
—Mira, Ramón, no hay nada de valor en la casa de la vieja. Si quieres algo de allí pierdes tu tiempo.
— ¿Nada? ¿En serio?

Ramón rio a lo bajo mirando hacia el otro lado de la calle con expresión ausente. Por un momento creyó que dejaría el tema pero se movió demasiado rápido para él, le golpeó en el estómago sacándole todo el aire y cayó al suelo encogido.
—No te atrevas a joderme, Theo. ¿Te crees que soy imbécil? ¿Eh? —Sacó de su sucia chaqueta su celular, mostrando fotos de Theo y Lila —. Los tengo muy bien vigilados a ti y a tu hermanita. Y sé que hay algo de valor en esa casa.
—No... No lo hay —respondió casi sin aliento y Ramón puso su pie sobre su cabeza haciendo presión con una sonrisa sádica.
—No, no, no. Nunca me equivoco. Sé que esa vieja tiene dinero y quiero que me lo traigas.
—Jódete… —su talón presionó con fuerza y se quejó a lo bajo.

—Respuesta incorrecta. Dime algo Theo, ¿qué vale más? ¿Lo que tiene esa vieja o tu hermosa hermanita? —Hizo más presión con su pie —. Porque bien puedo cobrarme con ese dulce cuerpecito que tiene — el asco y la rabia se mezclaron en su interior, pero antes de poder hacer algo Ramón dejó de presionar su cabeza y pateó su estómago, dejándolo con la vista arriba hacia la luminaria que lo cegó unos instantes antes de que Ramón la cubriera con su lánguida figura.

—Eres un hijo de...

—Tienes hasta mañana a medianoche, justo aquí. Si no vienes la próxima vez que Lila salga no la vas a encontrar hasta que haya terminado con ella, y quien sabe, hasta pueda dejarla preñada, sería una buena madre y tú un buen tío, ¿verdad, Theito? —con una estridente carcajada se fue, dejando a Theo arrastrándose en el suelo entre el dolor, el asco y la rabia.

Al cabo de unos minutos logró levantarse y tomar la leche para emprender su camino a casa. Se sintió humillado y las costillas le dolían horrores, pero no dejaba de darle vueltas a lo acontecido. Allí estaban las malditas consecuencias de sus actos, ¿por qué rayos tuvo que acercarse a Ramón? Lila tuvo razón todo el tiempo, Ramón era un hijo de puta del que tuvo que alejarse desde el principio. Pero ¿ahora que debía hacer? Tenía que darle algo a Ramón o su hermana sufriría las consecuencias. Pero si bien lo pensaba la señora no tenía muchas cosas de valor, estaba el microondas y esos cubiertos de plata, pero no creía que se contentase con eso, también estaba la televisión, pero era muy grande para cargarlo y no tenía pensado pedirle ayuda a ese cabrón y entrara en la casa. Entonces, si tuviese algo de valor en esa casa seria en un solo lugar.

Tienes hasta mañana a medianoche, justo aquí. Si no vienes la próxima vez que Lila salga no la vas a encontrar hasta que haya terminado con ella…

La advertencia era como otro golpe en la boca del estómago. Tenía que hacerlo. Era la única forma de mantener a Lila a salvo o ese maldito de Ramón se las cobraría. Sintió las lágrimas agolparse en sus

ojos y revolvió su cabello desesperado, furioso y confundido cuando un leve sonido captó su atención. Era como un lloriqueo, y este venía desde unos botes de basura.

« ¡Mierda! Ojala no sea lo que creo. No puede empeorar esta jodida noche.»

Había visto esa mañana en los noticieros de cómo habían abandonado un bebé entre la basura en el centro de la ciudad y casi muere. Se movió rápido y asustado pensando que sería otro pequeño bebé abandonado, ¿es que el mundo se estaba yendo a la mierda? Furioso revolvió entre las bolsas y contenedores escuchando el leve gimoteo, hasta que encontró al fin lo que hacia ese ruido, pero era distinto a lo esperado.

Lila no paraba de mover su pierna intranquila, su hermano estaba tardando y eso le daba mala espina. La señora Tienda había puesto de nuevo la radio a otro cantante de antaño del que nunca había escuchado. Miró por la ventana, y la visión de ese mastodonte de Ramos persiguiéndolos la hizo estremecer, y su imaginación comenzó a crear atroces escenarios donde su hermano se lo encontraba en medio de las oscuras calles sin nadie alrededor. Comenzó a rezar en silencio. El sonido de la puerta la hizo saltar del sofá y al girarse dispuesta a cantarle las cuarenta por preocuparla se topó con una imagen extraña pero linda, su hermano con la ropa sucia, con la leche en una mano y en la otra un pequeño y tierno perrito orejón igual de sucio que él.
—Ya vine —la señora Tienda lo observó de arriba a abajo.
—No sé si decirle al perro o a ti que se bañe primero pero a los dos les urge un baño.
—Yo voy solo —dijo dejándole el perro a Lila, fue a por ropa a su cuarto para darse con urgencia una ducha que no solo le ayudaría a limpiarse, sino a aclarar su mente. Al salir del baño mientras se secaba el cabello vio la puerta de la habitación de la señora Tienda, o también podría llamarle “La puerta prohibida”. El pasillo estaba vacío

y escuchó las voces de su hermana y la señora abajo, bien podría entrar y darle un vistazo rápido a su cuarto y la señora nunca se daría cuenta que lo había hecho. Revisó alrededor de la puerta por si había algo que funcionara como trampa, como un pedazo de cinta o un cabello, pero sus dedos no sintieron nada en el marco convenciéndose que no había peligro. Sujetó el pomo con fuerza más de la deseada, un nudo se formó en su pecho, sus manos comenzaron a sudar y su corazón comenzó a golpear fuerte su pecho. Tras unos momentos soltó el pomo como si le quemara, y bajó las escaleras enojado consigo mismo de no atreverse a entrar para echar un mísero vistazo, pero ya lo haría luego, no podía dejarlo así.

Las risas en la cocina le hicieron sentir como un gusano ante lo que tenía pensado hacer, al asomarse vio al cachorro limpio mostrando un pelaje color miel con diminutas pecas blancas y comiendo en un enorme plato para perros.

— ¿De dónde ha sacado eso?

—Lo tenía guardado —respondió la señora Tienda con simpleza y Lila estaba hincada junto al cachorrito.

— ¡Es adorable! ¿Podemos quedárnoslo? ¿Podemos? —preguntó mirando de forma alternada a su hermano y a la señora. Theo se encogió de hombros.

—Lila, yo no decido si se queda o no —miró a la señora Tienda que veía al cachorro comiendo con avidez.

—Mira nada más como come, y sus patas. De seguro será un perro enorme cuando crezca —sonrió como si eso le hiciera gracia—. Me recuerda a Polo.

— ¿Polo? — Lila se enderezó, y el cachorro al limpiar su plato corrió en saltitos hacia Theo que se agachó para rascarle el lomo.

— ¿Tenía un perro, señora? —preguntó tomando al cachorro que comenzó a lamer sus dedos.

—Oh, sí. Polo era especial y el perro más valiente que pude conocer en esta vida.

...

Olga tomó una pesada caja de la camioneta pero Paolo se la quitó de las manos tan pronto como pudo.
—Ni se te ocurra cargar algo pesado. Puedes lastimarte.
—No es para tanto.
—Por supuesto que lo es. ¿No has pensado que puedes estar embarazada?
—Te estas adelantando un poco, ¿no?
—No después de todas esas noches que hemos pasado en vela —ella rio con un claro sonrojo en sus mejillas. Pero la idea de estar ya embarazada le llenaba de gran ilusión. Habían llegado a su nueva casa después de pasar meses en cuartos de renta. La casa era preciosa, así como el vecindario. Tenía el espacio justo para una pareja que comenzaba a formar una familia y un jardín precioso que tenía tantas ganas de verlo lleno de flores y con uno o dos árboles frutales, pero lo que adoró al momento de comprarla fue el horno de pan que tenía la cocina. Según se habían enterado, el anterior dueño fue un panadero que se mudó a otra zona mucho más lujosa en el centro de la ciudad, cosa que Olga y Paolo consideraron una reverenda estupidez porque el barrio era precioso y tranquilo. Paolo ya pensaba en como quería ampliar la casa, dejándole en claro su mismo deseo de llenar la casa con gritos, juguetes y risas de niños.
—Buenos días —una mujer bajita de cabellera castaña y de complexión llenita se acercó a ellos con un pastel en mano junto con un hombre alto y delgado—. Ustedes deben ser los nuevos vecinos, los estábamos esperando desde que nos enteramos después de que el señor Olmera decidió mudarse a una de esas casas nuevas del centro. Me llamo Amelia Avilés y este es mi marido Roberto.
—Un placer —saludó Olga, era obvio que esa mujer tenía mucha cuerda para hablar. Los hombres se saludaron con un fuerte apretón de manos.
—B-B-Bienv-venidos.
—Muchas gracias —respondió Paolo ignorando el tartamudeo en la voz de su vecino.
—Mi esposo fue soldado —intervino Amelia con una leve sonrisa—. Estuvo en la guerra y un golpe en la cabeza hizo que comenzara a

hablar así— explicó Amelia acariciando el brazo de su esposo.
—A-Al menos salí vivo —habló intentando no tartamudear y Paolo asintió.
—Yo también estuve en la guerra. Sé lo difícil que es —los dos hombres sonrieron y comenzaron a hablar mientras las mujeres terminaban de presentarse.
—Yo me llamo Olga y él es mi marido Paolo Tienda.
—Encantados. Nosotros nos mudamos hace año y medio, seguro les termina encantando este vecindario, es tan tranquilo y todos son muy buenos.
— ¡Buenos días! —una pareja comenzó a acercarse a ellos, un hombre ancho y cuadrado con mejillas coloradas y una bella mujer de abundante melena negra y de ojos azules que parecía la modelo de alguna revista para caballeros, claro, no era como si hubiese visto una para ver qué tipo de lencería gustaban los hombres, sólo un par de imágenes por curiosidad.
—Pero hay sus excepciones —murmuró Amelia a lo bajo aunque Olga creyó que haber escuchado mal.
—Buenos días —saludó Paolo a los vecinos que se aproximaban y el ancho hombre le tendió su mano.
—Buen día, nosotros somos los Ramos, ella es mi esposa Martha y yo soy Federico.
—Un placer conocerles —se acercó Olga con una sonrisa y con el pastel de Amelia en sus manos—. Nosotros somos Paolo y Olga Tienda.
—Mucho gusto —saludó Martha con una sonrisa—. Es bueno tener nuevos vecinos, más a un par de hermanitos —el matrimonio lejos de ofenderse les dio gracia y comenzaron a negar cualquier parentesco de sangre.
—Están casados, querida —puntualizó Amelia con una sonrisa que no tenía nada de cordial—. Un bonito matrimonio de marido y mujer.
—Anda, Amelia, no te había visto para nada. ¿Desde cuándo estas aquí?
—Mucho antes que ustedes, tan distraída como siempre.
—No es mi culpa que seas alguien que apenas y se nota su

presencia, querida —podía percibirse la clara tensión entre ambas mujeres y el nuevo matrimonio se miró a los ojos con los mismos deseos de dar un paso atrás para quitarse de en medio.
— ¿Son recién casados? —preguntó Federico y Paolo rodeó a Olga con una gran sonrisa.
—Exacto. Nos casamos hace pocos meses, y estoy encantado de haberme casado con esta dulce mujercita —Olga se sonrojó apenada, golpeando con su codo las costillas de su marido, y Martha se acercó más a la pareja con una sutil invasión a su espacio personal.
—Bueno, todo matrimonio joven empieza así como estando en la luna de miel, ¿no? Como sea, si llegasen a necesitar algo, lo que sea, estaremos dispuestos a ayudar con gran placer —dijo mirando solo a Paolo. Le pareció que el movimiento de sus carnosos labios le había parecido obsceno y... ¿su lengua paso por sus labios o fue su imaginación?
—Gracias, son muy amables —agradeció Paolo en tono afable.
—Les tomaremos la palabra —repuso Olga con la misma cordialidad, quizás fueran imaginaciones suyas, pero la señora Ramos no dejó de lanzar miradas extrañas a su marido que la hicieron sentir incómoda.

Habiendo pasado al fin parte del día con la mudanza hasta el anochecer, Olga se lavaba los dientes lista para dormir mientras su esposo se duchaba a su lado.
— ¿Qué opinas de los vecinos, linda? —preguntó Paolo tras la cortina.
—Son algo raros —escupió y se lavó—. Pero no parecen malas personas —el sonido de la ducha cesó y Olga le pasó la toalla cuando el fuerte brazo de su marido se asomó tras la cortina—. Quizás debamos invitarlos a comer. Sólo para conocerlos mejor.
—Suena bien, así medimos quién es de fiar y no —Paolo salió con la toalla enredada en su estrecha cadera y abrazó por detrás a su esposa —. He pensado en pintar y arreglar la habitación de abajo.
— ¿En serio? —Sonrió al sentir las caricias de su esposo en sus caderas, comenzando a bambolearse lento de un lado a otro—. ¿Y de qué color vas a pintarla? ¿Azul? ¿Rosa?

—Pensaba en algo neutro, un color crema claro. Venga lo que venga vamos a amarlo con todo el corazón.
—Eso es cierto, mi amor —Olga se giró y sus labios se encontraron con los de su esposo, yendo a su dormitorio para comenzar una larga y apasionante ronda en la cama y cualquier rincón que se les ocurra.

Cada día que pasaba, ambos se ilusionaban más con la idea de tener un bebé. Paolo se encargó de limpiar y pintar la habitación que ocuparía el bebé y Olga había empezado a aprender a tejer fallando en incontables ocasiones y perdiendo la cabeza pero dispuesta a hacer algo que le dijese a su bebé cuánto le quería. Conocieron al pequeño David, el hijo de los Avilés, y pasado el tiempo conociendo a los Avilés, que al contrario de los Ramos los veían con más frecuencia, estos les pedían cuidarlo y estaban encantados con imaginarse jugando y riendo con sus propios hijos al igual que con ese pequeño. Pero al pasar los meses ese preciado bebé no venía y eso los comenzó a preocupar, decidieron ir al médico local para que les dijera qué estaba mal. El anciano doctor no le gustó a Olga desde el primer momento en que le habló, su tono para con ella era demasiado rudo y se desesperaba si tardaba en responder. Cuando al fin terminó de hacerles las preguntas y los exámenes pertinentes, su respuesta los dejó helados.
—Su mujer nunca va a tener hijos.
— ¿Disculpe? —Olga ignoró como la había señalado despectivo—. No entiendo. ¿Hay algo mal conmigo?
—Sus resultados demuestran que usted no puede concebir, señora...
—Pero me viene la regla, tengo ovarios —el doctor la miró molesto por la interrupción.
—Eso no significa que pueda concebir. Sus óvulos están atrofiados y eso provoca que no pueda tener un bebé.
— ¿Está seguro? —Preguntó Paolo aferrado a la mano de su esposa que comenzó a temblar—. ¿Hay alguna posibilidad de que se equivoqué? ¿Hay algún tratamiento? —el doctor lo miró ofendido.
—Yo nunca me equivoco, y no, lo siento pero no hay tratamiento para lo que tiene su esposa. Es como si fuera estéril —mencionó soberbio

con absoluto desprecio hacia ella, como si solo por el hecho de ser mujer y además que no pudiese concebir fuera motivo para tratarla de esa forma. Paolo se levantó molesto por esa actitud pero sin previo aviso su esposa huyó del consultorio en un mar de lágrimas.
Las palabras del doctor fueron como cuchillos en su corazón y cuando Paolo le dio alcance ella se sentía dolida y vacía, y ni siquiera el calor de sus brazos le confortó. El camino a casa fue silencioso y Olga se encerró con llave en el cuarto mientras escuchaba a Paolo trabajar en algo, ella sabía en qué, porque lo había visto en secreto comenzar a montar una cuna y ella había pensado en hacerse la sorprendida cuando se lo mostrara. Cuando Paolo al fin pudo entrar a su cuarto vio todos los tejidos que con tanto esfuerzo había hecho su esposa deshechos en el suelo. Olga estaba en la cama recostada de lado y Paolo se acostó a su lado y la abrazó contra sí.
—Ya superaremos esto. Lo haremos juntos, *mi amore*.
Ella no respondió, rompió en llanto aferrándose a Paolo que la consoló toda la tarde hasta que oscureció y el cansancio la venció.

Olga casi no habló en lo que serían las semanas más difíciles de su vida. Se había encerrado en sí misma destrozada por la realidad, casi no comía, no dormía, y dejó hasta de rezar. Paolo se preocupó a morir, pero se vio obligado a darle su espacio cuando muchas veces quiso estrecharla en brazos. No fue hasta que sacó el tema de la adopción que ella reaccionó y aceptó enseguida la brillante idea. El trabajador social que fue a su casa les habló del enorme papeleo que tendrían que llenar antes de poder adoptar un niño. Tenían pensado adoptar uno o dos pequeños de los tantos huérfanos que dejó la guerra, y luego el trabajador hizo a lo que le llamó el procedimiento de rutina, hacerles una entrevista, investigar sus antecedentes, hacer preguntas a sus vecinos; todo había salido bien en las entrevistas y estaban casi seguros que pronto tendrían a un pequeño o pequeña jugando en la casa pero sin previo aviso les negaron la solicitud en una carta con la frase 'No son aptos para adoptar'. Y eso provocó que Olga se hundiera de nuevo en la depresión. Paolo se culpó debido a su pasado como soldado pero Olga lo consoló en silencio con abrazos y

besos llenos de ternura, fue la primera vez en semanas que hicieron el amor para sumirse de nuevo en el silencio.

Un día que Olga decidió salir al mercado, se sentía exhausta, la luz le molestaba en los ojos y aun tras haberse duchado sentía que su piel tenía una gruesa capa invisible de frustración y odio a sí misma, sintiendo las miradas de condescendencia de cada persona que por alguna extraña razón se enteraron de lo ocurrido. De repente odio ese lugar, odio a cada persona de ese mercado que la miraba con lástima, y salió furiosa con la mitad de las compras deseosa de llegar a casa y volver a bañarse para intentar sacarse con fibra esa horrible sensación en la piel, cuando escuchó a alguien pronunciar su nombre y se ocultó en una esquina viendo a Amelia y Martha discutir, que por cierto, la última tenía ya cinco gloriosos meses de embarazo.

—No tenías derecho, Martha —le riñó Amelia que no parecía afectada por su mirada llena de odio.

—Sólo hice lo que un buen ciudadano haría. No creí que fueran aptos para ser padres, cuando llegó el trabajador del gobierno le di mi más sincera opinión.

—Más bien tú critica. Quien sabe que cosas le habrás dicho porque les negaron la adopción.

—Por favor, deja de ser tan santurrona. ¡Míralos! Son una pareja de lo más ridícula. Y ese magnífico pedazo de hombre se merece a una verdadera mujer que pueda darle lo que esa cosa seca y horrible no puede. Olga debería hacerle un favor y dejarlo.

— ¿Para que él se vaya contigo como tu amante? Olvídalo —escupió indignada—. Ese hombre sabe amar, y dudo mucho que no importa lo que le ofrezcas deje a una persona tan buena como lo es su esposa.

—Pobre e ilusa Amelia —le habló con falsa condescendencia—. No conoces a los hombres. Créeme que cuando él vea que no puede tener hijos de ninguna forma, encontrará otras opciones y te aseguro que esas serán lejos de ese espantapájaros que tiene por esposa —se giró golpeando con su cabello la cara de Amelia que no paró de maldecir a esa harpía a lo bajo y fue que se dio cuenta de la presencia de Olga que creyó que iba a llorar ante tan crueles palabras

pero ya no tenía lágrimas para eso.
—Ven, te invito un postre para que pases el disgusto.
—Yo no creo que deba…
—No hagas caso de lo que diga esa mustia. Perdóname por no haberte advertido sobre ella. Martha es una víbora que nada más ve por ella, y su marido es un idiota que le cumple todos sus caprichos —la lengua de Amelia bajó la velocidad—. Yo le dije al encarecidamente al trabajador que serían buenos padres. David se vuelve loco de contento cada vez va con ustedes y no para de preguntar cuándo volverá a ir. Ustedes se merecían un niño —Olga apenas y esbozo una débil sonrisa.
—Muchas gracias. Ahora no podemos cuidar a David y estoy ocupada, dejemos el postre para otro día —se dio la vuelta y se alejó rápido de la compasión de esa mujer que la estaba quemando.

Regresó a casa y Paolo estaba en la cocina trabajando en un pedido. Se sintió mal por dejarlo cocinar solo pero no tenía fuerzas para poder ayudarle, así que dejó la bolsa en una silla y fue al jardín donde se sentó en una de las sillas del juego completo que habían comprado para desayunar afuera cada vez que quisieran. Vio su pequeño jardín con aprensión, los rosales pequeños que ha descuidado por semanas, los pequeños arbustos sin forma, los geranios secos, y en el centro del jardín un pequeño árbol que de acuerdo a quien se los vendió era un durazno, ahora se sentía estafada. Cerró los ojos presa del dolor y pensó que… era cierto. Paolo necesitaba a alguien que pudiera darle una familia, no a una mujer fracasada que no podía darle un hijo. Miró al árbol que aún no daba fruto y sintió gran empatía con este, sintiéndose seca e incompleta. Se abrazó a si misma auto compadeciéndose incapaz de llorar, deseando que la señora Sabino estuviera allí para darle un consejo o hasta golpearla con su bastón. Y entonces un débil ladrido la sacó de su nube de negatividad. Se levantó de la silla y miró a todos lados intentando descubrir de dónde venían esos ladridos, caminó hacia el muro de piedra y fue que vio a un cachorrito atorado en un hueco bajo el muro.
—Válgame. Ven aquí, pequeño —lo tomó entre sus manos y lo desatoró con facilidad—. Eso es. Pero qué bonito eres —acarició una

de sus patas blancas, y luego su pelo color chocolate. El perro se removió entre sus brazos y Olga lo dejó en el suelo, viendo como este jugueteaba corriendo una vuelta entera por todo el jardín, luego se restregó sobre la hierba para después ladrarle moviendo su diminuta cola—. ¿Quieres jugar? No soy ahora una buena compañía, pequeño —hubo un pequeño gruñido de exigencia, el cachorro volvió a voltearse rascando su espalda en el pasto y luego a levantarse y ladrar. Por primera vez en semanas se rio.

Paolo terminaba el pedido cuando el sonido de la risa de su esposa llamó su atención. Desde la ventana de la cocina, pudo verla reír y correr, jugando con un pequeño perro que no paraba de dar vueltas o revolcarse entre la hierba arreglándoselas para escapar de ella. Salió al patio limpiando sus manos con un trapo y sonrió al verla con el cachorro en manos y con esa radiante sonrisa con que lo conquistó.

— ¡Paolo! ¡Mira lo que me encontré!

—Ya lo veo —se acercó y retiró con cuidado de algunos mechones de su trenza que se soltaron.

—Creo que no tiene casa. Esta flaco y sucio.

—Eso parece. ¿Quisieras quedártelo?

— ¿Puedo? —dejó en el suelo al cachorro que siguió correteando por el lugar.

—Claro. Es bienvenido a quedarse en nuestra familia —ella lo miró con sus grandes ojos.

— ¿Nuestra familia?

—Sí, familia —tomó su rostro entre sus manos acariciando con ternura sus mejillas con los pulgares—. Porque tú eres mi familia, mi todo, no importando qué *mia amata*.

— ¿No te importa que esté seca por dentro? ¿Qué no pueda darte un hijo?

—*La mia dolce ragazza*, no me importa si no puedes concederme un hijo. Y no estás seca, nunca digas eso. A diferencia de este ciruelo, porque es un ciruelo ya lo investigué —aseguró sacando una pequeña risa a su esposa—. Algún día nos dará fruto, tú en cambio ya cuentas con tantos frutos que para mí es una delicia tener. Eres única y te amo con toda el alma, Olga, mi amor, mi dulce esposa —sus ojos reflejaban

tanto amor que no le cupieron dudas de que su marido la amaba con todo su ser, tanto o más que ella.
—Mi amor, mi Paolo —los ladridos del nuevo miembro de la familia les llegó desde la cocina interrumpiendo el momento en que estuvieron a punto de besarse. Paolo galante le ofreció su brazo que tomó sin reservas sintiéndose en un largo recorrido romántico.
—Parece que alguien ya se instaló.
— ¿Qué nombre le pondremos?
—No lo sé. Podemos pensarlo esta noche en la cama —la mirada que Paolo le decía que harían de todo menos hablar del nombre de su perro. Entraron a la cocina y se congelaron al ver que su nuevo perro estaba sobre la mesa comiéndose el lomo al horno que Paolo hizo ya llevando casi la mitad. Olga se rio ante el gesto de mortificación de su esposo dándose cuenta que ese pillo peludo se había ido por lo bueno y no por los restos de carne y pellejos que estaban más a su alcance.

Lo llamaron Polo. Y aquel pequeño cachorro trajo nuevas situaciones a la pareja, muchas de estas divertidas. Polo sabía a quién rogar por alimento a la hora de sentarse a la mesa, apoyando su pata a su proveedor poniendo su mejor cara de hambre con esos ojos color miel que tenía, y cuando estaban los dos dispuestos a darle iba de uno a otro con la misma cara. Sus juguetes favoritos eran muñecos de peluche, pero no los destrozaba a la primera sino que los mordería de poco a poco hasta gastarlos, y si quería destrozar algo los cojines del sofá eran los que terminaban con el relleno fuera. La hora del baño era un verdadero reto, la palabra baño estaba prohibida a kilómetro y medio de Polo que se ocultaba en cualquier lugar de la casa apenas la escuchaba y era más difícil de encontrar que una aguja en un pajar, ni siquiera podían deletrear la palabra porque antes de darse cuenta ya había desaparecido, también la palabra veterinario estaba prohibida y llevarlo era todavía más difícil. Sus gustos por la música los dejaron boquiabiertos, gustaba de Frank Sinatra, aullando entonado cuando lo escuchaba en la radio, pero cuando Paolo cantaba este huía de él hasta la esquina más alejada del jardín con la cabeza entre las patas.

Pero amo y perro desarrollaron una alianza silenciosa ante cualquiera que se acercara a Olga con intenciones no platónicas y también ladraba a cualquier mujer que se acercaran a Paolo, fue muy frecuente que ladrara a la señora Ramos apenas la viera. Y al pasar los años y mientras Polo crecía convirtiéndose en un enorme perro que era confundido por un San Bernardo, rescataron a más perros de la zona para cuidarlos un tiempo y luego darlos en adopción a buenas familias. Polo era especial, raro, y un poco loco, y los tres eran una familia feliz no importando las malas lenguas de algunos. Sin embargo, un día ocurrió algo que los dejaría helados y en constante alerta.

Olga lavaba platos mientras Paolo estaba fuera por un pedido, era una mañana tranquila con la música de la radio de fondo en un concierto de violines, Mozart la puso de buen humor mientras cortaba los vegetales y tomaba unos sorbos de té hasta que el chillido de Polo le hizo tirar su taza favorita rompiéndola del asa.
— ¡Polo!
Fue hasta al frente donde vio al niño de los Ramos, Francisco, a punto de encender un enorme cohete atado al cuello de su perro. Horrorizada empujó al niño y arrancó aquel enorme cohete del cuello de su perro, estallando justo cuando lo lanzó al aire y provocando que Polo chillara asustado y corriera dentro de la casa. Olga también tenía el corazón desbocado, lo había sentido explotar tan cerca de su mano que sentía que le ardía y toda ella temblaba como gelatina. Notó a Francisco levantarse y salir corriendo, pero Olga le dio alcance calle abajo gracias a los años de ejercicio paseando a Polo y a los otros perros.
— ¡Alto ahí niño del demonio! ¿Se puede saber que intentabas hacer?
—Francisco la miró con un ceño fruncido y unos ojos oscuros y fríos que no tenían nada que ver con los de un niño de doce años.
—Ese perro me ladró y gruñó, lo quería matar —su respuesta y la frialdad con que lo dijo le dio un horrible escalofrió.
— ¡Pues eso no se hace! Matar está mal y no puedes hacerlo — Francisco la miró sin expresión alguna y después esbozó una sonrisa

cínica.
—Matamos animales para comer, no hay diferencia con su horrible perro.
Olga sintió miedo e ira ante las palabras de ese chiquillo, pero la ira ganó y le jaló de la oreja.
—Te voy a llevar con tus padres pequeño monstruo y a ver que hacen contigo —no le importó que la arañara o pateara, no le soltó hasta llegar a la casa de los Ramos donde ignoró el timbre y aporreó la puerta con fuerza. El matrimonio abrió y Olga soltó a Francisco que se fue a ocultar tras las faldas de su madre—. ¡No quiero que su hijo vuelva a acercarse a mi propiedad jamás!
— ¿Cómo te atreves a traer a mi hijo así? —exclamó Martha ofendida —. ¡No tienes ningún derecho!
—Su hijo casi asesina a mi perro con un cohete. ¿Le parece poco?
Federico se interpuso entre ambas mujeres que estaban a punto de enzarzarse a en una discusión.
—Por favor, tranquilas. Esto debe de ser un terrible malentendido.
—No, no lo es señor. Su hijo me dijo que deseaba matar a mi perro.
—Pues algo le habrá hecho porque mi hijo no hace estas cosas —refutó Martha alzando su nariz de forma petulante, mostrando las arrugas que le aparecieron a temprana edad.
—Aunque fuera así, que no es el caso, no lo justifica. Quiero que ese niño se mantenga alejado de mi casa y de mi perro. ¿Qué clase de educación le dan?
—Mire, señora Tienda —Federico se mostró firme y ofendido—. No le voy a permitir que le levante falsos a mi hijo ni a decirme cómo educarlo.
—Mucho menos cuando nunca has tenido hijos —le respaldó Martha y su esposo asintió.
—Así que le pido que se marche de mi casa si va a importunarnos —Olga apretó la mandíbula y observó cómo tras su marido, Martha le dedicó una sonrisa torcida así como aquel pequeño monstruo.
—Está bien. Me marcho. Pero quiero decir que al menos sé cómo se tienen que educar a los niños, no a las bestias como su hijo
Se dio la vuelta y regresó a su casa, donde Polo le estaba esperando

escondido tras su sofá. Lo calmó un poco con sus galletas favoritas y cuando llegó Paolo este buscó consuelo en él. Después de relatar lo ocurrido, Paolo se veía más que disgustado.
—No me lo puedo creer. ¿Qué clase de niño hace eso?
—Ese no es un niño cualquiera. Debiste ver su mirada, era como si no tuviera alma —Paolo se mostró pensativo.
—Sabes, hace días me encontré a David y Francisco. David estaba saliendo del café cuando Francisco se le fue encima sin razón alguna. Los separé junto con el señor Vela y luego Francisco se fue corriendo sin decir nada.
—No me gusta ese niño y normalmente amo a los niños —Paolo la abrazó y besó.
—Ya no dejaremos a Polo al frente ni a ningún animal que traigamos, ¿está bien? Y hablaré con Federico para arreglar todo.
—Ese hombre no te hará caso. Nada más le da la razón a su esposa.
—Al menos debo intentarlo. Y si no entiende con palabras ya verá lo que hace un soldado —eso no la calmó del todo pero los besos de su esposo le hicieron olvidar el mal trago de ese día, sin imaginarse lo que vendría después.

Después de que Paolo hablara con Federico se enteró de Amelia que el matrimonio tuvo una fuerte discusión debido a un castigo impuesto a su hijo. Eso la calmó un poco más, pero no lo suficiente para volver a dejar a Polo solo, así que lo llevaban a los pedidos o lo metían en la casa sin querer dejarlo solo un momento. Pasaron tres semanas y el tema casi quedó en el olvido, cuando en ese caluroso día de Julio una enloquecida Amelia tocó su puerta desesperada.
— ¡Olga! ¡Olga, abre mujer! —al abrir la puerta, Amelia se le echó encima con los cabellos despeinados y unos ojos de huevo cocidos que la asustaron.
— ¿Qué te pasa, Amelia?
—Debes venir. ¡Es Paolo!
— ¿Qué ha ocurrido?
— ¡Te contaré en el camino pero ven conmigo ahora!
Olga salió corriendo de su casa con el delantal puesto y por

primera vez que necesitaba de su don de la palabra Amelia no soltó palabra alguna en su viaje. Se temió lo peor al llegar al mercado y ver hacia donde estaba una ambulancia estacionada, y se sintió lívida al ver a un enfermero suturando un costado de Paolo que tenía su camisa empapada de sangre en la mano.
— ¡Paolo! —se lanzó hacia él horrorizada al ver tanta sangre—. Mi Dios, ¿qué te ha pasado?
—No me lo creerás. Ha sido Francisco —contestó con una leve mueca de dolor, después de todo había soportado cosas más dolorosas en el campo de batalla.
— ¿Francisco? —Entonces notó a los policías que tomaban nota a los testigos y en la patrulla cercana se encontraba Francisco con la mirada perdida en la nada—. ¿Cómo pasó?
—Estaba entregando el pedido que teníamos cuando de repente escuché los ladridos de Polo desde la camioneta. Cuando me giré, sentí algo hundirse en mi carne pero detuve la mano antes de que se hundiera más. Era Francisco que tenía un cuchillo en mano. Estaba tan sorprendido que no me esperé que el mocoso me empujara para intentar clavar más hondo el cuchillo. Tuve que sujetar el filo con la mano desnuda y de pronto escuché un estruendo y Polo se fue sobre Francisco mordiendo su brazo, rompió el vidrio de la camioneta para salir y salvarme, y cuando Francisco quiso apuñalarlo yo lo desarmé y sometí mientras llamaban a la policía —parecía todavía estar por completo anonadado ante lo ocurrido—. Aun no me creo que ese crío haya intentado asesinarme, por primera vez agradezco haber sido soldado, los reflejos me ayudaron mucho.
— ¿Y Polo?
Paolo señaló con su barbilla, Polo estaba siendo tratado también por el veterinario del lugar debido a los cortes que sufrió al romper la ventana. Cuando el veterinario terminó, Polo se acercó cojeando a sus amos y Olga lo abrazó llorando de alivio y agradecimiento porque Dios le había mandado a ese perro que era un ángel que los protegió y cuidó en todo momento, ignorando a la patrulla que se llevó a Francisco Ramos que los observaba desde el interior de la patrulla.

...

Los dos hermanos se quedaron pasmados por la historia, no sólo por la emotiva historia, sino porque no se habían esperado aprender la temprana vena homicida que ya tenía aquel sujeto.
— ¿Y qué le hicieron a Francisco? —preguntó Lila con media voz.
—Lo metieron a un reformatorio hasta que cumplió los dieciocho pero al salir fue peor y no tardó en regresar esta vez a prisión tras cometer un robo.
— ¿Y Polo? —esta vez preguntó Theo que acariciaba al perrito. La señora sonrió y tomó un viejo álbum de fotos que estaba repleto de fotografías de la pareja y su mascota, junto con otros animales.
—Vivió una larga y buena vida, hasta que después de su cumpleaños veinte cerró los ojos y se quedó dormido para siempre. Muchos dicen que fue un milagro que viviera tantos años cuando los perros grandes viven hasta los doce o trece años, pero nuestro Polo no —sonrió con ternura y miró hacia la ventana del jardín—. Lo enterramos cerca del árbol, era su sitio favorito donde se echaba la siesta. Y a lo largo de los años seguimos recogiendo perros pero nunca nos quedamos con alguno, para nosotros Polo fue único y él nos escogió a nosotros como su familia —Lila sonó su nariz con una servilleta.
—Es tan lindo y triste.
—Así es la vida, llena de buenos y malos momentos, pero siempre hay más buenos que malos, sólo hay que ver cuál es cuál. Así que no tiren en vano las palabras de esta anciana, disfruten de la vida todo lo que quieran, que no importa qué clase de adversidad enfrenten siempre hay una forma de salir adelante; y si quieren hacer una bonita familia háganla aunque sea una rara como la que tuve, pero sean felices.
—Yo la considero como mi familia —musitó Lila mirándola a los ojos —. La quiero mucho y quiero que sepa que usted es importante para mí. Me ha enseñado mucho y no quisiera seguir aprendiendo más de usted, por favor —la señora sonrió, y miró a los dos hermanos con dulzura.
—Ustedes también son como familia para mí.

—Pues vaya familia tan rara tenemos —dijo Theo y la señora rio fuerte.
—Que no te quepa duda, muchacho. Somos de lo que no hay —Theo sonrió y acarició el lomo del animal.
—Lo siento perrito, te he traído a una casa de locos —los tres se rieron a la vez y aquel perrito y nueva adquisición, se unió a ellos con sus pequeños ladridos agitando su cola contento.

Theo tuvo otra oportunidad al otro día. Escuchó las risas de la señora y Lila en la cocina a la hora de la comida y subió alegando que no había papel en el baño de abajo y usaría el baño del segundo piso. Sus manos temblaron, un sudor frio recorrió su cuerpo y sujetó el pomo con decisión renovada mientras sentía como un sentimiento crecía dentro de él. Era odio, pero no era contra Ramón, sino contra sí mismo. Sabía que cometería una traición tan baja y ruin que se sintió un Judas entregando a Jesús por treinta monedas de plata. Giró el pomo y con pesar se dio cuenta que estaba abierto. Estaba a punto de empujar la puerta pero el ladrido del cachorro le dio un susto de muerte. Sus ojitos llenos de inocencia y lealtad lo miraban fijamente, moviendo su colita y exigiendo que lo tomara en brazos de nuevo o que jugara con él, sentado a la espera de lo que haría su nuevo amo.
— ¡Theo! ¿Te has tapado el baño? —gritó Lila desde abajo al notar como tardaba su hermano. El cachorro ladró desde arriba y Lila estaba punto de subir cuando Theo bajó con el cachorro en mano.
—Como si tú no hubieras tapado el baño.
— ¡Fue una vez! ¡Una!
— ¿Y cuánto crees que nos tomó destaparlo?
—Mejor cállate. Ya está la comida.
—Voy, voy… —al sentarse en la mesa, la señora notó que él estaba mucho más serio de lo usual.
— ¿Te encuentras bien, muchacho?
—Sí. Estoy bien. Estaba pensando en lo que podría hacer hoy.
—Bah. Por hoy podemos descansar y olvidar los deberes, ¿qué

les parece comer afuera? Simulemos un día de campo —Lila chilló emocionada y tomaron los platos para salir, pero el semblante de Theo no cambió demasiado, sino que estaba por completo abstraído pensando en lo que acababa de hacer y las consecuencias que traería.

Todos dormían cuando Theo salió de la casa con una bolsa en mano, pensando en todo lo que vivido desde que llegó a esa casa con esa extraña anciana. Humedeció sus secos labios y respiró profundo una y otra vez al caminar por las oscuras calles apenas alumbradas por las luminarias y la brillante luna llena. Al llegar al punto de encuentro vio a Ramón fumando un largo cigarro de hierba, y este sonrió al verle apagando y guardando el cigarro para más tarde.

— ¡Theito! Vaya que pensé que no vendrías.

—Acordamos vernos aquí, ¿no? Ese era el trato.

—Claro. Ya veo que eres hombre de palabra. Vamos a ver, ¿qué lograste robarle a esa vieja?

—Primero me vas a decir cómo sabías que la vieja tenía dinero. Es algo que me intriga después de saber de los múltiples intentos anteriores.

—Al parecer todo mundo lo sabe —respondió sorbiendo por la nariz —. Escuché que estuvo trabajando toda su vida y que ahorró hasta hacerse una fortuna que casi no gastaba. Es una vieja tacaña según cuentan. Pero olvida eso, dime que le sacaste al menos unos buenos miles. O quizás un millón.

—Oh no tienes idea —Theo metió la mano al bolso y de este sacó el cuchillo más grande que tenía en casa—. Te voy a dar una mierda, maldito parasito y no dejaré que hagas daño a mi hermana ni a la señora.

Ramón miró el cuchillo perplejo, y tras un momento se rio, cada vez más y más fuerte.

—Theo, mi Theo. Te conozco bien y no eres un jodido asesino.

—Quien sabe, Ramón. La gente hace locuras por proteger a quienes quieren.

— ¿Qué? ¿Te has encariñado con la vieja acaso? —preguntó burlón

pero Theo antepuso el cuchillo como si este fuese una espada.

—Si así fuera no es tu jodido problema. Porque nos vas a dejar en paz por las buenas o por las malas, y espero por tu bien que sea por las buenas.

—Vaya, vaya, vaya —zureó con una sonrisa torcida—. Pues no hay de otra, ¿verdad? —llevó sus manos detrás a su espalda y mostró una pistola que hizo a Theo tensarse como una cuerda—. Lástima que hayas sacado los huevos hasta ahora, Theito. Porque te voy a mandar al puto infierno a ti, luego a la vieja, y por último me divertiré rico con tu hermana todo lo que quiera.

—Yo me lo pensaría dos veces si fuera tú, jovencito.

Theo se paralizó al escuchar esa voz detrás de él. Al volverse vio acercarse a la señora Tienda, que con su sencillo vestido de botones azul oscuro se confundía con la oscuridad de la calle, pero su blanco pelo y su piel eran de verdad notorias. Era la primera vez que la veía fuera de la casa, y con su usual sonrisa burlona ella se acercó hasta quedar casi por debajo de la luz del poste, otorgándole un siniestro halo de misterio.

—Buenas noches. Puedo decir que no es un placer conocerte pero esta noche tengo un trato que ofrecerte.

10

Theo sintió como la sangre le abandonó por completo al ver la sonrisa socarrona de la señora Tienda. Tragó duro deseando darse de topes contra la pared incapaz de pensar en una forma de salir ilesos de esa.

« ¿Por qué justo ahora le da por salir de casa?»

Ramón apuntó a cada uno de ellos con una mano firme para un drogadicto, rio entre dientes al ver a la indefensa anciana frente a él y aspiró por la nariz abriendo grande sus fosas nasales.
—Mira nada más. Me ha ahorrado el trabajo de ir a su casa, señora.
—Así que has sido tú quien envió a esos ladronzuelos a robarme antes que Theo —ella suspiró con desilusión teatral y caminó hasta estar entre Theo y Ramón justo en medio del foco de la luminaria—. Me esperaba algo más formidable a estas alturas pero qué se le va a hacer.
Theo se tensó al ver que ahora el arma apuntó a la señora, y si bien Ramón sonreía no le había hecho gracia su comentario.
— ¿Y qué te esperabas vieja? ¿Eh? Anda, no te cortes.
—Si soy sincera esperaba a algún machote como en las películas, alguien de casi dos metros de alto, musculoso, con tatuajes y cadenas de oro colgándole en el cuello. No a un patético y pusilánime gusano drogadicto que tiene pinta de no haberse bañado en semanas —Ramón encañonó su arma apuntando a su rostro.
—Vaya que tiene sentido del humor —rio sin humor, una risa falsa que fue acompañada por la de la señora que siguió riendo aun cuando Ramón se calló, este se movió incómodo y Theo apenas y movió su pie para adoptar una mejor posición, Ramón notó el sutil movimiento y apuntó su arma hacia él.
—Ni siquiera lo intentes, Theito. ¡Y ya cállese vieja loca! —Las risas disminuyeron poco a poco pero ella no borró su sonrisa—. Muy bien, vamos al punto. Quiero que me de todo el dinero que tiene, cada jodido centavo o me encargo de matarla a usted y a los hermanitos.

— ¿Y luego qué?
— ¿Luego qué? ¿Qué de qué?
—Luego ¿que pasara? ¿Nos dejaras en paz? ¿Nos darás una advertencia? ¿O nos mataras para que no te delatemos?
—Pues los dejaré en paz, así de simple. Les doy mi palabra.
No, no lo sería, sabía que mentía. Se podía leer en esa sucia y retorcida sonrisa que apenas tuviera el dinero los mataría para no dejar cabos sueltos.
—Theo, deja ese cuchillo, cariño —la orden de la señora fue tajante, no lo miró pero en su rostro se veía cierta serenidad que le comenzó a asustar—. Hazlo y quédate atrás —obedeció a regañadientes. El cuchillo cayó al suelo y dio un paso hacia atrás. Ramón sonrió al ver como se había deshecho de la única amenaza que tenía—. Ahora hablemos usted y yo jovencito. Como dije al llegar, vengo a proponerte un trato.
— ¿Qué tipo de trato? —movió su arma de un lado a otro de forma desinteresada queriendo intimidarla pero ella lo ignoró.
—Es sencillo. Tú te vas y desapareces de nuestras vidas para nunca más volver, y quizás, sólo quizás puedas seguir viviendo en paz tu asquerosa y patética forma de vida una semana, un mes, o un año, o como bien te parezca antes de morir por sobredosis o asesinado por algún otro fulano al que seguro le debes o te matará por la siguiente dosis. Me parece un muy buen trato.
Ramón aspiró fuerte, sonrió sólo por un segundo, o al menos su mueca pareció una sonrisa antes de apuntar de nuevo al rostro de la señora Tienda.
—Muy graciosa pero se terminaron las putas bromas, vieja bruja. O me da todo su dinero o le meto una bala en su horrible cara de vieja bruja.
Detrás, Theo temeroso se maldijo en silencio por haber hecho caso y soltado el cuchillo. Debió habérsele lanzado cuando tuvo oportunidad. Pero no se movió, porque aunque no viera su rostro, lo perturbó más la calma que la señora Tienda reflejaba en ese momento que el drogadicto con el arma.
— ¿Vieja bruja? —La señora siseó entre dientes sin apartar la vista de

Ramón, metiendo sus manos en los grandes bolsillos delanteros—. Oh no, querido. Yo soy peor que una bruja.

Las polillas que rondaban la luminaria sobre sus cabezas comenzaron a revolotear de forma ruidosa, las tenues sombras de estas comenzaron a ser más grandes ante el número mayor de insectos que comenzaron a aparecer, jugando con el ambiente y volviéndolo más extraño a cada segundo. Ramón pareció darse cuenta aun en su estado de que algo raro pasaba, miró a las ruidosas polillas para volver a ver a la señora que sonreía quieta en su sitio. La luz iba y venía en rápidos parpadeos por culpa de los insectos cuyo ruido infernal comenzó a ponerlos nerviosos, y un extraño aroma surgió sutil en el aire, olía a azufre. Theo miró a todos lados no sabiendo qué hacer, si tomar el cuchillo o dar otro paso atrás de ese espectáculo sacado de la Dimensión Desconocida, pero de repente vio la expresión de Ramón cambiar. Sus ojos rojos se desorbitaron y su boca emitió una especie de grito mudo. Ramón retrocedió torpe con la mano temblando y la señora Tienda avanzó un pequeño paso hacia él.

— ¿Qué pasa, jovencito? ¿No se siente bien?

Un estruendo hizo gritar a Theo, agachándose para protegerse. Una bala había salido del arma y casi hubiera podido jurar que le dio a ella pero no fue así, la anciana dio otro paso adelante y Ramón se tropezó cayendo al suelo sin dejar de apuntarle tembloroso.

—Oh, pero no te vayas antes de darme una respuesta.

Theo vio como ella se inclinó hacia Ramón y sujetó su muñeca haciendo que comenzara a gritar como si le estuviese cortado la mano soltando el arma en el proceso. El sonido de las polillas sobre su cabeza fue cada vez más en aumento.

—Quiero tu respuesta aquí y ahora. ¿Tenemos un trato? —Ramón quería alejarse pero era como si el agarre de esa anciana fuera de acero impidiendo su escape—. Repito, ¿tenemos un trato, jovencito? —Ramón asintió entre sollozos y gritos incomprensibles que asustaron a Theo—. Muy bien. Entonces más te vale cumplirlo o me vas a conocer de verdad muy, pero muy molesta, escuchaste —al soltarle Ramón se arrastró lejos y se levantó en tropel huyendo como si hubiese visto al mismo diablo a la cara, dejando atrás su arma y lo

que quedaba de su cigarro de hierba.

En un momento las polillas dejaron de hacer ruido, se dispersaron y la luz regresó a la normalidad en tanto los pasos de Ramón se perdieron en la oscura lejanía. Al girarse la señora sobre sus talones, suspiró y sacudió sus manos.

—Y así es como debes ahuyentar a esta clase de tipos —recogió su cuchillo del suelo—. En serio, ¿a quién se le ocurre? ¿Y tú eres el listo? ¡Tu hermana tiene más seso que tú!

— ¿Cómo hizo eso? Lo asustó a morir —la señora bufó.

—Años de experiencia, la actitud y mirada adecuada, y un perfume capaz de hacer que esos bichos se vuelvan locos —de uno de sus bolsillos extrajo una pequeña botella de perfume que olía a rayos—. Y si bien recuerdas mi Paolo fue soldado, y me enseñó uno que otro truco que te pondría los pelos de punta —Theo exhaló una pequeña risa.

—Está loca, creí que me cagaría.

—Pues vale, uno de los dos tuvo suerte. Y ahora vámonos que tengo que llegar derechito al baño.

No podía creerlo, pero la señora caminó como un cangrejo de regreso a la casa y él no pudo parar de reír en todo el camino aún ante la mirada furibunda de la anciana. He allí al fin una de tantas que le había hecho, existía la justicia en este mundo. Y al regresar a esa casa, con la vieja corriendo al baño, entendió que él había salido a por todo para proteger ese lugar, no lo supo cuando no se atrevió a entrar a la habitación de la anciana pero esa casa era un lugar al que podía llamar hogar.

La primavera avanzó y un ambiente de paz llenó la casa. Cada día se sentía más calor y Theo ya estaba buscando un trabajo de medio tiempo para poder regresar a la escuela y ejercer la carrera que había decidido hacer; Lila quería hacer un curso en línea para terminar la secundaria, lo había pensado mucho y quería entrar con beca a una preparatoria cercana y luego estudiar cocina para poner su propio negocio. Y la vida de los dos hermanos era más activa al tener al

cachorro que jugaba y corría de un lado a otro por toda la casa.
Ese día, la señora Tienda enseñaba a Lila su famoso pastel de queso con ciruela. Las dos sacaron un pastel del horno de leña y lo dejaron reposar sobre la mesa. La señora no paraba de quejarse de las ciruelas obtenidas del mercado.
—Cuando mis ciruelas estén para junio, allí si probaran un manjar. Un buen pastel de ciruela frío y un café helado para el verano. Recuerden lo que les digo —Theo no despegó la vista del periódico.
—Sólo háganos el favor de comerlo cerca del baño.
—Oh, bueno. Si algo pasa un muchacho fuerte como tú podría ayudar a esta anciana.
—Ni loco —los dos sonrieron cómplices y Lila sacó del horno otro pastel idéntico.
—Me dan ganas de comérmelo ahora.
—Ni de broma, tienes que esperar a que enfríe o te dará dolor de estómago —advirtió su hermano al notar cómo su dedo iba a picar el pastel. La señora asintió.
—Hazle caso a tu hermano. Amelia estará encantada cuando se lo den. Si te pregunta dile que sacaste la receta de mi recetario. ¿Les sigue haciendo preguntas?
—Ya no —respondió Theo—. Pero eso no quita que no se preocupe por usted. Así como todas las personas con las que hemos tenido contacto.
—Señora Tienda, ¿porque ya no sale de casa?
—Tengo mis razones —Theo la evaluó con detenimiento, la señora tenía su vista clavada en algún punto de la mesa.
— ¿Esas razones tienen que ver con algo malo? —la señora arrugó la boca y chasqueó los dientes.
—Tonterías. Por ahora dejen enfriar el pastel —se limpió las manos con su delantal y lo dejó en una silla—. Cuando se enfríe llévenlo con la señora Avilés, si ven a su marido ténganle paciencia, tartamudea mucho pero es un sol. Voy a dormir un rato, estoy muy cansada —salió de la cocina sin verlos, Theo dejó el periódico a un lado con aire pensativo y Lila al verlo se cruzó de brazos.
—Conozco esa cara. Estas pensando en alguna teoría extraña.

—No del todo. Pero algo me dice que esta vez vamos a conseguir respuestas.

— ¿Ah, sí?

—Sí. Y hay una persona que nos puede ayudar.

Cuando la puerta color roja se abrió, la señora Avilés exclamó de gusto al ver a los dos hermanos con el pastel en mano.

— ¡No me lo puedo creer! Pasen chicos, por favor. Son bienvenidos a mi casa.

—Muchas gracias. Es usted un lucero, señora —contestó Theo esa sonrisa que derritió a la dulce anciana—. Es usted una persona muy amable.

Lila tenia deseos de burlarse de lo casanova que parecía su hermano pero un muchacho bajó las escaleras de la casa con mochila en hombro y un balón de futbol bajo su otro brazo.

—Ya me voy abuela.

—Leo, mira. Te presento a nuestros vecinos. Muchachos, este es Leo, es uno de mis nietos, ya va en preparatoria —el chico era alto, de buena condición física y con un cabello cobrizo con uno de esos peinados modernos que dejaban a rape los lados, sus ojos grises se toparon con los castaños de Lila y esta se sonrojó un poco bajando la cabeza.

—Mucho gusto.

—Hola-a… —tartamudeó el muchacho y la alarma interna de Theo se encendió al notar la forma en cómo veía a su hermana.

—Preparatoria. ¡Recuerdo el fastidio que eran los profesores! —Exclamó llamando su atención—. Y veo que juegas al futbol, ¿estás en el equipo? ¿O ahora vas a la biblioteca o a un café internet a hacer tu tarea?

El chico soltó una maldición que hizo fruncir el ceño de la señora Avilés y se despidió deprisa, dedicando un último vistazo a Lila que le sonrió cuando este se golpeó el pie con la puerta, volviendo a maldecir y recibiendo un zape de su abuela por su vocabulario antes de irse.

—Pobrecito, me lo has encandilado con una mirada, la desilusión que

se va a llevar cuando sepa que eres mayor de edad —dijo la señora Avilés y Theo notó la desilusión de su hermana ante la mentira que todavía cargaban a cuestas. Ya hablaría después con ella, pero ahora tenían algo más importante qué hacer.
—Señora, quisiéramos hablar con usted sobre un asunto importante.
—Por supuesto. Voy a preparar café mientras comemos una rebanada —entraron a la sala observando la armonía de los colores de los muebles de roble, con las paredes color crema y los bien cuidados muebles color verde musgo, apenas y entraron al área cuando la puerta de entrada se abrió de repente y entró un hombre enjuto y calvo, cuyo cabello parecía haber emigrado a sus poblanas cejas que lucían como grises orugas.
—F-Fran-Francisco —pronunció tartamudo señalando afuera—. L-Lo vi pasar —los hermanos se miraron alerta y en silencio y la señora Avilés se apresuró a cerrar las cortinas de la ventana de la sala.
—Santo cielo. No sé cómo aun no lo detienen. Debería estar en la cárcel.
—Señora Avilés —musitó Theo llamando su atención—. En realidad queríamos hablar justo de los Ramos. Tenemos preguntas y necesitamos respuestas.

La casa se veía vacía desde donde estaba pero tenía sus dudas. Había visto a ese par de hermanos salir hacia la casa de los Avilés y pensó que podría atajarlos cuando regresaran, pero no esperó ver al viejo tartamudo llegar, por lo que siguió su camino y dio la vuelta entera a la cuadra hasta regresar a la casa de la vieja Tienda. Las cortinas estaban echadas y todo tenía seguro al frente. No quería saltar el muro trasero porque cualquiera que pasara podría verlo, pero entrar por la puerta trasera era tentador, para así darles un susto de muerte a esos mocosos y de paso a esa maldita vieja infeliz, esperando matarla de un infarto o sino de formas más efectivas y placenteras. Sacó su celular e hizo la llamada.
— ¿Diga? —contestó su madre hasta el tercer timbrazo.
—No hay nadie pero creo saber por dónde entrar.
—Muy bien, bien, Francisco. Cuando se haga de noche tienes que

entrar. Ya no hay que esperar.
— ¿Y qué quieres que haga con los muchachos?
—Todo puede pasar. Haz lo que te parezca, déjalos encerrados en sus cuartos, deshazte de ellos si te estorban, o quema esa pocilga con ellos dentro, no me importa, pero no hay que dejar ni un solo cabo suelto, ¿entiendes, cariño?
—Claro como el agua, mamá —colgó y un leve movimiento de una de las ventanas del segundo piso llamó su atención. Alguien lo observaba desde allí y estaba seguro que era ella. Su madre no se había tragado el cuento de que había dejado su casa al cuidado de dos mocosos y vaya que tenía razón. Esbozó una sonrisa sádica, y se dijo que cuando tuviese a esa vieja en sus manos disfrutaría mucho romperle ese cuello de gallina que tenía, y de paso mandar al infierno a esos dos estorbos para hacerle compañía.

La señora Avilés se sentó con cierta pesadez en la silla del comedor mientras revolvía con una pequeña cucharilla el endulzante que había puesto a su café. Theo observó con más detenimiento la casa, podía adivinar que la mujer había mantenido algunos muebles y decoraciones antiguas como en la señora Tienda, sin embargo podía constatarse el toque moderno con la televisión de pantalla plana, la sala casi nueva, la estufa de teflón y el moderno refrigerador negro de doble puerta. A Theo le pareció una casa muy bien organizada y bonita, pero se había acostumbrado al anticuado toque hogareño de la casa de la señora Tienda que lo prefería más, aunque una computadora no vendría nada mal.
—Con que quieren saber de los Ramos. ¿Están seguros? —para ser una mujer usualmente parlanchina ahora media sus palabras. Los hermanos asintieron casi a la vez, Theo con más decisión.
—Queremos saber qué interés tienen con la señora Tienda, nos han preguntado mucho por ella y su casa.
—Su interés no es Olga —gruñó mientras se movía para acomodarse mejor en su estrecha silla—. Lo que buscan es su dinero.
— ¿Dinero? —repitió Lila sorprendida pero Theo permaneció en silencio, de nuevo se sacaba a la luz el tema de dinero y algo le decía

que estaba a punto de averiguar qué unía todas las piezas de ese misterio, pero dejó que la señora Avilés continuara.

—Fue un estúpido rumor que alguien inicio. Como no tuvieron hijos y el negocio de preparar platillos les iba tan bien todo mundo creía que estaban forrados en dinero. Y es por eso que los Ramos están tan interesados. Oh, cielos, no sé si deba contarles esto —se cortó contrariada ante la duda.

—Por favor —pidió Theo en una súplica—. Necesitamos saber para estar preparados.

—Ellos ya nos han seguido pidiendo entrar a la casa —agregó Lila para explicarse y vieron la mano de la mujer temblar antes de dejar la taza sobre el platillo.

—Esas sanguijuelas. Nunca van a estar satisfechas —vieron al señor Avilés llegar detrás de ella y poner sus manos sobre sus hombros en señal de apoyo.

—Amelia. D-Deben saber —la mujer se rindió exhalando un largo suspiro que se transformó al final en un bufido frustrado.

—Está bien, está bien, tienes razón —una de sus manos buscó la de su esposo que apretó antes de poder seguir hablando—. Existe un rumor, bueno algo así, yo no creo jamás en los rumores, entiendan que cuando hablo digo las cosas sobre las cosas con pruebas pero estoy segura que esto tiene que ser verdad aunque no haya pruebas sólidas como dice mi hijo —soltó el palabrerío de forma rápida y clara como usualmente hacía, pero aquel impulso se desvaneció enseguida, hablando lento y seria—. Hubo un momento en que los Ramos no la estaban pasando bien o al menos tan bien a como estaban acostumbrados. Federico Ramos era un hombre tonto con referente a su esposa e hijo pero no era un tonto malo, sin embargo esa fue su perdición. Los gritos de Martha se escuchaban cada día y eran insoportables, exigiendo a su esposo más dinero, día con día hasta que este cedía vendiendo algunas cosas al empeño pero el poco dinero que obtenía no era suficiente para llenar a esa mujer. Un día cuando llegó de empeñar algunas cosas, murió en un supuesto asalto a su casa. Le partieron la cabeza con un cuchillo enorme estando solo o al menos entre comillas. Porque uno de nuestros vecinos, Alberto, dijo ver

a Francisco entrar en la casa ese mismo día más temprano, y cuando Francisco llegó Martha entró poco después y Francisco se fue, minutos después llegó la policía ¡y sorpresa! Se hicieron del seguro de vida del pobre infeliz de Federico que valía miles.

Los hermanos intercambiaron una mirada de incertidumbre, no sabiendo qué decir, Theo procesó la información que acababa de recibir pero Lila preguntó horrorizada.

— ¿Y no se lo dijo a la policía?

—Alberto es un viejo como nosotros que se le va la cabeza de vez en cuando —explicó—. Nadie lo tomó en serio, menos cuando una vez dijo que los alienígenas se lo llevarían y se quedó esperándoles desnudo en su entrada en plena noche.

Theo frunció el ceño, conectando varias de las piezas de este rompecabezas que tenía a la mano.

—Entonces como tenemos entendido, existe la posibilidad de que tanto madre e hijo se hayan confabulado para matar a quien fuera su esposo y padre, hacerse del seguro de vida, ¿y ahora se quieren hacerse del supuesto dinero que la señora Tienda tiene?

—Eso mismo —contestó el señor Avilés sin apenas tartamudear—. Y p-por eso, meses atrás, atacaron a Olga —los hermanos se enderezaron en su sitio, sintiéndose trastornados ante la brutal revelación. La señora Avilés continuó para dejar a su marido descansar al escucharlo trabarse de nuevo. Notaron como sus manos temblaron con la taza al tomarse su tiempo para hablar con un nudo en la garganta.

—Yo estaba allí. Fue antes de que ustedes llegaran por lo del anuncio. Martha la estaba incordiando con lo de la muerte de su marido que fue el año pasado; para Olga no era fácil estar sola pero lo sobrellevaba bien a pesar de todo, sin embargo nunca se quedaba atrás. Sabía cómo responderle a Martha y darle donde más le dolía y eso era en su propia amargura, fealdad y avaricia. Para nadie era un secreto que Martha vivía amargada con su marido y que solo se casó con él por el dinero, y no importó las veces que se insinuó a Paolo Tienda este nunca le hizo caso. La hizo pedazos, pero ninguna de las dos esperó que su hijo apareciera de la nada y la golpeara en la

cabeza a puño cerrado — Lila ahogó una exclamación y Theo sintió como la ira inundó su pecho.
— ¿La golpeó? —la voz de Theo fue como un siseo bajo y peligroso y la señora Avilés asintió con lágrimas atoradas en sus ojos ante aquel recuerdo.
—El infeliz de Francisco la golpeó con el puño donde tiene ese enorme y horrible anillo que tiene la forma de una araña. Fue solo un golpe pero creí que le había reventado la cabeza. Por suerte algunos vecinos estaban allí y nos ayudaron. Olga sangró mucho y le exigí que hiciera la denuncia, me dijo que la haría al día siguiente pero no la hizo; sino que la casa se quedó sola y ustedes llegaron sin saber nada —se sonó la nariz con un pañuelo que su marido le pasó y miró a los dos hermanos con enorme preocupación—. Cuídense mucho. Cierren bien esa casa y no dejen que esos dos entren. Porque quien sabe de lo que serían capaces con tal de obtener lo que quieren.

Regresaron a la casa donde el olor de los ingredientes en el proceso inundaba el lugar, el cachorro se encontraba en una esquina, acostado sobre una toalla y mordisqueando un viejo peluche de pato, y la señora les daba la espalda mientras metía el pollo en harina y huevo.
—Se tardaron más de lo esperado. ¿Le gusto a Amelia el pastel?
Lila quiso contestar pero Theo alzó la mano para callarla y se cruzó de brazos con la mandíbula apretada.
— ¿Por qué no nos dijo acerca del ataque?
— ¿Ataque? ¿Qué ataque?
—No se haga que no sabe. El ataque que sufrió por culpa de los Ramos.
—Ah, eso. Pues no les dije porque es algo que no les incumbe —soltó con tono indiferente—. Lila, ¿puedes revisar las patatas? —pero la joven no se movió y menos cuando su hermano golpeó con su puño la mesa.
— ¡Lo es cuando un par de psicópatas buscan su dinero y estamos nosotros de por medio! —una extraña atmosfera se cernió sobre ellos y el sonido del agua hirviendo de las patatas rompía acompañaba esa

quietud. Un profundo suspiro escapó de los labios de la anciana que bajó los hombros.
—Si se quieren marchar y evitarse problemas pueden hacerlo. Les daré dinero, no creo que tarden en encontrar un trabajo y lugar donde vivir.
— ¿Quiere que nos vayamos? —preguntó Lila pálida y la señora movió los hombros.
—Si ustedes quieren. Tal como lo ven, si están conmigo podría pasarles algo malo. Los Ramos no se detendrán ante nada, eso ya lo han constatado, y eso los pone a ustedes en peligro —ella les sonrió y suspiró—. Su vida apenas inicia y sabrán salir adelante. Yo estaré bien así que pueden irse en paz —los ojos de Lila se llenaron de lágrimas y una risa amarga brotó de Theo.
— ¿Nos está jodiendo? ¿Eso es todo? —Soltó despectivo rodeando la mesa—. Nos recoge, nos viste como lo hubiera hecho con cualquier animal de la calle y ahora nos da la patada.
—Ustedes ya pueden cuidarse solos. No puedo hacer más.
— ¡No es que usted haga algo! —gritó Theo con los puños temblando sintiendo sus uñas clavarse en su carne—. Desde que llegamos aquí hemos limpiado, plantado, arreglado y cocinado. Nos ha llenado la cabeza de jodidas lecciones o consejos de vida y por mi parte he soportado su maldito acoso sexual desde el primer puto día. Pues déjeme decirle algo loca vieja pervertida. Si usted cree que voy a dejar esto así, es que está por completo senil. ¡Nos quedamos! —Gritó estando a un paso de distancia de ella—. No la vamos a dejar sola con esos dementes así que deje ese rollo extraño que se tiene y déjenos ayudarla —puso su mano en su hombro casi huesudo—. Usted es nuestra familia ahora. Y no la vamos a dejar —al fin la mujer se giró y sus ojos tenia lagrimas que se esforzaba por no derramar. Fue él quien la abrazó, Lila entre lágrimas corrió para también abrazarla y la señora Tienda les correspondió con los dedos llenos de huevo y harina, besando a esos dos chiquillos en las mejillas como si fuesen sus hijos.

Esa noche acordaron ir a la policía mañana a primera hora. Y

para olvidarse del tema los tres hicieron la cena entre risas y bromas, cocinaron y comieron pollo frito con puré de patatas. Vieron por la televisión la película de Duro de Matar y luego Bajo el Sol de la Toscana, en la que Theo se quedó dormido en los primeros veinte minutos. Y antes de finalizar la esa noche, la señora sacó una cámara de fotos moderna, o al menos que no tenía más de diez años, y se tomaron tantas fotos como pudieron sonriendo o haciendo muecas graciosas, y la última foto fue de los tres juntos sentados en el sofá, con la señora en medio y los hermanos a su lado igual que una foto familiar.

—Ya no puedo más. Estoy muerta de cansancio y mis huesos piden mi cama.

—Buenas noches señora Tienda —se despidió Lila dándole un beso en la mejilla bostezando.

—Buenas noches, Lila —la joven fue a su cuarto y Theo permaneció allí mirando a la vieja.

—Usted no tiene dinero —declaró Theo confiado.

— ¿Y cómo lo sabes?

—Porque sí. Lo único que usted tiene es felicidad y amor que dar a todo mundo y perdone que suene cursi —la señora sonrió.

—Oh, cariño acabas de darme diabetes —rio un poco antes de verlo con un brillo de orgullo en sus ojos—. Sabes, Theo. Tú llegaras a ser grande.

—No me importa el dinero.

— ¿Quién dijo algo sobre dinero? Serás grande a tu manera, muchacho. Y tu hermana y tú serán muy felices.

—Lo seremos los tres, cuatro contando al perro. Así que no tenga miedo que nosotros la protegeremos —por un momento ella pareció sucumbir al llanto.

—Buenas noches, Theo.

—Buenas noches, abuela —sus palabras tenían un toque de ternura que hizo que la mujer casi llorara de la emoción. Unos ladridos chillones captaron su atención y Theo tomó al cachorro dejando que ella acariciara su cabeza.

—Buenas noches a ti también, pequeñín.

—Polo —dijo con una sonrisa—. Se llamará Polo. Buenas noches —fue a su habitación y cerró la puerta.

La señora se quedó un momento en su sala de donde tomó una foto de ella con su marido. Su Paolo, que siempre estuvo con ella todos esos años, perdiendo gran parte de su cabello al frente, recortándolo y peinándolo siempre hacia atrás; su cuerpo dejó de ser músculo duro volviéndose suave pero no menos cálido, y sus ojos brillantes y llenos de sabiduría la miraron cada día con infinito amor hasta el final de sus días. En esa foto se veían viejos, débiles, pero felices por esos años juntos. La abrazó contra su pecho y con una gran sonrisa subió con esta hasta su cuarto.

La noche avanzó silenciosa hasta que a lo lejos un trueno interrumpió la quietud. Pequeñas gotas de agua comenzaron a golpear las ventanas pero todos siguieron durmiendo en paz. Polo estaba acurrucado a los pies de la cama de Theo, no le daban miedo los truenos pero algo despertó al cachorro que comenzó a ladrar y gruñir. Theo se removió primero y luego también Lila.

—Polo, silencio —murmuró Lila somnolienta pero el cachorro seguía ladrando. Theo se levantó y se puso las pantuflas.

—Tal vez quiere ir al baño.

—Adelante, que no voy a limpiar esta vez —gruño Lila que se volteó.

—Floja…

Bostezó cansado, pero apenas abrió la puerta Polo salió disparado hacia la sala, resbalando con el tapete de entrada hasta la cocina sin parar de ladrar.

—Ya voy, ya voy. Aguanta un poco —murmuró adormilado arrastrando los pies en el suelo, pero el cachorro se quedó en el umbral de la cocina gruñendo y ladrando a la oscuridad, o eso creyó al principio. Porque cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad su cerebro envió una alerta y en un segundo todos sus sentidos se agudizaron al ver la puerta trasera abierta y una gran mole bloqueándola con su cuerpo. La ventana donde usualmente la luna iluminaba la cocina en las noches claras estaba cerrada, pero un relámpago fue lo que dio luz a la cocina en esa calurosa noche,

delineando a aquel asesino cuyos hombros se movían con su pesada respiración y con un objeto que brilló afilado en su mano. Sus ojos se encontraron con los de Francisco que lo miraba atento ante cualquier movimiento, dedicándole una horrible sonrisa que erizó cada vello de su cuerpo sabiendo que no podría escapar de él o estarían todos perdidos.

Tragó duro…

Había llegado el momento de defender lo que tanto amaba, y ningún maldito cabrón psicópata lo intimidaría o lastimaría a su familia.

«Ven a por mí, hijo de puta. No te tengo miedo.»

11

Por primera vez en su vida experimentaba la adrenalina en cada parte de su ser. Esto era muy distinto al partido de futbol y su cerebro trabajaba rápidamente en todos los posibles escenarios para atacar y vencer; nunca había jugado un video juego pero seguro estaba en la misma situación que el héroe y he aquí estaba frente al monstruo del último nivel. Tenía una clara ventaja que él no, conocía esa cocina como la palma de su mano, así que sabía que tenía cada cajón y estante de la cocina, la mesa entre ellos servía como obstáculo perfecto y si era lo suficientemente rápido quizás podría llegar hacia el cajón cerca de Francisco donde guardaba el cuchillo grande.

«No, no seas idiota. No es buen momento para admitir que soy un alfeñique pero es la realidad. Piensa Theo.»

Claramente estaba en desventaja a lo que se refería en fuerza pero era más listo ese cabeza de ladrillo. Si lograse engañarlo...
— ¿Que tanto piensas mocoso? ¿Piensas en cómo te mataré?

«Tranquilo, Theo. No entres en su juego. Eres mucho más astuto de lo que crees.»

«Valor, hijo, valor. Que puedes salir de cualquier situación usando esa cabeza con la que fuiste bendecido.»

Las voces de sus padres sonaron en su cabeza y no sabía si era bueno o malo pero tenían razón. Debía hacerlo entrar en su propio juego. Hizo cada cálculo en su mente llegando a una solución. Alzó sus manos para mostrar que no iba armado.
—No tengo nada, ¿vale? No voy armado —comenzó a moverse lento, comenzando a rodear hacia la izquierda. El cachorro seguía gruñendo y ladrando sin moverse de su sitio y Francisco comenzó a

rodear del otro lado, parecía divertido con la situación.
— ¿Y eso me importa? Igual te voy a rajar el cuello para que no grites y luego iré a por tu hermana y la vieja.
—Oye, si quieres dinero te has equivocado de sitio — siguió moviéndose quedando cerca del refrigerador—. Aquí no hay nada de valor, pero si quieres, te puedes llevar la tele y el microondas, te darán buen dinero por esas cosas.
— ¿Te crees que soy idiota? Sé que la vieja esta forrada y no me voy a ir sin ese dinero.

—Déjame adivinar, fueron ustedes los que contrataron a Ramón para venir a robar, ¿no es así? —le dedicó una risa baja y gutural.

—Vaya que pareces enterado de todo. Pues sí, mi madre insistió que otro hiciera el trabajo sucio para que no me ensuciara las manos, pero no me equivoqué cuando ese bueno para nada no nos trajo nada habiéndose cumplido el plazo acordado. Debí hacerlo yo y matar a esa vieja pero me saqué el premio mayor porque ahora voy a matar a tres y no a uno —se detuvo cuando Theo lo hizo y torció su sonrisa en una mueca deforme—. ¿Qué vas a hacer? ¿Sacar el cuchillo de la cocina y apuñalarme? ¿Te crees que no he notado como te mueves?
—Wow, y pensar que hace segundos atrás pensé que no tenías una neurona funcional. ¿Puedes decir paralelismo? O si es demasiado complicado papa o patata.

«Genial, se me pegó el humor suicida de la vieja.»

Francisco se lanzó contra él furioso, rodeando la mesa y Theo abrió el estante de arriba y tomó un bote que bien conocía sin mirarlo, quitó la tapa con su pulgar y lanzó su contenido a la cara de Francisco que sintió sus ojos y nariz arder como el infierno. Theo se escabulló por un lado hacia el refrigerador que abrió iluminando parte de la cocina y esparciendo por el suelo la salsa de ciruelas cuajada por el frío. Francisco se volvió a él y su pie resbaló con la salsa, cayendo y golpeando con su cuerpo la puerta del refrigerador que se rompió; levantó la cabeza y apenas recuperó la vista pudo ver al chico con una de las palas de madera del horno y este golpeó su mano haciendo que

tirara su cuchillo bajo la mesa y después golpeó su cara escuchando su grito de guerra. Theo se preparó para darle otro golpe pero la enorme mano de Francisco se cerró en su pierna y lo jaló provocando que cayera sobre su espalda. Sin embargo eso no lo hizo ceder, sino que lo golpeó en la mandíbula con la pala y se arrastró intentando levantarse para tomar su distancia pero su pie derecho fue atrapado, sintió un dolor agudo cuando su captor torció su pie escuchando claramente algo crujir y luego lo lanzó contra los estantes del otro lado. Sabía que le había roto algún hueso porque al intentar apoyarse el dolor le atravesó la pierna entera incapaz de moverse. Un rayo se escuchó en la lejanía y por la luz del refrigerador vio a Francisco levantarse con los ojos inyectados en sangre.

— ¡TE VOY A DESPELLEJAR POR ESTO HIJO DE PUTA!

— ¡TÚ PRIMERO!

Pensó rápido, abrió el cajón que estaba sobre su cabeza buscando lo que tanto necesitaba y… ¡Eureka! Francisco fue contra él y antepuso la pala como una lanza medieval que fue retirada por el puño de su atacante que aprovecharía verlo indefenso en el suelo cuando de indefenso no tenía nada. El martillo para ablandar carne golpeó sus pelotas, doblándolo de dolor y Theo lo tomó de la camiseta para con su peso jalarlo y hacer que su frente golpeara la barra de la cocina que tembló junto con Tadeo. Francisco retrocedió con la frente sangrando apoyándose en la barra y Theo se levantó tomando de nuevo la pala entre sus manos, cogió impulso y le golpeó con todas sus fuerzas al mismo tiempo que un relámpago iluminó todo el lugar, lanzando a Francisco Ramos contra la mesa que terminó volteada cubriendo al infame asesino de su vista.

Poco a poco la adrenalina le abandonó. Se sintió victorioso, igual a los caballeros de sus cuentos infantiles cuando derrotaban al dragón o al despiadado gigante. Ahora sólo quedaba llamar a la policía para que lo encerraran en alguna cloaca y tiraran la llave. Con esfuerzo se dirigió al teléfono de la cocina empotrado a la pared, arrastrando su adolorido pie. Vio a Polo chillar ansioso y le sonrió para tranquilizarlo.

—Ya paso todo, Polo. Tranquilo. Ya no hay nada que temer.

Habló demasiado rápido…
El cuchillo cortó la carne de su pierna de forma transversal y luego sintió como si un auto lo hubiese atropellado y lanzado contra las barras al otro lado de la cocina, perdiendo la pala en algún lugar. Gritó con los dientes apretados, sujetando su pierna e intentando detener la hemorragia. Francisco se alzó sobre de él, pareciendo un despiadado titán listo para aplastar al insignificante humano que le había retado. Vio cómo arrancó el teléfono de la pared como si nada y luego se dirigió hacia él, con el cuchillo recuperado alzado a la altura de su cabeza, pero se detuvo y gruñó cuando Polo le clavó sus dientecitos en el talón, dio varias patadas al aire y se lo sacó de encima lanzándolo contra los estantes y dejándolo en el suelo quejándose. Furioso por lo que le hizo a su perro le atacó con las manos desnudas pero el cuchillo se clavó en su hombro, y con saña malsana lo retorció haciendo que gritara con todas sus fuerzas pero la enorme mano de su verdugo cubrió su boca y nariz.
—Di adiós a este mundo pequeño cabrón —el cuchillo se alzó sobre su cabeza a punto de caer, incapaz de escapar o hacer algo para defenderse.
No, no, ¡no! No quería morir. ¡No así! Menos cuando al fin había encontrado un lugar al cual llamar hogar. Cuando al fin sabía qué hacer con su vida y que había encontrado a una persona que los quería.

« ¡Maldita sea! ¡No!»

Francisco se dobló en un ángulo extraño y le soltó trastabillando a un lado. Theo cayó al suelo y vio a Lila sujetar la otra pala del horno con la que estaba seguro le tuvo que romper una o dos costillas. Lila miró a Francisco enloquecida por la rabia.
— ¡NI LO INTENTES MALDITO INFELIZ!
Fue contra él dándole un certero golpe en la rodilla con la pala bien sujeta en sus manos fuertes gracias a las lecciones de cocina, después golpeó su mandíbula en lo que pudo ser un increíble upper cut del que brotó un chorro de sangre y un par de dientes, y bajó la pala a su cara

haciendo que se arrodillara con el rostro en sus manos. Tomó impulso para volver a golpear su costado, sin embargo esta vez Francisco respondió, aprisionó la pala en su costado bajo su axila, ella intentó mover la pala pero su fuerza no se comparaba con la fuerza bruta de ese maniático que golpeó su cara con puño cerrado alrededor del mango del cuchillo, y después la lanzó hacia la mesa volteada con una fuerza inhumana como si se hubiese lanzado un muñeco de trapo y no a un ser vivo.
— ¡Lila!
La frente de su hermana sangraba pero seguía consciente. La sangre caía abundante por la boca de Francisco, lanzó la pala al suelo quedando en medio de los dos hermanos y blandió su cuchillo dispuesto a matarlos de una vez por todas.
—Ustedes mierdecillas me han cansado —escupió más sangre antes de sonreír desquiciado—. A ver a cual mato primero —su cuchillo se movió lento de uno a otro hermano tratando de decidir—. A quién voy a despellejar primero…
—Inténtalo si tienes huevos, aunque ya te los reventé —se burló Theo al notar que Francisco iba a elegir a su hermana, y su cuchillo le apuntó rápido.
—Te voy a arrancar esa lengua.
—Aún me quedan las manos para insultarte, gilipollas.
— ¡THEO! —gritó Lila con horror al ver a ese asesino alzar de la camisa del pijama a su hermano a punto de apuñalarlo, hasta que una voz detuvo el acto.
— ¡Basta ya!
La señora Tienda estaba en el umbral de la cocina mirando a Francisco sin una pizca de miedo y los puños apretados a sus costados. El asesino rio en clara burla al ver a la decrépita anciana querer imponerse.
—Sabíamos que estaba aquí, maldita vieja —soltó a Theo que cayó quejándose y este miró a su hermana que apenas y salía de la impresión.
— ¿Oh? Lo sabían —se rio con suavidad—. La vieja bruja de tu madre seguro que me vio con ese tercer ojo que tiene oculto en su arrugada

frente.

La cara de Francisco se deformó en una máscara llena de cólera por la ofensa, acercándose lentamente a ella. Theo vio su pala cerca y su mirada se encontró con la de su hermana que asintió leve. La señora Tienda permaneció en su sitio con esa sonrisa burlona que tanto le caracterizaba.

—Es una lástima que hayas heredado la apariencia y poco seso de tu padre y el podrido corazón de tu madre… ugh, y el mal aliento, ¿no te enseñó a cerrar la boca?

— ¡A quien le voy a cerrar la boca será a usted, vieja puta! ¡Voy a arrancarle el corazón!

— ¿Mi corazón? Dáselo a tu madre en bandeja de plata y con crema agria para que lo pueda pasar —la señora Tienda no apartó la mirada de Francisco que se acercó con el cuchillo listo para clavarlo en su pecho—. Ven aquí, cabeza de bloque. Nadie se mete con mis niños.

Levantó su cuchillo para cumplir su promesa de acabar con su vida pero un golpe certero le hizo aullar de dolor. Theo volvió a arremeter en el mismo lugar donde su hermana había golpeado en las costillas, aprovechó ignorando en un grito el dolor de su tobillo roto y colocó la plancha en el pecho de Francisco empujándolo hasta donde Lila se había hecho un ovillo en el suelo. La bestia tropezó y en un último esfuerzo de sus fuerzas lo golpeó en su horrenda cara, proyectándolo contra la barra de la cocina, cayendo duro debajo de Tadeo que volvió a moverse por la fuerza del impacto. Un fuerte crujido se escuchó por sobre la tormenta, partiéndose en dos la barra bajo la gigantesca alcancía que después de años se movía al fin. Francisco intentó levantarse, ignorante de Tadeo que se balanceó hacia el frente con la panza por delante, cayendo sobre él y rompiéndose a la mitad revelando un montón de monedas y billetes de décadas pasadas que dejaron inconsciente al fin al asesino. He allí el tesoro de la señora Tienda, debía haber miles guardados, o quizás cientos de miles.

Las sirenas se escucharon muy cerca de la casa, al parecer habían hecho el suficiente escándalo para que alguien llamara a la policía, y los dos hermanos se abrazaron felices de estar a salvo.

—Mis niños —la señora los abrazó y ellos la abrazaron contentos de

que estuviera a salvo.
—Ya todo pasó. Ya no hay peligro, señora —hipó Lila mientras que Theo aguantaba para no llorar más que ella.
—Ahora ya puede estar tranquila. Seguro que esta vez lo meten a la cárcel —afuera las luces rojas y azules llenaron la calle y la señora los abrazó fuerte suspirando de alivio.
—Oh, mis niños, no saben cuánto los amo —los sonidos del exterior les decía que la policía pronto entrarían a la casa—. Mis niños, ¿recuerdan que les dije que contaran esa mentira sobre mí? De ser contratados y luego no haberme visto más —lágrimas caían como cascadas de los ojos de la señora y Theo pareció extrañado por sus palabras.
— ¿Si? ¿Por qué?
—Apéguense a su historia y todo saldrá bien... Siempre los amaré.
La puerta de enfrente cayó ante la entrada de la fuerza policiaca. Las luces de los oficiales los cegaron por completo, gritando en todo momento órdenes que los confundió ante tanto jaleo que no supieron qué hacer. Y cuando al fin terminaron de inspeccionar toda la casa, la señora Tienda había desaparecido.

Dos ambulancias cubrían gran parte de la calle y las patrullas tuvieron que moverse cuando una tuvo que salir llevándose a Francisco Ramos bien esposado e inconsciente, seguida de dos patrullas que se asegurarían de que no escapara de su jurisdicción. Los oficiales les habían sonreído y hasta los felicitaron, ya que al fin tenían al bastardo que habían intentado encarcelar por años, y los ponían como héroes ante todo el mundo.
Theo y Lila estaban listos para partir en la otra ambulancia. Entre la gente que estaba fuera del perímetro puesto por la policía vieron a los Avilés, Polo estaba en brazos de la señora Avilés que lo llevaría al veterinario para que lo revisarán; también estaban los Vela, César, cada persona del vecindario y los del mercado que habían echado a correr apenas supieron que algo pasó en casa de la señora Tienda. Estaban a punto de irse cuando un hombre alto, de cabello oscuro

encanecido y de gabardina gris detuvo al paramédico de cerrar la puerta.
—Yo voy con ellos —el paramédico lo miró impaciente pero al ver la placa le dejó subir. Lila se apretó un poco más en la ambulancia, después de todo ella no estaba tan herida como su hermano y nada más necesitaría un par de puntadas.
— ¿Quién es usted?
—Detective David Avilés, ustedes ya conocen a mi madre. Habla maravillas de ustedes —Theo se quejó.
—Mire, la morfina todavía no me hace efecto así que díganos lo que nos va a hacer feliz a todos, que van a encerrar a ese psicópata de por vida —el detective sonrió de lado.
—Llevamos un mucho tiempo intentando encerrar a ese desgraciado y ustedes nos facilitan el trabajo dándonoslo como regalo junto con el arma homicida de sus crímenes. Les aseguro que ni el mejor abogado lo va a poder salvar de una vida en la prisión, pero… — su expresión se tornó seria—. Necesito hablar con ustedes de la señora Tienda.
— ¿Qué ocurrió? — preguntó Lila preocupada.
—Verán chicos, he hecho algunas preguntas y hay cosas que necesito me respondan con total sinceridad.
—Usted dirá... —respondió Theo con los labios apretados.
—Me han contado que ustedes aceptaron el trabajo de cuidar la casa a principios de este año. ¿Tuvieron algún encuentro con la señora Tienda en ese periodo?
—No —respondió Theo sin dudar, obedeciendo la última orden de la señora y preguntándose como la morfina aun no le hacía efecto—. Yo fui quien se entrevistó con la señora y ella me dijo cuándo ir a su casa para cuidarla. Llegamos en la fecha y no la he visto desde entonces.
— ¿Y con referente al dinero cómo lo conseguían? —Lila respondió.
—Había un cajón con dinero. También una nota que nos decía que gastáramos lo necesario y con algunas instrucciones.
— ¿Tiene la nota?
—No. La tiramos como otras cosas al limpiar la casa.
—Ya. ¿Y alguna vez entraron a la habitación de la señora Tienda?— Theo bufó y Lila volvió a responder.

—No. Ella nos dio instrucciones precisas de no entrar a su cuarto, así que pensamos que estaba bien, una habitación menos qué limpiar. ¿Por qué pregunta?

—Vaya al grano porque estoy muriéndome de dolor y voy a pedir otra jodida dosis.

El detective se tomó su tiempo, reflexionando sobre las palabras de los hermanos y porque tampoco era fácil para él decir lo siguiente.

—Al entrar a la casa mis oficiales forzaron la cerradura de la habitación del segundo piso en busca de alguna otra persona. Al entrar encontraron un cadáver en la cama— los dos hermanos se quedaron sin aliento y el terror les invadió.

—Un cadáver... —logró pronunciar Theo olvidándose del dolor.

—Sí, de acuerdo al forense el cadáver llevaba allí meses sin que nadie supiera, pero no está seguro de cuánto tiempo....

— ¿C-Como que meses? —Theo quiso levantarse pero el dolor de nuevo le atravesó y volvió a acostarse. El paramédico miró al detective en severa reprimenda y le administró al joven la segunda dosis de morfina.

— ¿Qué quiere decir con eso? —Preguntó Lila con voz aguda y baja —. ¿Qué tiene que ver entonces con la señora Tienda?

—Que si corroboro su historia y ustedes me están diciendo toda la verdad… —inhaló un poco de aire antes de soltar lo siguiente con expresión seria—. Quiere decir que sin que se dieran cuenta estuvieron viviendo en la misma casa que el cadáver momificado de la señora Tienda.

12

El viaje en autobús no podía ser más aburrido. Sus padres no paraban de hablar y de ver las cientos de fotografías tomadas en sus celulares en lo que podía catalogar como las vacaciones más aburridas de toda su vida. Sin decir mucho les avisó que iría al baño y sus padres apenas y prestaron atención a lo que dijo. Fue a la parte trasera fastidiado de haber desperdiciado sus vacaciones en aquel ridículo viaje, ya que de haber sido por él, hubiese pasado sus vacaciones con sus amigos en la pista de skate y competido en el torneo anual regional, pero no, sus padres lo arrastraron por todo Paris despertándolo a las siete de la mañana para empezar el recorrido y desayunando croissants todos los días. Abrió la puerta del baño con desgana y se mareó con el mal olor que apenas disfrazaba el aromatizante con aroma a vainilla.
Momentos después salió deseando que las dos horas restantes de viaje pasaran volando cuando notó a los dos únicos pasajeros que estaban en la última fila. Un hombre de chaqueta roja que tenía un sombrero negro de ala ancha cubriendo su rostro en una improvisada siesta y un enorme perro que parecía la cruza de un cocker spaniel y un labrador de manchas blancas que estaba a su lado con la vista en la ventanilla.
Vaya pareja más rara. Pero lo que terminó por captar su atención fue el tatuaje en la mano derecha del tipo, era un complicado tatuaje que mostraba el símbolo del Árbol de la Vida. Su cerebro no tardó ni dos segundos en reconocer ese tatuaje y a quién pertenecía.
—Disculpe, señor —se escuchó un leve gruñido del hombre que retiró apenas un poco su sombrero para dejar ver un ojo castaño—. Perdón. ¿E-Es usted Theo Argel?

Una sonrisa se asomó por debajo del sombrero y este se lo quitó de la cara mostrando el rostro por el que muchas féminas suspiraban en la red; unos grandes y traviesos ojos castaños pero llenos de sabiduría lo miraban tras tupidas pestañas, y unos espesos rizos negros que eran la envidia de cualquier estilista cubrían la mitad de sus orejas horadadas con unos pendientes que no lo hacían ver menos masculino, al

contrario, más bien lucía como un bucanero en busca de algún tesoro por los siete mares.
—Soy ese mismo —el chico se sentó en el otro asiento vacío del otro lado del pasillo.
— ¡No me jodas! Digo, perdón pero lo admiro tanto. Me he visto todos sus videos de YouTube y lo he visto en los programas de la televisión en que sale de invitado. ¿Es cierto que va a tener su propio programa en la tele?
—Eso está en veremos, chico. Y gracias por seguirme en mis aventuras. Me alegra mucho conocer a los fans de mi canal —el perro ladró—. Lo siento, nuestro canal, ¿verdad Polo? —Polo ladró en respuesta golpeando el asiento con su cola—. ¿Cómo te llamas, chaval?
—Hugo.
—Hugo, ¿de dónde vienes?
—Pues de unas aburridas vacaciones en Paris.
— ¿Paris aburrida? No sé si estamos hablando de la misma ciudad de Europa.
—Lo es. Mis padres se organizaron todo el viaje. Fuimos a lugares tan aburridos que me tuvieron que arrastrar porque prefería encerrarme en la habitación.
—Ya veo. Sabes, quizás debas hablar con tus padres la próxima vez que vayan de vacaciones a Paris o a cualquier parte.
— ¡Ni loco quiero volver a salir de vacaciones con mis viejos! Es aburrido a morir y eligen los peores lugares para alguien de mi edad…
—Eso no es verdad —negó con una sonrisa—. No hay lugar aburrido si así lo piensas, y Paris está lleno de lugares increíbles que he explorado, por ejemplo las catacumbas para una buena aventura siniestra, la arena AccordHotels donde los mejores conciertos se dan, o los tantos y secretos jardines colgantes, eso sin contar el barrio latino que es toda una delicia.
— ¿En serio?
—Sí, si buscas bien puedes encontrar más que solo edificaciones antiguas. Y un consejo, puedes tomarlo o dejarlo —bajó la voz para que nadie más pudiese escucharlos—. No seas duro con tus viejos, si

se tomaron su tiempo en planear las vacaciones contigo es porque querían que lo pasaras bien. Y a la próxima deberías intentar decirles a donde quisieras ir para divertirse los tres. Es como digo en mis videos: "La aventura no solo está en el lugar, sino también está en el viaje, la experiencia, y en descubrir las sorpresas que te depara el destino" — el chico bajó la mirada apenado.

—Tal vez… la próxima vez no sea tan malo pasar tiempo con ellos.

—Créeme, no lo será.

Las dos horas restantes pasaron volando y el autobús llegó a su destino sin contratiempos. Tras una firma y algunas selfies, Theo y Polo caminaron en otra dirección viendo a Hugo junto a sus padres, esta vez riendo con ellos. Salieron de la estación con mochila en mano y el claxon de una vieja camioneta Chevrolet verde mar captó su atención.

— ¡Theo! ¡Polo! —los largos cabello rubio de Lila estaban atados en una descuidada coleta alta por el sofocante calor de Agosto, vestía un ligero top rosa con unos shorts de mezclilla blancos. Su hermanita ya no era una niña, era una mujer bella de la que sus padres estarían orgullosos, pero eso no le impedía preocuparse por ella y pararle los pies a cualquier baboso que intentara propasarse. Al subir a la camioneta, el aire acondicionado les sentó de maravilla a los tres y Lila le dio un golpe en el hombro.

—Debiste decirme con anticipación que vendrías.

—Se me da fatal avisar. Cuanto lo siento —se disculpó en exagerado tono teatral recibiendo otro golpe en el brazo—. Vamos a casa, hermanita.

—Vamos pues. Agárrate bien atrás, Polo.

En el camino y con la mirada perdida en la ciudad, Theo pensó en todo lo que habían pasado para llegar a ese punto de sus vidas. Después de un largo interrogatorio en donde la única verdad que les sacaron fue la de su edad, se estableció que los hermanos no habían tenido idea de lo que había en la habitación de la señora Tienda. Encontrando que la puerta y la ventana estaban cerradas por dentro, era imposible que alguien pudiese entrar, y si la hubiera, la gruesa

capa de polvo demostraba que nadie había entrado allí en mucho tiempo. Explicaron también que tras estar la puerta y la ventana selladas con protectores el olor de la descomposición no penetró en otros lugares de la casa y el ambiente contribuyó a la momificación del cadáver.

Al principio los hermanos se asustaron pensando que habían convivido todos estos meses con otra persona que se hizo pasar por la señora Tienda, pero confirmaron por una foto, que el detective Avilés les mostró, que vivieron con la auténtica Olga Tienda todo ese tiempo, convencidos que en el momento de ese último abrazo ella no había escapado sino que de verdad se había desvanecido entre ellos. Y lejos de asustarse se entristecieron por su partida… Tardaron un poco en digerir la noticia y Theo escuchó del detective que el cadáver sostenía entre sus manos un marco donde estaban ella y su esposo en sus últimos años vivos, y podía jurar que ese marco estaba en la sala antes de irse a dormir.

Lo que siguió a eso fue todo un circo mediático. Los noticieros se volvieron locos, la historia de los dos hermanos se hizo viral por semanas y la señora Avilés les ofreció su casa para hospedarse mientras se resolvía todo. Tardaron días en salir de la casa por culpa de los reporteros, y la señora Avilés tuvo que llamar a su hijo para que les enviara ayuda harta de que los reporteros no les dejasen siquiera salir a cuidar su jardín. Y si algo aprendieron en su estadía en esa casa era que la señora Avilés era una experta en el arte marcial de la escoba. Fueron muy felices estando en esa casa donde también Polo se ganó el cariño del viejo matrimonio.

En ese tiempo Francisco Ramos fue encontrado culpable del intento de homicidio de los hermanos, además de otros crímenes sin resolver, ya que lo que terminó por hundirlo fue el cuchillo que usó para atacarlos y que fue identificado como el que asesinó a Federico Ramos y a otras dos víctimas cuyos casos no habían podido resolver, pero lo que fue un impacto para todos fue enterarse que también se le acusó del homicidio doloso de la señora Tienda, ya que fue aquel golpe que le dio con aquel anillo lo que terminó con su vida en una hemorragia que la mató mientras dormía. No sufrió, pero no sirvió de

consuelo para los hermanos ni para los conocidos de la mujer que querían que ese desgraciado pagara por sus crímenes. La señora Ramos al saber que su hijo no tenía escapatoria le dio un infarto fulminante que acabó con su vida en plena corte después de escuchar la condena, y meses después Francisco murió cuando en una revuelta de la prisión intentó escapar y una bomba casera lo atrapó en la explosión matándolo en el acto.

Y para los hermanos las cosas no fueron fáciles, pero tampoco malas. Fue molesto soportar a los reporteros una temporada pero cuando al fin dejaron de ser la sensación del momento pudieron salir tranquilos a las calles sin más de qué preocuparse. Tiempo después se enteraron al leer en el periódico matutino que sostenía el señor Avilés la noticia de la muerte de Ramón, ahorcado y con señales de tortura en el viejo edificio donde antes habitaban, al parecer les debía a las personas equivocadas y eso al fin le costó caro.

El detective David Avilés fue muy bueno con ellos, y al enterarse de lo ocurrido con sus tíos este no dudó en ayudarles a conseguir un buen abogado siendo este su esposa, una mujer de lo más encantadora que le tomó cariño a Lila y a sus habilidades culinarias. Lila estaba encantada con los señores Avilés que los trataban como si fuesen sus hijos, pero Theo mantenía vigilado al hijo de estos porque ahora mostraba gran interés en su hermana al saber su verdadera edad. Tras una batalla legal que duró meses pudieron obtener el dinero por la casa de sus padres, ya que sus tíos habían terminado por vender la casa y todo lo que tenía dentro. Pero la sorpresa más grande para los hermanos llegó poco después cuando un abogado llegó en una húmeda mañana de otoño. El detective Avilés no se les dijo nada, pero encontró dentro de Tadeo un documento que los ponía a ellos dos como únicos herederos de la señora Tienda y tuvo que confirmar le legitimidad de este con el viejo abogado de los Tienda, un anciano calvo y con la cabeza llena de manchas hepáticas que validó la veracidad del documento y la firma puesta en él. Llegaron a la conclusión que la señora Tienda sabía de su inminente muerte y dejó a los hermanos todas sus cosas al no tener un hogar. Se les dio los papeles a firmar y Theo por ser mayor de edad administraría los

bienes, y Lila podría reclamar su parte cuando cumpliese los dieciocho, y vaya que era mucho. Porque el dinero ahorrado dentro de la alcancía, no sólo tenía miles en monedas, también tenía monedas antiguas, monedas de plata, monedas de colección, medallas de la guerra, y hasta pedazos de papel con firmas de estrellas o actores famosos de distintas partes del mundo, ¿quién diría que tenían todas las firmas de los Beatles? Y no sabían quién era Monserrat Caballé pero la señora Avilés se desmayó y eso les decía que esa firma valía una fortuna como todo lo demás. Y por ello decidieron dar una parte a los Avilés y a la gente del Mercado del Perico, así lo hubiese querido la señora Tienda; aunque los Avilés se negaron a su parte, más que nada porque la señora Avilés al fin utilizó su don del habla siendo reconocida como la persona de habla más rápida del mundo con quince palabras por segundo y de mayor claridad. Era verdad que los Tienda llenaron a Tadeo con su felicidad, años llenos de vivencias, viajes, experiencias y su gran amor a la vida; la señora tuvo razón todo el tiempo, Tadeo los ayudó cuándo más lo necesitaban.
—Al fin llegamos —suspiró Lila al estacionarse fuera de la casa de la calle de los Duraznos número 79.

Los tres bajaron del auto y Polo fue el primero en entrar y esconderse en la cocina. Al entrar a la casa, Theo sintió que había vuelto en el tiempo diez años atrás, pero Lila le dio una palmada para que avanzara y este reaccionó yendo a la sala.
—Voy a por algo para beber y picar mientras me dices como fue tu viaje.
—Deberías saberlo si me sigues en mi canal.
—Lo hago cuando puedo, sabes que también estoy ocupada con mi pequeño canal de cocina —Theo sonrió, ¿Quién diría que su hermana tendría un canal dedicado a ayudar a aquellos que también son un desastre andante en la cocina como alguna fue lo fue ella?—. Y tampoco puedo descuidar la cafetería, además, tengo a la señora Avilés que me cuenta con lujo de detalle todos tus videos. Es tu más grande fan —él rio con fuerza.

Su hermana desapareció en la cocina y miró con detalle la sala y los cambios realizados a lo largo de los años. Habían cambiado la

televisión por una de pantalla plana, las figuras de ángeles y perritos fueron reemplazadas en su mayoría por pequeñas piezas de arte de distintos países que él traía; la pintura de las paredes era más clara para dar más luz a la habitación, los muebles antiguos de madera habían sido vueltos a pintar y embarnizar para que se vieran como nuevos, y el juego de sala fue tapizado a un color café menos vistoso que el extraño tapiz floral que tenía antes. Vio de reojo hacia la cocina notando el refrigerador de cromo de doble puerta y la estufa profesional, fuera de eso la cocina seguía casi igual, incluyendo el horno de pan que era usado con frecuencia por su hermana. Sin embargo, aún con esos cambios la casa conservaba su toque de antaño y el mismo calor de hogar que persistía no importando los años que pasaran. Y por supuesto no había olvidado lo más importante: las fotografías. Habían guardado la mayoría en álbumes que se encontraban ahora en el librero, y las fotografías más importantes estaban sobre la chimenea para verlas cuando quisieran; entre ellas la foto de la señora Tienda con Paolo en sus primeros años de casados, otra donde salía la pareja con su perro Polo, y también estaba la misma foto que tenía la señora Tienda al momento de ser descubierta esa noche de despedida. También estaban las fotos de sus padres. Después de lo ocurrido con su antigua casa, apenas recuperaron algunas de sus cosas, entre ellas un viejo álbum familiar que casi dejaron en el olvido y escogieron un par de fotografías donde aparecían ellos de pequeños con sus padres y otra de la pareja sonriendo a la cámara en alguna fiesta de Año Nuevo, se veían tan relajados y felices que querían recordarlos de esa forma. También estaban unas cuantas fotos de ellos; Theo, Lila y Polo con un fantástico paisaje del amanecer detrás de ellos, otra de Lila recibiendo un premio honorifico el día de su graduación con su uniforme de chef, y otra donde Theo y Polo estaban en Roma usando unas grandes gafas de sol. Sonrió ante las extrañas vueltas que daba la vida y los caminos que nunca pensaron les deparaban. Miró la última fotografía que destacaba de todas y en ese momento Lila entró con una bandeja de té helado y tarta de ciruela.

— ¡Ta-da! Pastel de ciruela, hoy el árbol está a reventar y los clientes

no dejan de pedirme postres de ciruela, hasta los niños, ¿te la puedes creer?

— ¿Qué puedo decir? Saben lo que es bueno —dijo tomando un trozo y dando un buen mordisco saboreando el delicioso postre.

— ¿Has traído algo nuevo? —preguntó con impaciencia su hermana.

— ¿Qué? Ah, sí —se limpió la boca con el pulgar—. Unos cuantos regalos para todos. Nos quedaremos una temporada por aquí —Polo entró a la sala con su pato de peluche en el hocico y se echó en el tapete junto a la chimenea—. Cuéntame más sobre el café, ¿cómo la llevas?

— ¿Qué quieres que te cuente? El café empieza a hacerse cada vez más conocido. Y fuera del tema me va bien con Leo —su hermano gruñó como un oso, podrían pasar cincuenta años y todavía estaría en el papel de hermano protector—. ¡Ah, no! No me vas a poner esa cara, Theo. Menos cuando ya sé sobre Layla —aguantó la risa al ver las mejillas de su hermano colorearse en un segundo.

—No sé de qué me estás hablando.

—No te hagas, que la señora Avilés me ha dicho que has mencionado a esa Layla como veinticinco veces desde tu viaje a Italia. Y quiero tooooodos los detalles acerca de esa chica.

«Veintisiete si no ha visto el último video, ¿o tal vez son veintiocho?»

Pensó avergonzado. Lila rio y él la empujó ante sus constantes preguntas de la que sería su futura cuñada, disfrutando de un tiempo en familia y contemplando a ratos la única prueba existente de que estuvieron viviendo con la auténtica señora Tienda. La fotografía que destacaba en medio de todas donde los tres sonreían a la cámara en su última noche juntos. En que los hermanos agradecían cada día el haberse topado con esa extraña y singular señora que de seguro, junto con su marido y su perro, los cuidaban desde el cielo. Y que les enseñó el verdadero significado de vivir la vida misma con todo el corazón.

Agradecimientos.

Primero quisiera darle gracias a Dios por darme esta gran imaginación que tengo y gusto por los libros y la escritura, mostrándome el camino a elegir y que tardé en entender. También gracias a mi familia que me apoyó y tuvo paciencia en todo momento dándome ánimos para poder embarcarme en este y demás proyectos. Agradezco a Mayra Alexandra Orjuela Rodriguez alias @tsubasadp que se ha tomado su tiempo para ayudarme a corregir esta historia y en hacerme una portada y contraportada para el que será el primero de muchos libros a escribir, y también a todos quienes me apoyaron y que me ayudaron a aprender más. Por último agradezco al lector que espero haya sido de su agrado esta lectura y haya aprendido lo mismo que he aprendido en estos últimos años.
Si soy sincera no busco un Harry Potter, tampoco una travesía de la Comunidad del Anillo, ni mucho menos las desventuras de la Torre Oscura, pero sé que llegaré lejos con mi pasión. Y en este extraño mundo en mi cabeza en que a veces ni yo tengo poder en esta, tengo más ideas e historias que fluyen y gritan para ser contadas, y esto mi querido lector tarde o temprano pasará. Sólo me queda decirte que vivas tus sueños, tu pasión, y si alguien o todo el mundo dice que es una locura ríete con ellos, porque aquellos a quienes consideraron locos marcaron la vida de muchos en la historia y ahora son gente que sabe el verdadero significado de la prosperidad. No se rindan, que el fracaso es nada más otro peldaño hacia el éxito que les aguarda. De corazón, les deseo lo mejor y hasta la siguiente historia.

“Comienza a ser ahora lo que serás de ahora en adelante”.

William James (1842-1910)